FRANCES HODGSON BURNETT

EL PEQUEÑO LORD FAUNTLEROY





Biblioteca gratuita
talcaldeg.github.io/fenix

El pequeño Lord Fauntleroy

Frances Hodgson Burnett

Traducción de Proyecto Fénix

Edición al cuidado de Tomás Alcalde

Proyecto Fénix

Portada: Cartel anónimo para la obra de teatro «Little Lord Fauntleroy», 1888 (dominio público, Wikimedia Commons).

Índice

Nota de esta edición 5

Capítulo I 6
Capítulo II 16
Capítulo III 40
Capítulo IV 46
Capítulo V 58
Capítulo VI 77
Capítulo VII 98
Capítulo VIII 106
Capítulo IX 115
Capítulo X 121
Capítulo XI 139
Capítulo XII 150
Capítulo XIII 159
Capítulo XIV 165
Capítulo XV 170

Nota de esta edición

Frances Hodgson Burnett publicó *Little Lord Fauntleroy* primero por entregas en la revista infantil *St. Nicholas*, entre noviembre de 1885 y octubre de 1886, y en 1886 como libro, en Nueva York (Charles Scribner's Sons). Esta es una traducción nueva de Proyecto Fénix, hecha directamente del inglés según el texto de Project Gutenberg (libro n.º 479), que reproduce la novela completa en sus quince capítulos.

Se tradujo cada oración del original, sin resumir ni añadir nada. Los nombres de personas y lugares se dejan en inglés, y Cedric llama a su madre «Querida», como un nombre, igual que en el original la llama *Dearest*. El señor Hobbs, Dick, Mary y los campesinos hablan de modo popular, que en castellano se marca con frases llanas y unas pocas formas como «pa'» y «na'», sin imitar el habla de ningún país; Cedric, en cambio, habla con la formalidad un poco solemne de un niño. Las cartas que escribe Cedric conservan algunas faltas de ortografía, como en el original.

La traducción se preparó con ayuda de inteligencia artificial y se revisó contra el original inglés. Si encuentras un error, puedes avisarlo desde el sitio de Proyecto Fénix.

El texto de Frances Hodgson Burnett es de dominio público. La ilustración de la portada es un cartel anónimo en litografía a color para la obra de teatro *Little Lord Fauntleroy* (1888), que conserva la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. Traducción de Proyecto Fénix, 2026, con licencia CC BY-NC-SA 4.0: se puede copiar y difundir gratis, con crédito y sin fines de lucro.

Capítulo I

Cedric mismo no sabía nada de todo aquello. Nunca se lo habían mencionado siquiera. Sabía que su papá había sido inglés, porque se lo había dicho su mamá; pero su papá había muerto cuando él era tan pequeño que no podía recordarlo mucho, salvo que era grande, tenía ojos azules y un bigote largo, y que era algo maravilloso pasear por la habitación subido en su hombro. Desde la muerte de su papá, Cedric había descubierto que era mejor no hablar de él con su mamá. Cuando su padre estaba enfermo, a Cedric lo habían mandado lejos, y cuando volvió, todo había terminado; y su madre, que también había estado muy enferma, apenas empezaba a sentarse en su sillón junto a la ventana. Estaba pálida y delgada, todos los hoyuelos habían desaparecido de su lindo rostro, sus ojos se veían grandes y tristes, y vestía de negro.

«Querida», dijo Cedric (su papá siempre la había llamado así, y por eso el niño había aprendido a decirlo), «Querida, ¿está mejor mi papá?».

Sintió que los brazos de ella temblaban, y entonces volvió su cabeza de rizos y la miró a la cara. Había algo en ella que le hizo sentir que iba a llorar.

«Querida», dijo, «¿está bien?».

Entonces, de pronto, su cariñoso corazoncito le dijo que era mejor rodearle el cuello con los dos brazos y besarla una y otra vez, y mantener su suave mejilla pegada a la de ella; y así lo hizo, y ella apoyó el rostro en su hombro y lloró amargamente, abrazándolo como si no fuera a soltarlo nunca más.

«Sí, está bien», dijo ella entre sollozos; «está muy, muy bien, pero nosotros... nosotros no tenemos a nadie más que el uno al otro. A nadie más».

Entonces, aunque era tan pequeño, comprendió que su papá, grande y buenmozo y joven, no volvería nunca más; que estaba muerto, como había oído decir de otras personas, aunque no lograba entender qué cosa extraña había causado toda aquella tristeza. Como su mamá lloraba siempre que él hablaba de su papá, decidió en secreto que era mejor no nombrarlo muy a menudo delante de ella, y descubrió también que era mejor no dejarla sentada mirando el fuego o la ventana, sin moverse ni hablar. Él y su mamá conocían a muy poca gente y llevaban una vida que habría podido parecer muy solitaria, aunque Cedric no supo que era solitaria hasta que creció y oyó por qué no tenían visitas. Entonces le dijeron que su mamá era huérfana y estaba completamente sola en el mundo cuando su papá se casó con ella. Era muy bonita y vivía como dama de compañía de una anciana rica que no era amable con ella, y un día el capitán Cedric Errol, que visitaba la casa, la vio subir corriendo la escalera con lágrimas en las pestañas; y ella se veía tan dulce, tan inocente y tan triste que el capitán no pudo olvidarla. Y después de que ocurrieron muchas cosas extrañas, se conocieron bien y se quisieron mucho, y se casaron, aunque su matrimonio les ganó la antipatía de varias personas. La más furiosa de todas, sin embargo, fue el padre del capitán, que vivía en Inglaterra y era un anciano noble, muy rico e importante, de muy mal carácter y de una violenta aversión por América y los americanos. Tenía dos hijos mayores que el capitán Cedric; y la ley disponía que el mayor de ellos heredara el título y las tierras de la familia, que eran muy ricas y magníficas; si el mayor moría, el siguiente sería el heredero; de modo que, aunque pertenecía a una familia tan grande, había pocas posibilidades de que el capitán Cedric llegara a ser muy rico.

Pero ocurrió que la Naturaleza había dado al hijo menor dones que no había concedido a sus hermanos mayores. Tenía un rostro hermoso y un cuerpo fino, fuerte y gracioso; tenía una sonrisa luminosa y una voz dulce y alegre; era valiente y generoso, tenía el corazón más bondadoso del mundo y parecía tener el poder de hacerse querer por to-

dos. Y con sus hermanos mayores no era así; ninguno de los dos era guapo, ni muy bondadoso, ni inteligente. Cuando fueron niños en Eton, no fueron populares; cuando estuvieron en la universidad, no se interesaron por el estudio, malgastaron el tiempo y el dinero y hicieron pocos amigos de verdad. El viejo conde, su padre, vivía decepcionado y humillado por ellos; su heredero no honraba su noble apellido y no prometía terminar siendo otra cosa que un hombre egoísta, derrochador e insignificante, sin ninguna cualidad viril ni noble. Era muy amargo, pensaba el viejo conde, que el hijo que era solo el tercero y tendría una fortuna muy pequeña fuera el que tenía todos los dones, todos los encantos, toda la fuerza y la belleza. A veces casi odiaba al joven buenmozo porque parecía tener las cosas buenas que debieron acompañar al majestuoso título y a las magníficas tierras; y sin embargo, en el fondo de su orgulloso y terco corazón de anciano, no podía evitar querer mucho a su hijo menor. En uno de sus arrebatos de mal genio lo mandó a viajar por América; pensó que lo enviaría lejos por un tiempo, para no enojarse al compararlo a cada rato con sus hermanos, que en ese tiempo le daban muchos disgustos con su vida desordenada.

Pero, pasados unos seis meses, empezó a sentirse solo y anheló en secreto volver a ver a su hijo, de modo que le escribió al capitán Cedric y le ordenó regresar. La carta que él escribió se cruzó en el camino con otra que el capitán acababa de escribirle a su padre, donde le contaba de su amor por la linda muchacha americana y de su próximo matrimonio; y cuando el conde recibió esa carta, se puso furioso. Por malo que fuera su carácter, jamás en su vida se había dejado llevar por él como cuando leyó la carta del capitán. Su ayuda de cámara, que estaba en la habitación cuando llegó, pensó que su señoría iba a sufrir un ataque de apoplejía, tan loco de ira estaba. Durante una hora rugió como un tigre, y después se sentó y le escribió a su hijo, ordenándole que no se acercara jamás a su antiguo hogar ni volviera a escribir a su padre ni a sus hermanos. Le dijo que podía vivir como quisiera y

morir donde quisiera, que quedaría separado de su familia para siempre y que no esperara ninguna ayuda de su padre mientras este viviera.

El capitán se puso muy triste al leer la carta; quería mucho a Inglaterra y amaba de corazón la hermosa casa donde había nacido; incluso había querido a su malhumorado padre y había compartido sus decepciones; pero sabía que en adelante no podía esperar de él ninguna bondad. Al principio casi no supo qué hacer; no lo habían criado para el trabajo y no tenía experiencia en los negocios, pero tenía valor y mucha determinación. Así que vendió su cargo en el ejército inglés, y después de algunas dificultades encontró un empleo en Nueva York, y se casó. El cambio respecto de su antigua vida en Inglaterra fue muy grande, pero era joven y feliz, y esperaba que el trabajo duro hiciera grandes cosas por él en el futuro. Tenía una casita en una calle tranquila, y allí nació su hijito, y todo era tan alegre y apacible, a su sencilla manera, que ni por un momento se arrepintió de haberse casado con la linda dama de compañía de la anciana rica, solo porque ella era tan dulce y él la quería y ella lo quería a él. Era muy dulce, en verdad, y su hijito se parecía a ella y a su padre. Aunque nació en un hogar tan tranquilo y modesto, parecía que nunca había habido un bebé más afortunado. En primer lugar, siempre estaba sano, y así nunca daba trabajo a nadie; en segundo lugar, tenía un carácter tan dulce y unos modos tan encantadores que era un placer para todos; y en tercer lugar, era tan hermoso que parecía un cuadro. En vez de ser un bebé calvo, empezó la vida con una gran cantidad de pelo suave y fino, color de oro, que se rizaba en las puntas y a los seis meses caía en bucles sueltos; tenía grandes ojos castaños, largas pestañas y una carita adorable; tenía la espalda tan fuerte y unas piernas tan robustas y magníficas que a los nueve meses aprendió de repente a caminar; sus modales eran tan buenos, para un bebé, que era una delicia conocerlo. Parecía sentir que todos eran sus amigos, y cuando alguien le hablaba, estando él en su cochecito en la calle, le dirigía al desconocido una dulce y

seria mirada de sus ojos castaños y la seguía de una hermosa sonrisa amistosa; y la consecuencia era que no había nadie en el vecindario de la tranquila calle donde vivía (ni siquiera el almacenero de la esquina, que tenía fama de ser la criatura más gruñona del mundo) a quien no le gustara verlo y hablarle. Y cada mes de su vida se hacía más guapo y más interesante.

Cuando tuvo edad para salir a caminar con su niñera, arrastrando un carrito y vestido con una faldita blanca corta y un gran sombrero blanco echado hacia atrás sobre su pelo rubio y rizado, era tan guapo, tan fuerte y tan sonrosado que llamaba la atención de todos, y su niñera volvía a casa y le contaba a su mamá historias de las señoras que habían detenido sus carruajes para mirarlo y hablarle, y de lo contentas que se ponían cuando él les conversaba a su alegre manera, como si las hubiera conocido de siempre. Su mayor encanto era esa manera alegre, sin miedo y original de hacerse amigo de la gente. Creo que nacía de su carácter muy confiado y de un corazoncito bondadoso que simpatizaba con todos y quería dejar a todos tan a gusto como a él le gustaba estar. Eso lo hacía muy rápido para comprender los sentimientos de quienes lo rodeaban. Quizá también se le había desarrollado porque había vivido tanto con su padre y su madre, que eran siempre cariñosos, considerados, tiernos y de buena crianza. Nunca había oído en casa una palabra áspera o descortés; siempre lo habían querido, acariciado y tratado con ternura, y por eso su alma de niño estaba llena de bondad y de un cálido sentimiento inocente. Siempre había oído que a su mamá la llamaban con nombres bonitos y cariñosos, y así los usaba él mismo cuando le hablaba; siempre había visto que su papá la cuidaba y se esmeraba por ella, y así aprendió también a cuidarla.

De modo que, cuando supo que su papá no volvería más y vio lo triste que estaba su mamá, fue naciendo en su bondadoso corazoncito la idea de que debía hacer lo posible por hacerla feliz. No era mucho más que un bebé, pero esa idea estaba en su mente siempre que se subía a sus rodillas y la besaba y apoyaba su cabeza de rizos en su cue-

llo, y cuando le traía sus juguetes y sus libros de láminas para mostrárselos, y cuando se acurrucaba tranquilo a su lado mientras ella se recostaba en el sofá. No tenía edad para saber qué otra cosa hacer, así que hacía lo que podía, y fue para ella un consuelo mayor de lo que él habría podido entender.

«¡Ay, Mary!», la oyó decir una vez a su vieja criada; «estoy segura de que trata de ayudarme a su manera inocente... lo sé. A veces me mira con una mirada tierna y asombrada, como si le diera pena por mí, y luego viene a hacerme cariño o a mostrarme algo. Es tan hombrecito que de veras creo que lo sabe».

Al crecer, tuvo muchas costumbres graciosas y originales que divertían e interesaban mucho a la gente. Era tan compañero de su madre que ella casi no deseaba otra compañía. Salían juntos a caminar, conversaban juntos y jugaban juntos. Siendo todavía muy pequeño, aprendió a leer; y después se echaba en la alfombra frente a la chimenea, por las tardes, y leía en voz alta, a veces cuentos, a veces libros gruesos como los que leen los mayores, y a veces hasta el periódico; y a menudo, en esos momentos, Mary, desde la cocina, oía a la señora Errol reírse con ganas de las cosas graciosas que él decía.

«Y la verdá», le dijo Mary al almacenero, «que nadie podía dejar de reírse de las cosas tan raras que tiene, y de sus dichos de viejo. ¿No entró en mi cocina la noche en que nombraron al nuevo presidente, y se paró frente al fuego, hecho un cuadro, con las manitas en los bolsillos chicos y su carita inocente seria como la de un juez? Y me dice: “Mary”, me dice, “estoy muy interesado en la elección”, me dice. “Soy republicano, y también Querida. ¿Usted es republicana, Mary?”. “Ni un poquito”, le digo yo; “¡soy la mejor de las demócratas!”. Y me mira con una mirada que le llega a una al corazón, y me dice: “Mary”, me dice, “el país se va a arruinar”. Y desde entonces no ha dejado pasar un día sin discutirme pa' que cambie mis ideas políticas».

Mary lo quería mucho y también estaba muy orgullosa de él. Había estado con su madre desde que él nació; y, después de la muerte de su

padre, había sido cocinera, criada, niñera y todo lo demás. Estaba orgullosa de su cuerpecito fuerte y gracioso y de sus lindos modales, y en especial de su pelo rizado y brillante, que se ondulaba sobre la frente y caía en encantadores bucles sobre sus hombros. Estaba dispuesta a trabajar de la mañana a la noche para ayudar a la mamá a hacerle sus trajecitos y mantenerlos en orden.

«¿Que si es aristocrático?», decía. «Vaya, que me gustaría ver al niño en la Quinta Avenida que se le parezca y camine tan guapo como él. Y todos, hombres, mujeres y niños, mirándolo, con su faldita de terciopelo negro hecha del vestido viejo de la señora; y la cabecita en alto, y el pelo rizado volando y brillando. Parece todo un joven lord».

Cedric no sabía que parecía un joven lord; no sabía qué era un lord. Su mejor amigo era el almacenero de la esquina, el almacenero gruñón que nunca era gruñón con él. Se llamaba señor Hobbs, y Cedric lo admiraba y respetaba mucho. Lo creía una persona muy rica y poderosa, porque tenía tantas cosas en su almacén (ciruelas pasas, higos, naranjas y galletas) y tenía un caballo y un carro. A Cedric le caían bien el lechero, el panadero y la vendedora de manzanas, pero el señor Hobbs le gustaba más que todos, y tenían tal confianza que iba a verlo todos los días y se quedaba a veces un buen rato con él, discutiendo los temas del momento. Era sorprendente cuántas cosas encontraban para conversar, el Cuatro de Julio, por ejemplo. Cuando empezaban a hablar del Cuatro de Julio, parecía que de verdad no tenía fin. El señor Hobbs tenía muy mala opinión de «los británicos», y contaba toda la historia de la Revolución, relatando muy maravillosas y patrióticas historias sobre la maldad del enemigo y la valentía de los héroes revolucionarios, e incluso repetía con generosidad parte de la Declaración de Independencia.

Cedric se emocionaba tanto que le brillaban los ojos, se le ponían rojas las mejillas y los rizos le quedaban todos revueltos, hechos una melena amarilla. Apenas podía esperar para comer cuando llegaba a casa, tan ansioso estaba de contárselo a su mamá. Quizá fue el señor

Hobbs quien despertó en él su primer interés por la política. Al señor Hobbs le gustaba leer los periódicos, y así Cedric oía mucho de lo que pasaba en Washington; y el señor Hobbs le decía si el presidente cumplía con su deber o no. Y una vez, cuando hubo una elección, le pareció todo muy grandioso, y probablemente, de no ser por el señor Hobbs y Cedric, el país se habría ido a pique.

El señor Hobbs lo llevó a ver una gran procesión de antorchas, y muchos de los hombres que llevaban antorchas recordaron después a un hombre corpulento que estaba junto a un farol y sostenía sobre el hombro a un niño buenmozo que gritaba y agitaba su gorra en el aire.

No mucho después de esa elección, cuando Cedric tenía entre siete y ocho años, ocurrió la cosa tan extraña que produjo un cambio tan maravilloso en su vida. Fue curioso, además, que el día en que ocurrió él había estado hablando con el señor Hobbs de Inglaterra y de la Reina, y el señor Hobbs había dicho cosas muy duras sobre la aristocracia, especialmente indignado contra los condes y los marqueses. Había sido una mañana calurosa; y después de jugar a los soldados con unos amigos, Cedric había entrado en el almacén a descansar, y había encontrado al señor Hobbs con aire muy feroz sobre un pedazo del *Illustrated London News*, que traía una lámina de alguna ceremonia de la corte.

«¡Ah!», dijo, «así andan ahora; pero ya tendrán su merecido algún día, cuando los que han pisoteado se levanten y los hagan volar por los aires, ¡condes, marqueses y todos! ¡Ya viene, y que se cuiden!».

Cedric se había encaramado como de costumbre en el alto taburete y se había echado el sombrero hacia atrás, y había metido las manos en los bolsillos, como delicado homenaje al señor Hobbs.

«¿Usted conoció a muchos marqueses, señor Hobbs?», preguntó Cedric, «¿o condes?».

«No», contestó el señor Hobbs, indignado; «claro que no. ¡Me gustaría pillar a uno de ellos aquí dentro, eso es todo! ¡No voy a permitir que unos tiranos codiciosos anden sentándose en mis barriles de galle-

tas!».

Y estaba tan orgulloso de esa frase que miró a su alrededor con orgullo y se secó la frente.

«Quizá no serían condes si supieran que hay algo mejor», dijo Cedric, sintiendo cierta vaga simpatía por su desdichada condición.

«¡Cómo que no!», dijo el señor Hobbs. «¡Si se jactan de serlo! Lo llevan en la sangre. Son mala gente».

Estaban en medio de su conversación cuando apareció Mary.

Cedric pensó que quizá venía a comprar azúcar, pero no era así. Se veía casi pálida y como agitada por algo.

«Ven a casa, cariño», dijo; «la señora te está llamando».

Cedric se deslizó del taburete.

«¿Quiere que salga con ella, Mary?», preguntó. «Buenos días, señor Hobbs. Nos vemos otra vez».

Le sorprendió ver que Mary lo miraba con aire atónito, y se preguntó por qué no dejaba de mover la cabeza.

«¿Qué le pasa, Mary?», dijo. «¿Es el calor?».

«No», dijo Mary; «pero nos están pasando cosas raras».

«¿Le dio dolor de cabeza a Querida por el sol?», preguntó con ansiedad.

Pero no era eso. Cuando llegó a su casa había un coche cerrado frente a la puerta y alguien estaba en el saloncito conversando con su mamá. Mary lo llevó a toda prisa escaleras arriba y le puso su mejor traje de verano de franela color crema, con la banda roja en la cintura, y le peinó los rizos.

«¿Lores, dicen?», la oyó decir. «Y la nobleza y la gente bien. ¡Ay, mala suerte les dé! Lores, claro... peor aún».

Era de veras muy desconcertante, pero estaba seguro de que su mamá le explicaría qué significaba tanto alboroto, así que dejó que Mary se lamentara sin hacerle muchas preguntas. Cuando estuvo vestido, bajó corriendo y entró en el salón. Un anciano alto y delgado, de rostro afilado, estaba sentado en un sillón. Su madre estaba de pie cerca, con

el rostro pálido, y vio que tenía lágrimas en los ojos.

«¡Ay, Ceddie!», exclamó ella, y corrió hacia su hijito y lo tomó en sus brazos y lo besó de un modo asustado y angustiado. «¡Ay, Ceddie, mi cielo!».

El anciano alto se levantó de su sillón y miró a Cedric con sus ojos agudos. Se frotó la barbilla delgada con su mano huesuda mientras lo miraba.

No parecía nada descontento.

«Así que», dijo por fin, lentamente, «así que este es el pequeño Lord Fauntleroy».

Capítulo II

Nunca hubo un niño más asombrado que Cedric durante la semana siguiente; nunca hubo una semana tan extraña ni tan irreal. En primer lugar, la historia que le contó su mamá era muy curiosa. Tuvo que oírla dos o tres veces antes de poder entenderla. No podía imaginar qué pensaría el señor Hobbs. Empezaba con condes: su abuelito, a quien nunca había visto, era conde; y su tío mayor, si no hubiera muerto de una caída del caballo, habría sido conde con el tiempo; y después de su muerte, su otro tío habría sido conde, si no hubiera muerto de repente, en Roma, de unas fiebres. Después de eso, su propio papá, de haber vivido, habría sido conde, pero, como todos habían muerto y solo quedaba Cedric, resultaba que *él* iba a ser conde después de la muerte de su abuelito, y por ahora era Lord Fauntleroy.

Se puso muy pálido cuando se lo dijeron por primera vez.

«¡Ay, Querida!», dijo, «preferiría no ser conde. Ninguno de los niños es conde. ¿No puedo *no* serlo?».

Pero parecía inevitable. Y cuando, esa tarde, se sentaron juntos al lado de la ventana abierta, mirando la calle humilde, él y su madre tuvieron una larga conversación sobre el asunto. Cedric se sentó en su taburete, abrazándose una rodilla, en su postura favorita, con una carita desconcertada y algo roja por el esfuerzo de pensar. Su abuelo lo había mandado llamar a Inglaterra, y su mamá pensaba que debía ir.

«Porque», dijo ella, mirando por la ventana con ojos tristes, «sé que tu papá así lo habría querido, Ceddie. Quería mucho a su hogar; y hay muchas cosas que considerar que un niño pequeño no puede entender del todo. Sería una madrecita egoísta si no te enviara. Cuando seas un hombre, verás por qué».

Ceddie movió la cabeza con tristeza.

«Voy a sentir mucho dejar al señor Hobbs», dijo. «Me temo que me

echará de menos, y yo lo echaré de menos a él. Y echaré de menos a todos».

Cuando el señor Havisham (que era el abogado de la familia del conde de Dorincourt y había sido enviado por este para llevar a Lord Fauntleroy a Inglaterra) vino al día siguiente, Cedric oyó muchas cosas. Pero, de algún modo, no le sirvió de consuelo saber que sería un hombre muy rico cuando creciera, y que tendría castillos aquí y castillos allá, y grandes parques y minas profundas y grandes propiedades y arrendatarios. Estaba preocupado por su amigo, el señor Hobbs, y fue a verlo al almacén poco después del desayuno, con gran ansiedad en el ánimo.

Lo encontró leyendo el diario de la mañana, y se le acercó con aire grave. Sentía de veras que sería un gran golpe para el señor Hobbs enterarse de lo que le había ocurrido, y de camino al almacén había estado pensando cuál sería la mejor manera de darle la noticia.

«¡Hola!», dijo el señor Hobbs. «¡Buenos días!».

«Buenos días», dijo Cedric.

No se subió al alto taburete como de costumbre, sino que se sentó en una caja de galletas y se abrazó la rodilla, y estuvo tan callado unos momentos que el señor Hobbs terminó por levantar la vista, interrogante, por encima del diario.

«¡Hola!», dijo otra vez.

Cedric juntó todas las fuerzas de su ánimo.

«Señor Hobbs», dijo, «¿se acuerda de qué estábamos hablando ayer por la mañana?».

«Bueno», respondió el señor Hobbs, «me parece que era de Inglaterra».

«Sí», dijo Cedric; «pero justo cuando Mary vino a buscarme, ¿sabe?».

El señor Hobbs se frotó la nuca.

«Estábamos nombrando a la reina Victoria y a la aristocracia».

«Sí», dijo Cedric, algo vacilante, «y... y a los condes, ¿no se acuer-

da?».

«Pues claro», replicó el señor Hobbs; «¡les dimos un buen repaso, eso sí!».

Cedric se ruborizó hasta el flequillo rizado de la frente. Nada tan incómodo le había ocurrido en toda su vida. Tenía un poco de miedo de que también pudiera resultar algo incómodo para el señor Hobbs.

«Usted dijo», prosiguió, «que no los quería sentados en sus barriles de galletas».

«¡Y así lo dije!», replicó con firmeza el señor Hobbs. «Y lo sostengo. ¡Que lo intenten, eso es todo!».

«Señor Hobbs», dijo Cedric, «¡ahora mismo hay uno sentado en esta caja!».

El señor Hobbs casi saltó de su silla.

«¡¿Qué?!», exclamó.

«Sí», anunció Cedric, con la debida modestia; «*Yo* soy uno... o voy a serlo. No quiero engañarlo».

El señor Hobbs parecía agitado. Se levantó de golpe y fue a mirar el termómetro.

«¡Se te ha subido el mercurio a la cabeza!», exclamó, volviéndose para examinar el rostro de su joven amigo. «¡Qué día de calor! ¿Cómo te sientes? ¿Te duele algo? ¿Cuándo empezaste a sentirte así?».

Le puso su manaza en el pelo al niño. Esto era más incómodo que nunca.

«Gracias», dijo Ceddie; «estoy bien. No me pasa nada en la cabeza. Siento decirle que es verdad, señor Hobbs. Para eso vino Mary a llevarme a casa. El señor Havisham se lo estaba diciendo a mi mamá, y él es abogado».

El señor Hobbs se desplomó en su silla y se secó la frente con el pañuelo.

«¡*Uno* de los dos ha tenido una insolación!», exclamó.

«No», replicó Cedric, «no la hemos tenido. Tendremos que conformarnos, señor Hobbs. El señor Havisham vino desde Inglaterra para

contárnoslo. Lo mandó mi abuelito».

El señor Hobbs miró con ojos desorbitados la carita inocente y seria que tenía delante.

«¿Quién es tu abuelo?», preguntó.

Cedric se metió la mano en el bolsillo y sacó con cuidado un papel en el que había algo escrito con su letra redonda e irregular.

«No lo podía recordar fácilmente, así que lo anoté en esto», dijo. Y leyó en voz alta, despacio: «"John Arthur Molyneux Errol, conde de Dorincourt". Ese es su nombre, y vive en un castillo, en dos o tres castillos, creo. Y mi papá, que murió, era su hijo menor; y yo no habría sido lord ni conde si mi papá no hubiera muerto; y mi papá no habría sido conde si sus dos hermanos no hubieran muerto. Pero todos murieron, y no queda nadie más que yo, ningún niño, y por eso tengo que serlo; y mi abuelito me ha mandado llamar a Inglaterra».

El señor Hobbs parecía sentir cada vez más calor. Se secó la frente y la calva y respiraba con fuerza. Empezaba a darse cuenta de que había ocurrido algo muy notable; pero cuando miró al niño sentado en la caja de galletas, con la expresión inocente y ansiosa en sus ojos de niño, y vio que no había cambiado en nada, sino que era simplemente como había sido el día anterior, un muchachito buenmozo, alegre y valiente, con su traje azul y su cinta roja al cuello, toda aquella información sobre la nobleza lo dejó perplejo. Y quedó más perplejo aún porque Cedric la daba con tal ingenua sencillez, y claramente sin darse cuenta él mismo de lo enorme que era.

«¿Cómo... cómo dijiste que te llamabas?», preguntó el señor Hobbs.

«Cedric Errol, Lord Fauntleroy», respondió Cedric. «Así me llamó el señor Havisham. Dijo cuando entré en la sala: "¡Así que este es el pequeño Lord Fauntleroy!"».

«Bueno», dijo el señor Hobbs, «¡que me... aspen!».

Era una exclamación que usaba siempre que estaba muy asombrado o alterado. No se le ocurría nada más que decir en aquel desconcertante momento.

A Cedric le pareció una exclamación muy adecuada y apropiada. Su respeto y su cariño por el señor Hobbs eran tan grandes que admiraba y aprobaba todas sus frases. Todavía no había visto bastante sociedad como para darse cuenta de que a veces el señor Hobbs no era del todo convencional. Sabía, por supuesto, que era distinto de su mamá, pero su mamá era una dama, y tenía la idea de que las damas siempre eran distintas de los caballeros.

Miró al señor Hobbs con anhelo.

«Inglaterra queda muy lejos, ¿verdad?», preguntó.

«Al otro lado del océano Atlántico», respondió el señor Hobbs.

«Eso es lo peor», dijo Cedric. «Quizá no lo vea durante mucho tiempo. No me gusta pensar en eso, señor Hobbs».

«Hasta los mejores amigos tienen que separarse», dijo el señor Hobbs.

«Bueno», dijo Cedric, «hemos sido amigos por muchos años, ¿no es cierto?».

«Desde que naciste», respondió el señor Hobbs. «Tenías unas seis semanas cuando te sacaron a pasear por primera vez por esta calle».

«Ah», comentó Cedric con un suspiro, «¡entonces nunca pensé que tendría que ser conde!».

«¿Tú crees», dijo el señor Hobbs, «que no hay manera de librarse?».

«Me temo que no», respondió Cedric. «Mi mamá dice que mi papá habría querido que lo fuera. Pero si tengo que ser conde, hay una cosa que puedo hacer: puedo tratar de ser uno bueno. No voy a ser un tirano. Y si alguna vez hay otra guerra con América, trataré de detenerla».

Su conversación con el señor Hobbs fue larga y seria. Una vez pasado el primer golpe, el señor Hobbs no se mostró tan rencoroso como cabía esperar; trató de resignarse a la situación, y antes de que terminara la entrevista había hecho muchísimas preguntas. Como Cedric solo podía contestar unas pocas, trató de contestarlas él mismo, y, ya lanzado de lleno sobre el tema de los condes, los marqueses y las propiedades señoriales, explicó muchas cosas de una manera que probable-

mente habría asombrado al señor Havisham, si este caballero hubiera podido oírla.

Pero, claro, había muchas cosas que asombraban al señor Havisham. Había pasado toda su vida en Inglaterra y no estaba acostumbrado a los americanos ni a sus costumbres. Había estado ligado profesionalmente a la familia del conde de Dorincourt durante casi cuarenta años, y sabía todo sobre sus magníficas propiedades, su gran riqueza e importancia; y, de un modo frío y profesional, sentía interés por este niñito que en el futuro sería el amo y dueño de todo ello, el futuro conde de Dorincourt. Conocía muy bien la decepción del viejo conde con sus hijos mayores y su feroz rabia por el matrimonio americano del capitán Cedric, y sabía que todavía odiaba a la dulce viudita y no hablaba de ella sino con palabras amargas y crueles. Sostenía que era solo una muchacha americana cualquiera, que había enredado a su hijo para casarse con ella porque sabía que era hijo de un conde. El propio viejo abogado casi había llegado a creer que todo eso era verdad. Había visto a muchas personas egoístas e interesadas en su vida, y no tenía buena opinión de los americanos. Cuando lo habían llevado a aquella calle humilde, y su coche se detuvo frente a la casita pobre, se había sentido realmente escandalizado. Le parecía verdaderamente terrible pensar que el futuro dueño del castillo de Dorincourt y de Wyndham Towers y de Chorlworth, y de todos los demás esplendores señoriales, hubiera nacido y se hubiera criado en una casa insignificante, en una calle con una especie de verdulería en la esquina. Se preguntaba qué clase de niño sería, y qué clase de madre tendría. Más bien le daba reparo ver a ambos. Sentía una especie de orgullo por la noble familia cuyos asuntos legales había llevado por tanto tiempo, y le habría molestado muchísimo verse obligado a tratar con una mujer que le pareciera una persona vulgar y codiciosa, sin respeto por el país de su difunto esposo ni por la dignidad de su apellido. Era un apellido muy antiguo y muy ilustre, y el señor Havisham mismo le tenía gran respeto, aunque no era más que un viejo abogado frío, agudo y profesional.

Cuando Mary lo hizo pasar al saloncito, lo recorrió con mirada crítica. Estaba amueblado con sencillez, pero tenía un aire de hogar; no había adornos baratos ni vulgares, ni cuadros baratos y chillones; los pocos adornos de las paredes eran de buen gusto y por la habitación había muchas cosas bonitas que podía haber hecho una mano de mujer.

«No está nada mal hasta ahora», se había dicho; «pero tal vez predominó el gusto del capitán». Pero cuando la señora Errol entró en la sala, empezó a pensar que ella misma podía haber tenido algo que ver. Si no hubiera sido un anciano caballero tan reservado y rígido, probablemente se habría sobresaltado al verla. Con su sencillo vestido negro, ceñido a su figura esbelta, parecía más una muchacha que la madre de un niño de siete años. Tenía un rostro joven, hermoso y triste, y una mirada muy tierna e inocente en sus grandes ojos castaños, la mirada triste que no había dejado del todo su cara desde la muerte de su marido. Cedric estaba acostumbrado a verla ahí; las únicas veces en que la había visto desaparecer habían sido cuando jugaba con ella o conversaba con ella, y decía alguna cosa de viejo, o usaba alguna palabra larga que había recogido de los periódicos o de sus conversaciones con el señor Hobbs. Le gustaba usar palabras largas, y siempre se alegraba cuando hacían reír a su madre, aunque no entendía por qué eran graciosas; para él eran cosas muy serias. La experiencia del abogado le había enseñado a leer muy agudamente el carácter de las personas, y apenas vio a la madre de Cedric supo que el viejo conde se había equivocado mucho al creerla una mujer vulgar e interesada. El señor Havisham nunca se había casado, nunca había estado siquiera enamorado, pero adivinó que esta linda criatura de voz dulce y ojos tristes se había casado con el capitán Errol solo porque lo quería con todo su cariñoso corazón, y que nunca había pensado ni una vez que fuera una ventaja que él fuera hijo de un conde. Y vio que no tendría ninguna dificultad con ella, y empezó a sentir que quizá el pequeño Lord Fauntleroy no sería, después de todo, una carga tan grande para su noble familia. El capitán había sido un mozo guapo, y la joven madre era

muy bonita, y quizá el niño fuera presentable.

Cuando por primera vez le dijo a la señora Errol a qué había venido, ella se puso muy pálida.

«¡Ay!», dijo; «¿tendrán que quitármelo? ¡Nos queremos tanto! ¡Es tan grande mi felicidad con él! Es todo lo que tengo. He tratado de ser una buena madre para él». Y su dulce voz joven tembló, y las lágrimas se le agolparon en los ojos. «¡Usted no sabe lo que ha sido para mí!», dijo.

El abogado se aclaró la garganta.

«Me veo obligado a decirle», dijo, «que el conde de Dorincourt no está... no está muy bien dispuesto hacia usted. Es un hombre viejo, y sus prejuicios son muy fuertes. Siempre ha tenido particular aversión a América y a los americanos, y el matrimonio de su hijo lo enfureció mucho. Lamento ser portador de una comunicación tan desagradable, pero él está muy firme en su decisión de no verla. Su plan es que Lord Fauntleroy se eduque bajo su propia vigilancia, que viva con él. El conde tiene apego al castillo de Dorincourt y pasa allí mucho tiempo. Sufre de gota inflamatoria y no le gusta Londres. Por lo tanto, es probable que Lord Fauntleroy viva principalmente en Dorincourt. El conde le ofrece como hogar Court Lodge, que está en un lugar agradable y no muy lejos del castillo. También le ofrece una renta adecuada. A Lord Fauntleroy se le permitirá visitarla; la única condición es que usted no lo visite a él ni entre por las puertas del parque. Como ve, no estará realmente separada de su hijo, y le aseguro, señora, que las condiciones no son tan duras como... como podrían haber sido. La ventaja de un entorno y una educación como los que tendrá Lord Fauntleroy será muy grande, estoy seguro de que usted debe verlo».

Se sentía un poco inquieto por si ella se ponía a llorar o hacía una escena, como sabía que habrían hecho algunas mujeres. Le incomodaba y le molestaba ver llorar a las mujeres.

Pero ella no lo hizo. Fue hasta la ventana y se quedó allí con el rostro vuelto, unos instantes, y él vio que trataba de serenarse.

«El capitán Errol quería mucho a Dorincourt», dijo por fin. «Amaba Inglaterra y todo lo inglés. Siempre fue una pena para él estar separado de su hogar. Estaba orgulloso de su hogar y de su apellido. Habría querido... sé que habría querido que su hijo conociera esos hermosos lugares antiguos y se criara de una manera adecuada a su futura posición».

Luego volvió a la mesa y se quedó mirando al señor Havisham, con mucha suavidad.

«Mi marido lo habría querido», dijo. «Será lo mejor para mi hijito. Sé... estoy segura de que el conde no sería tan cruel como para tratar de enseñarle a no quererme; y sé, aunque lo intentara, que mi hijito se parece demasiado a su padre como para que le hagan daño. Tiene un carácter cálido y fiel, y un corazón sincero. Me querría aunque no me viera; y mientras podamos vernos, no debería sufrir demasiado».

«Piensa muy poco en sí misma», pensó el abogado. «No pone ninguna condición para ella».

«Señora», dijo en voz alta, «respeto su consideración por su hijo. Él se lo agradecerá cuando sea un hombre. Le aseguro que Lord Fauntleroy será cuidado con el mayor esmero y se hará todo lo posible por asegurar su felicidad. El conde de Dorincourt estará tan atento a su comodidad y a su bienestar como podría estarlo usted misma».

«Espero», dijo la tierna madrecita, con la voz algo quebrada, «que su abuelo quiera a Ceddie. El niño tiene un carácter muy afectuoso; y siempre lo han querido».

El señor Havisham se aclaró de nuevo la garganta. No lograba imaginarse al viejo conde, gotoso y de genio vivo, queriendo mucho a nadie; pero sabía que le convendría ser amable, a su manera irritable, con el niño que había de ser su heredero. Sabía también que, si Ceddie hacía algún honor a su apellido, su abuelo estaría orgulloso de él.

«Lord Fauntleroy estará cómodo, estoy seguro», respondió. «Fue pensando en su felicidad que el conde quiso que usted estuviera lo bastante cerca de él para verlo con frecuencia».

No le pareció prudente repetir las palabras exactas que había usado el conde, que en realidad no eran ni corteses ni amables.

El señor Havisham prefirió expresar la oferta de su noble patrón en un lenguaje más suave y cortés.

Tuvo otro leve sobresalto cuando la señora Errol le pidió a Mary que buscara a su hijito y se lo trajera, y Mary le dijo dónde estaba.

«Claro que lo encontraré fácil, señora», dijo; «porque está con el señor Hobbs en este mismo momento, sentado en su alto taburete junto al mostrador y hablando de política, lo más seguro, o pasándola en grande entre el jabón y las velas y las papas, tan juicioso y tan dulce como puede ser».

«El señor Hobbs lo conoce desde que nació», dijo la señora Errol al abogado. «Es muy bondadoso con Ceddie, y hay una gran amistad entre ellos».

Al recordar el vistazo que había alcanzado a echar al almacén cuando pasó frente a él, y tener presentes los barriles de papas y de manzanas y los diversos cachivaches, el señor Havisham sintió resurgir sus dudas. En Inglaterra, los hijos de los caballeros no se hacían amigos de almaceneros, y le parecía un proceder bastante singular. Sería muy incómodo que el niño tuviera malos modales y se inclinara por las malas compañías. Una de las humillaciones más amargas de la vida del viejo conde había sido que sus dos hijos mayores fueran amigos de las malas compañías. ¿Podía ser, pensaba, que este muchacho tuviera sus malas cualidades en lugar de las buenas cualidades de su padre?

Pensaba en esto con inquietud mientras conversaba con la señora Errol hasta que el niño entró en la sala. Cuando se abrió la puerta, vaciló un momento antes de mirar a Cedric. A muchas personas que lo conocían les habría parecido muy raro, si hubieran podido saber las curiosas sensaciones que pasaron por el señor Havisham cuando miró hacia abajo al niño, que corrió a los brazos de su madre. Experimentó un vuelco del ánimo que fue en verdad emocionante. Reconoció al instante que tenía delante a uno de los muchachitos más finos y buenmo-

zos que había visto.

Su belleza era algo fuera de lo común. Tenía un cuerpecito fuerte, ágil y gracioso y un rostro varonil; llevaba la cabecita de niño en alto y se comportaba con aire valiente; se parecía tanto a su padre que era realmente sorprendente; tenía el pelo dorado de su padre y los ojos castaños de su madre, pero no había nada triste ni tímido en ellos. Eran ojos inocentemente intrépidos; parecía que nunca en su vida había temido ni dudado de nada.

«Es el niño de mejor crianza y más buenmozo que he visto», fue lo que pensó el señor Havisham. Lo que dijo en voz alta fue sencillamente: «Así que este es el pequeño Lord Fauntleroy».

Y, después de esto, mientras más veía al pequeño Lord Fauntleroy, más sorpresa le causaba. Sabía muy poco de niños, aunque había visto muchos en Inglaterra, muchachas y muchachos guapos y sonrosados, estrictamente cuidados por sus preceptores y niñeras, que a veces eran tímidos y a veces un poco alborotadores, pero nunca muy interesantes para un abogado viejo, ceremonioso y rígido. Quizá su interés personal en la fortuna del pequeño Lord Fauntleroy le hizo fijarse en Ceddie más que en otros niños; pero, fuera como fuera, ciertamente se sorprendió fijándose mucho en él.

Cedric no sabía que lo observaban y se comportó simplemente a su manera habitual. Le dio la mano al señor Havisham con su estilo amistoso cuando los presentaron, y contestó todas sus preguntas con la pronta soltura con que contestaba al señor Hobbs. No era ni tímido ni atrevido, y mientras el señor Havisham hablaba con su madre, el abogado notó que escuchaba la conversación con tanto interés como si fuera ya un hombre hecho.

«Parece un niñito muy maduro», dijo el señor Havisham a la madre.

«Creo que lo es, en algunas cosas», contestó ella. «Siempre ha sido muy rápido para aprender, y ha vivido mucho entre gente mayor. Tiene la graciosa costumbre de usar palabras largas y expresiones que ha

leído en los libros o ha oído a otros, pero le gustan mucho los juegos de niños. Creo que es bastante inteligente, pero a veces es muy niño».

La siguiente vez que el señor Havisham lo encontró, vio que esto último era muy cierto. Cuando su coche doblaba la esquina, divisó a un grupo de niños pequeños que estaban evidentemente muy alborotados. Dos de ellos estaban a punto de hacer una carrera, y uno era su joven señoría, que gritaba y hacía tanto ruido como el más ruidoso de sus compañeros. Estaba de pie junto a otro niño, con una piernecita roja adelantada un paso.

«¡Uno, a prepararse!», gritó el que daba la partida. «¡Dos, a estar listos! ¡Tres... y a correr!».

El señor Havisham se descubrió asomado a la ventanilla de su coche con una curiosa sensación de interés. En verdad no recordaba haber visto nada como la manera en que las piernecitas rojas de su señoría, tan señoriales, volaban hacia atrás bajo sus pantalones bombachos y devoraban el suelo al lanzarse en la carrera a la palabra de la señal. Apretó los puñitos y puso la cara contra el viento; su pelo brillante flotaba tras él.

«¡Hurra, Ced Errol!», gritaban todos los niños, bailando y chillando de emoción. «¡Hurra, Billy Williams! ¡Hurra, Ceddie! ¡Hurra, Billy! ¡Hurra! ¡Rra! ¡Rra!».

«De verdad creo que va a ganar», dijo el señor Havisham. La manera en que las piernas rojas volaban y destellaban de arriba abajo, los chillidos de los niños, los frenéticos esfuerzos de Billy Williams, cuyas piernas morenas no eran para despreciar, mientras seguía de cerca por detrás a las piernas rojas, le produjeron cierta emoción. «De verdad... ¡de verdad no puedo evitar esperar que gane!», dijo, con una tos como de disculpa. En ese momento se alzó el grito más salvaje de todos de entre los niños que bailaban y saltaban. Con un último salto frenético, el futuro conde de Dorincourt alcanzó el farol al final de la cuadra y lo tocó, apenas dos segundos antes de que Billy Williams se lanzara contra él, jadeante.

«¡Tres hurras por Ceddie Errol!», gritaron los niños. «¡Hurra por Ceddie Errol!».

El señor Havisham retiró la cabeza de la ventanilla de su coche y se recostó con una sonrisa seca.

«¡Bravo, Lord Fauntleroy!», dijo.

Cuando su carruaje se detuvo ante la puerta de la casa de la señora Errol, el vencedor y el vencido se acercaban a ella, acompañados por la bulliciosa pandilla. Cedric caminaba junto a Billy Williams y le hablaba. Su carita exaltada estaba muy roja, los rizos se le pegaban a la frente caliente y húmeda, y tenía las manos en los bolsillos.

«Fíjate», le decía, evidentemente con la intención de hacer fácil la derrota a su rival vencido, «creo que gané porque mis piernas son un poco más largas que las tuyas. Creo que fue eso. Fíjate, soy tres días mayor que tú, y eso me da una ventaja. Soy tres días mayor».

Y este modo de ver el asunto pareció animar tanto a Billy Williams que volvió a sonreírle al mundo y se sintió capaz de pavonearse un poco, casi como si hubiera ganado la carrera en vez de perderla. De algún modo, Ceddie Errol tenía una manera de hacer que la gente se sintiera a gusto. Incluso en el primer arrebato de sus triunfos, recordaba que el que había sido derrotado quizá no se sintiera tan alegre como él y quizá le gustara pensar que *podría* haber ganado en otras circunstancias.

Esa mañana el señor Havisham tuvo una conversación bastante larga con el ganador de la carrera, una conversación que le hizo sonreír con su sonrisa seca y frotarse varias veces la barbilla con su mano huesuda.

Habían llamado a la señora Errol fuera del salón, y el abogado y Cedric se quedaron solos. Al principio el señor Havisham se preguntó qué diría a su pequeño acompañante. Tenía la idea de que quizá lo mejor sería decirle varias cosas que prepararan a Cedric para conocer a su abuelo, y quizá para el gran cambio que le esperaba. Veía que Cedric no tenía la menor idea de la clase de cosas que vería al llegar a In-

glaterra ni de la clase de hogar que lo esperaba allí. Ni siquiera sabía todavía que su madre no iba a vivir en la misma casa que él. Habían pensado que era mejor dejarlo recuperarse del primer golpe antes de decírselo.

El señor Havisham estaba sentado en un sillón a un lado de la ventana abierta; al otro lado había otro sillón aún más grande, y Cedric se sentó en él y miró al señor Havisham. Se sentó bien atrás, en el fondo de su gran asiento, con la cabeza rizada contra el respaldo acolchado, las piernas cruzadas y las manos metidas hasta el fondo en los bolsillos, muy a lo señor Hobbs. Había estado observando al señor Havisham con mucha fijeza mientras su mamá estaba en la sala, y después de que ella salió siguió mirándolo con respetuosa reflexión. Hubo un breve silencio después de que la señora Errol salió, y Cedric parecía estar estudiando al señor Havisham, y el señor Havisham ciertamente estaba estudiando a Cedric. No lograba decidir qué debe decirle un caballero de cierta edad a un niño que gana carreras y lleva pantalones bombachos cortos y medias rojas sobre piernas que no eran lo bastante largas para colgar de un sillón grande cuando se sentaba bien atrás.

Pero Cedric lo sacó del apuro empezando él mismo la conversación de repente.

«¿Sabe?», dijo, «no sé qué es un conde».

«¿No lo sabe?», dijo el señor Havisham.

«No», replicó Ceddie. «Y creo que cuando un niño va a ser uno, debería saberlo. ¿No le parece?».

«Bueno... sí», respondió el señor Havisham.

«¿Le importaría», dijo Ceddie con respeto, «le importaría explicármelo?». (A veces, cuando usaba sus palabras largas, no las pronunciaba del todo bien.) «¿Qué lo hizo conde?».

«Un rey o una reina, en primer lugar», dijo el señor Havisham. «Por lo general, se hace conde a un hombre porque ha prestado algún servicio a su soberano, o ha hecho alguna gran hazaña».

«¡Ah!», dijo Cedric; «eso es como el presidente».

«¿De veras?», dijo el señor Havisham. «¿Por eso se elige a sus presidentes?».

«Sí», respondió Ceddie con alegría. «Cuando un hombre es muy bueno y sabe mucho, lo eligen presidente. Hay procesiones de antorchas y bandas, y todos hacen discursos. Yo pensaba que quizá podría ser presidente, pero nunca pensé en ser conde. No sabía de los condes», dijo, algo apresurado, por si el señor Havisham pudiera encontrar descortés que él no hubiera querido serlo, «si hubiera sabido de ellos, me atrevo a decir que habría pensado que me gustaría ser uno».

«Es bastante distinto de ser presidente», dijo el señor Havisham.

«¿Sí?», preguntó Cedric. «¿Cómo? ¿No hay procesiones de antorchas?».

El señor Havisham cruzó las piernas y juntó con cuidado las puntas de los dedos. Pensó que quizá había llegado el momento de explicar las cosas con más claridad.

«Un conde es... es una persona muy importante», empezó.

«¡Igual que un presidente!», intervino Ceddie. «¡Las procesiones de antorchas tienen cinco millas de largo, y lanzan cohetes, y toca la banda! El señor Hobbs me llevó a verlas».

«Un conde», prosiguió el señor Havisham, sintiéndose bastante inseguro del terreno, «es con frecuencia de muy antiguo linaje...».

«¿Qué es eso?», preguntó Ceddie.

«De familia muy antigua, antiquísima».

«¡Ah!», dijo Cedric, metiendo las manos más hondo en los bolsillos. «Supongo que le pasa lo mismo a la vendedora de manzanas que está cerca del parque. Me atrevo a decir que ella es de antiguo lenaje. Es tan vieja que le sorprendería cómo puede mantenerse en pie. Tiene cien años, me parece, y sin embargo está ahí afuera hasta cuando llueve. Me da pena, y a los otros niños también. Billy Williams una vez tuvo casi un dólar, y yo le pedí que le comprara cinco centavos de manzanas todos los días hasta gastarlo todo. Eso hacía veinte días, y se can-

só de las manzanas al cabo de una semana; pero entonces (fue una suerte) un caballero me dio cincuenta centavos y yo le compré las manzanas a ella en su lugar. Da pena cualquiera que sea tan pobre y tenga un lenaje tan antiguo. Ella dice que el suyo se le ha metido en los huesos y que la lluvia lo empeora».

El señor Havisham se sintió bastante desconcertado al mirar la carita inocente y seria de su acompañante.

«Me temo que no me entendió bien», le explicó. «Cuando dije "antiguo linaje" no quise decir de edad avanzada; quise decir que el apellido de una familia así ha sido conocido en el mundo por mucho tiempo; que quizá durante cientos de años las personas que llevaban ese apellido han sido conocidas y nombradas en la historia de su país».

«Como George Washington», dijo Ceddie. «Yo he oído hablar de él desde que nací, y era conocido mucho antes de eso. El señor Hobbs dice que nunca será olvidado. Eso es por la Declaración de Independencia, ¿sabe?, y por el Cuatro de Julio. Es que era un hombre muy valiente».

«El primer conde de Dorincourt», dijo el señor Havisham con solemnidad, «fue hecho conde hace cuatrocientos años».

«¡Caramba!», dijo Ceddie. «¡Eso fue hace mucho tiempo! ¿Se lo dijo a Querida? Le interesaría mucho. Se lo diremos cuando entre. A ella siempre le gusta oír cosas curiosas. ¿Qué más hace un conde además de ser hecho?».

«Muchos de ellos han ayudado a gobernar Inglaterra. Algunos han sido hombres valientes y han peleado en grandes batallas en los viejos tiempos».

«A mí me gustaría hacer eso», dijo Cedric. «Mi papá era soldado, y era un hombre muy valiente, tan valiente como George Washington. Quizá eso era porque habría sido conde si no hubiera muerto. Me alegra que los condes sean valientes. Esa es una gran ventaja, ser un hombre valiente. Antes yo le tenía bastante miedo a las cosas, a la oscuridad, ¿sabe?; pero cuando pensé en los soldados de la Revolución y en

George Washington, se me quitó».

«Hay otra ventaja en ser conde, a veces», dijo despacio el señor Havisham, y fijó sus ojos agudos en el niño con una expresión bastante curiosa. «Algunos condes tienen mucho dinero».

Sentía curiosidad porque se preguntaba si su joven amigo sabía qué poder tenía el dinero.

«Eso es bueno de tener», dijo Ceddie con inocencia. «Ojalá yo tuviera mucho dinero».

«¿De veras?», dijo el señor Havisham. «¿Y por qué?».

«Bueno», explicó Cedric, «hay tantas cosas que una persona puede hacer con dinero. Fíjese, está la vendedora de manzanas. Si yo fuera muy rico, le compraría una tiendita de lona para poner su puesto, y una estufita, y luego le daría un dólar cada mañana que lloviera, para que pudiera darse el lujo de quedarse en casa. Y entonces... ¡ah!, le daría un chal. Y, fíjese, no le dolerían tanto los huesos. Sus huesos no son como los nuestros; le duelen cuando se mueve. Es muy doloroso que a uno le duelan los huesos. Si yo fuera lo bastante rico para hacer todas esas cosas por ella, creo que sus huesos se pondrían bien».

«¡Ejem!», dijo el señor Havisham. «¿Y qué más haría si fuera rico?».

«¡Ah! Haría muchísimas cosas. Por supuesto le compraría a Querida toda clase de cosas hermosas, alfileteros y abanicos y dedales de oro y anillos, y una enciclopedia, y un carruaje, para que no tuviera que esperar los tranvías. Si le gustaran los vestidos de seda rosada, le compraría algunos, pero a ella le gusta más el negro. Pero la llevaría a las tiendas grandes y le diría que mirara alrededor y eligiera ella misma. Y después Dick...».

«¿Quién es Dick?», preguntó el señor Havisham.

«Dick es lustrabotas», dijo su joven señoría, entusiasmándose por el interés que le despertaban planes tan emocionantes. «Es uno de los lustrabotas más buenos que usted pueda conocer. Se para en la esquina de una calle del centro. Lo conozco desde hace años. Una vez, cuando yo era muy chiquito, caminaba con Querida, y ella me compró una pe-

lota hermosa que rebotaba, y yo la llevaba y rebotó hasta el medio de la calle donde estaban los carruajes y los caballos, y me desilusioné tanto que me puse a llorar; yo era muy chiquito. Llevaba faldita. Y Dick estaba lustrando los zapatos de un señor, y dijo: "¡Hola!", y corrió entre los caballos y agarró la pelota para mí y la limpió con su chaqueta y me la dio y dijo: "No pasa nada, jovencito". Así que Querida lo admiró mucho, y yo también, y desde entonces, cuando vamos al centro, hablamos con él. Él dice "¡Hola!" y yo digo "¡Hola!" y luego hablamos un poco, y me cuenta cómo anda el negocio. Últimamente ha andado mal».

«¿Y qué le gustaría hacer por él?», preguntó el abogado, frotándose la barbilla y sonriendo con una sonrisa extraña.

«Bueno», dijo Lord Fauntleroy, acomodándose en su sillón con aire de negocios, «yo le compraría su parte a Jake».

«¿Y quién es Jake?», preguntó el señor Havisham.

«Es el socio de Dick, ¡y es el peor socio que un muchacho puede tener! Dick lo dice. No le hace ningún favor al negocio, y no es honrado. Hace trampa, y eso enoja a Dick. A usted también le daría rabia, ¿sabe?, si estuviera lustrando botas lo mejor que pudiera, y siendo honrado todo el tiempo, y su socio no fuera honrado en absoluto. A la gente le cae bien Dick, pero Jake no, y por eso a veces no vuelven. Así que si yo fuera rico, le compraría su parte a Jake y le conseguiría a Dick un letrero de primera; él dice que un letrero de primera ayuda mucho; y le conseguiría ropa nueva y cepillos nuevos, y lo dejaría empezar con el pie derecho. Él dice que lo único que quiere es empezar con el pie derecho».

No se podía haber contado con más confianza e inocencia que como su pequeña señoría relató su historia, citando con la más cándida buena fe las expresiones de jerga de su amigo Dick. Parecía no tener ni una sombra de duda de que su compañero de edad avanzada se interesaría tanto como él mismo. Y en verdad el señor Havisham empezaba a interesarse mucho; pero quizá no tanto por Dick y la vendedora

de manzanas como por este pequeño lord tan bondadoso, cuya cabeza rizada, bajo su cabellera amarilla, estaba tan ocupada con buenos planes para sus amigos, y que de algún modo parecía haberse olvidado por completo de sí mismo.

«¿Hay algo...?», empezó. «¿Qué compraría para usted, si fuera rico?».

«¡Un montón de cosas!», respondió Lord Fauntleroy con viveza; «pero primero le daría a Mary algo de dinero para Bridget, que es su hermana, con doce hijos y un marido sin trabajo. Viene aquí y llora, y Querida le da cosas en una canasta, y entonces llora otra vez, y dice: "Que Dios la bendiga, por ser una dama tan hermosa". Y creo que al señor Hobbs le gustaría un reloj de oro con cadena para acordarse de mí, y una pipa de espuma de mar. Y después me gustaría armar una compañía».

«¡Una compañía!», exclamó el señor Havisham.

«Como un mitin republicano», explicó Cedric, muy entusiasmado. «Tendría antorchas y uniformes y cosas para todos los niños, y para mí también. Y marcharíamos, ¿sabe?, y haríamos ejercicios. Eso es lo que querría para mí, si fuera rico».

Se abrió la puerta y entró la señora Errol.

«Siento haberlo dejado tanto rato», dijo al señor Havisham; «pero vino a verme una pobre mujer que está en un gran apuro».

«Este joven caballero», dijo el señor Havisham, «me ha estado hablando de algunos de sus amigos y de lo que haría por ellos si fuera rico».

«Bridget es una de sus amigas», dijo la señora Errol; «y es con Bridget con quien he estado hablando en la cocina. Está ahora en un gran apuro porque su marido tiene fiebre reumática».

Cedric se deslizó de su sillón grande.

«Creo que voy a ir a verla», dijo, «y a preguntarle cómo está él. Es un hombre bueno cuando está sano. Le estoy agradecido porque una vez me hizo una espada de madera. Es un hombre de mucho talento».

Salió corriendo de la sala y el señor Havisham se levantó de su sillón. Parecía tener algo en mente de lo que quería hablar.

Vaciló un momento, y luego dijo, mirando a la señora Errol desde arriba:

«Antes de salir del castillo de Dorincourt, tuve una entrevista con el conde, en la que me dio algunas instrucciones. Desea que su nieto espere con cierto gusto su futura vida en Inglaterra, y también el conocerlo a él. Dijo que debía hacer saber a su señoría que el cambio en su vida le traería dinero y los placeres que disfrutan los niños; si manifestaba algún deseo, yo debía satisfacerlo y decirle que su abuelo le había dado lo que quería. Sé que el conde no esperaba nada exactamente como esto; pero si a Lord Fauntleroy le diera placer ayudar a esta pobre mujer, creo que el conde se disgustaría si no se le diera ese gusto».

Por segunda vez, no repitió las palabras exactas del conde. Su señoría había dicho, en efecto:

«Haga que el muchacho entienda que puedo darle todo lo que quiera. Hágale saber lo que es ser el nieto del conde de Dorincourt. Cómprele todo lo que se le antoje; que tenga dinero en los bolsillos, y dígale que su abuelo se lo puso allí».

Sus motivos estaban lejos de ser buenos, y si hubiera tratado con un carácter menos afectuoso y cálido que el del pequeño Lord Fauntleroy, se habría podido hacer un gran daño. Y la madre de Cedric era demasiado dulce para sospechar mal alguno. Pensó que quizá esto significaba que un anciano solitario y desdichado, cuyos hijos habían muerto, deseaba ser amable con su hijito y ganarse su cariño y confianza. Y le agradó mucho pensar que Ceddie podría ayudar a Bridget. La hizo más feliz saber que el primer resultado de la extraña fortuna que había caído sobre su hijito era que podía hacer cosas buenas por quienes necesitaban bondad. Un color cálido floreció en su bonito rostro joven.

«¡Ay!», dijo, «¡qué amable de parte del conde! ¡Cedric se pondrá tan contento! Siempre ha querido mucho a Bridget y a Michael. Lo me-

recen de verdad. Muchas veces he deseado haber podido ayudarlos más. Michael es un hombre trabajador cuando está sano, pero lleva mucho tiempo enfermo y necesita medicinas caras y ropa abrigada y alimento nutritivo. Él y Bridget no derrocharán lo que se les dé».

El señor Havisham metió su mano delgada en el bolsillo del pecho y sacó una gran billetera. Había una expresión extraña en su rostro agudo. La verdad era que se preguntaba qué diría el conde de Dorincourt cuando le contaran cuál había sido el primer deseo de su nieto que se había concedido. Se preguntaba qué pensaría de eso el viejo noble, malhumorado, mundano y egoísta.

«No sé si ha comprendido», dijo, «que el conde de Dorincourt es un hombre extremadamente rico. Puede darse el lujo de satisfacer cualquier capricho. Creo que le agradaría saber que a Lord Fauntleroy se le ha complacido en algún antojo. Si usted lo llama y me lo permite, le daré cinco libras para esta gente».

«¡Eso serían veinticinco dólares!», exclamó la señora Errol. «Les parecerá una riqueza. Apenas puedo creer que sea verdad».

«Es del todo cierto», dijo el señor Havisham, con su sonrisa seca. «Ha ocurrido un gran cambio en la vida de su hijo, y mucho poder estará en sus manos».

«¡Ay!», exclamó su madre. «Y es un niño tan pequeño, un niño muy pequeño. ¿Cómo puedo enseñarle a usarlo bien? Me da casi miedo. ¡Mi lindo Ceddie!».

El abogado se aclaró un poco la garganta. Ver la mirada tierna y tímida de sus ojos castaños conmovió su corazón de viejo, duro y mundano.

«Creo, señora», dijo, «que, a juzgar por mi entrevista con Lord Fauntleroy esta mañana, el próximo conde de Dorincourt pensará en los demás tanto como en su noble persona. Es todavía un niño, pero creo que se le puede tener confianza».

Entonces su madre fue a buscar a Cedric y lo trajo de vuelta al salón. El señor Havisham lo oyó hablar antes de que entrara en la sala.

«Es reumatismo infamatorio», decía, «y es una clase de reumatismo que es terrible. Y a él le preocupa que no se ha pagado el arriendo, y Bridget dice que eso empeora la infamación. Y Pat podría conseguir un puesto en una tienda si tuviera ropa».

Su carita se veía muy ansiosa cuando entró. Sentía mucha pena por Bridget.

«Querida dijo que usted me buscaba», le dijo al señor Havisham. «He estado hablando con Bridget».

El señor Havisham lo miró desde arriba un momento. Se sentía algo torpe e indeciso. Como había dicho la madre de Cedric, era un niño muy pequeño.

«El conde de Dorincourt...», empezó, y luego miró involuntariamente a la señora Errol.

La madre del pequeño Lord Fauntleroy se arrodilló de pronto junto a él y rodeó con sus dos tiernos brazos su cuerpo de niño.

«Ceddie», dijo, «el conde es tu abuelito, el padre de tu propio papá. Es muy, muy bueno, y te quiere y desea que tú lo quieras, porque los hijos que fueron sus niños pequeños han muerto. Quiere que seas feliz y hagas felices a otras personas. Es muy rico, y quiere que tengas todo lo que te gustaría tener. Así se lo dijo al señor Havisham, y le dio mucho dinero para ti. Puedes darle un poco a Bridget ahora, lo suficiente para pagar el arriendo y comprarle a Michael todo lo que necesite. ¿No es estupendo, Ceddie? ¿No es bueno?». Y besó al niño en su mejilla redonda, donde el color vivo se encendió de pronto por su emocionado asombro.

Miró de su madre al señor Havisham.

«¿Puedo tenerlo ahora?», exclamó. «¿Puedo dárselo ahora mismo? Ya se está yendo».

El señor Havisham le entregó el dinero. Eran billetes verdes, nuevos y limpios, y formaban un rollo ordenado.

Ceddie salió volando de la sala con él.

«¡Bridget!», lo oyeron gritar al irrumpir en la cocina. «¡Bridget, es-

pere un minuto! Aquí hay dinero. Es para usted, y puede pagar el arriendo. Me lo dio mi abuelito. ¡Es para usted y para Michael!».

«¡Ay, señorito Ceddie!», exclamó Bridget, con voz sobrecogida. «¡Son veinticinco dólares los que hay aquí! ¿Dónde está la señora?».

«Creo que tendré que ir a explicárselo», dijo la señora Errol.

Así que ella también salió de la sala y el señor Havisham se quedó solo un rato. Fue a la ventana y se quedó mirando la calle, pensativo. Pensaba en el viejo conde de Dorincourt, sentado en su gran biblioteca, suntuosa y sombría, en el castillo, gotoso y solo, rodeado de grandeza y lujo, pero que nadie quería de verdad, porque en toda su larga vida nunca había querido de verdad a nadie sino a sí mismo; había sido egoísta, complaciente consigo mismo, arrogante y colérico; se había preocupado tanto por el conde de Dorincourt y sus placeres que no había tenido tiempo de pensar en otras personas; toda su riqueza y su poder, todos los beneficios de su noble apellido y su alto rango, le habían parecido cosas que solo servían para divertir y dar placer al conde de Dorincourt; y ahora que era un anciano, toda esa agitación y esa complacencia consigo mismo solo le habían traído mala salud, irritabilidad y aversión al mundo, que ciertamente lo aborrecía a él. A pesar de todo su esplendor, nunca hubo un viejo noble más impopular que el conde de Dorincourt, y difícilmente podía haber habido uno más solitario. Podía llenar su castillo de invitados si quería. Podía dar grandes cenas y magníficas partidas de caza; pero sabía que en secreto las personas que aceptaran sus invitaciones temían su ceñudo rostro de viejo y sus comentarios sarcásticos y mordaces. Tenía una lengua cruel y un carácter amargo, y se complacía en burlarse de la gente y hacerla sentir incómoda, cuando tenía el poder de hacerlo, porque eran sensibles u orgullosos o tímidos.

El señor Havisham conocía de memoria sus modos duros y feroces, y pensaba en él mientras miraba por la ventana la calle angosta y tranquila. Y se alzó en su mente, en agudo contraste, la imagen del alegre y buenmozo muchachito sentado en el sillón grande contando la histo-

ria de sus amigos, Dick y la vendedora de manzanas, con su manera generosa, inocente y sincera. Y pensó en la inmensa renta, las hermosas y majestuosas propiedades, la riqueza y el poder, para el bien o para el mal, que con el tiempo estarían en las manitas regordetas que el pequeño Lord Fauntleroy metía tan hondo en los bolsillos.

«Hará una gran diferencia», se dijo. «Hará una gran diferencia».

Cedric y su madre volvieron poco después. Cedric estaba de excelente humor. Se sentó en su propio sillón, entre su madre y el abogado, y adoptó una de sus posturas graciosas, con las manos sobre las rodillas. Resplandecía de gozo por el alivio y la dicha de Bridget.

«¡Lloró!», dijo. «¡Dijo que lloraba de alegría! Nunca había visto a nadie llorar de alegría. Mi abuelito debe de ser un hombre muy bueno. No sabía que era un hombre tan bueno. Es más... más agradabilísimo ser conde de lo que yo creía. Estoy casi contento... estoy casi *muy* contento de que voy a ser uno».

Capítulo III

La buena opinión que Cedric tenía de las ventajas de ser conde creció mucho durante la semana siguiente. Le parecía casi imposible darse cuenta de que apenas había algo que quisiera hacer y que no pudiera hacer con facilidad; en realidad, creo que puede decirse que nunca llegó a darse cuenta del todo. Pero al menos entendió, después de unas cuantas conversaciones con el señor Havisham, que podía cumplir todos sus deseos más inmediatos, y se puso a cumplirlos con una sencillez y una alegría que divirtieron mucho al señor Havisham. En la semana anterior a su viaje a Inglaterra hizo muchas cosas curiosas. El abogado recordó mucho tiempo después la mañana en que fueron juntos al centro a visitar a Dick, y la tarde en que dejaron tan asombrada a la vendedora de manzanas, de antiguo linaje, al detenerse ante su puesto y decirle que iba a tener una carpa, una estufa, un chal y una suma de dinero que a ella le pareció verdaderamente maravillosa.

«Porque tengo que ir a Inglaterra y ser lord», explicó Cedric, con dulzura. «Y no me gustaría estar pensando en sus huesos cada vez que lloviera. A mí nunca me duelen los huesos, así que creo que no sé cuánto pueden doler los de una persona, pero la he compadecido mucho, y espero que se ponga mejor».

«Es una vendedora de manzanas muy buena», le dijo al señor Havisham mientras se alejaban, dejando a la dueña del puesto casi sin aliento y sin creer para nada en su gran fortuna. «Una vez, cuando me caí y me corté la rodilla, me dio una manzana gratis. Siempre me he acordado de ella por eso. Usted sabe que uno siempre se acuerda de la gente que ha sido buena con uno».

Nunca se le había pasado por su pequeña cabeza, honrada y sencilla, que hubiera personas capaces de olvidar un favor.

La visita a Dick fue bastante emocionante. Dick acababa de tener

muchos problemas con Jake y estaba de mal humor cuando lo vieron. Su asombro cuando Cedric le anunció con toda calma que habían ido a darle algo que a él le parecía enorme y que arreglaría todos sus apuros casi lo dejó mudo. La manera en que Lord Fauntleroy anunció el motivo de su visita fue muy sencilla y sin ceremonia. El señor Havisham, que estaba de pie escuchando, quedó muy impresionado por lo directa que era. Al oír que su viejo amigo se había hecho lord y que corría el peligro de llegar a conde si vivía lo bastante, Dick abrió tanto los ojos y la boca, y dio tal respingo, que se le cayó la gorra. Cuando la recogió, soltó una exclamación bastante singular. Al señor Havisham le pareció singular, pero Cedric ya la había oído antes.

«¡Oye!», dijo, «¿qué me estás contando?». Esto turbó claramente un poco a su señoría, pero se portó con valentía.

«Al principio todos creen que no es verdad», dijo. «El señor Hobbs pensó que me había dado una insolación. Yo mismo creía que no me iba a gustar, pero ahora que me he acostumbrado me gusta más. El que es conde ahora es mi abuelito, y quiere que yo haga todo lo que me guste. Es muy bueno, aunque *sea* conde; y me mandó mucho dinero con el señor Havisham, y te he traído un poco para que le compres su parte a Jake».

Y el final del asunto fue que Dick le compró de verdad su parte a Jake y se encontró dueño del negocio, con unos cepillos nuevos y un letrero y un equipo realmente asombrosos. No podía creer en su buena suerte con más facilidad que la vendedora de manzanas de antiguo linaje en la suya; andaba como un lustrabotas en un sueño; miraba fijamente a su joven benefactor y sentía que podía despertar en cualquier momento. Casi no pareció darse cuenta de nada hasta que Cedric le tendió la mano para despedirse.

«Bueno, adiós», dijo; y aunque trató de hablar con firmeza, había un ligero temblor en su voz y parpadeó con sus grandes ojos castaños. «Y espero que el negocio te vaya bien. Siento irme y dejarte, pero tal vez vuelva cuando sea conde. Y me gustaría que me escribieras, por-

que siempre fuimos buenos amigos. Y si me escribes, aquí está donde debes mandar la carta». Y le dio un papelito. «Y ya no me llamo Cedric Errol; ahora me llamo Lord Fauntleroy y... y adiós, Dick».

Dick también parpadeó, y sin embargo se le veían bastante húmedas las pestañas. No era un lustrabotas instruido y le habría costado decir lo que sentía en ese momento si lo hubiera intentado; tal vez por eso no lo intentó, y solo parpadeó y se tragó el nudo que tenía en la garganta.

«Ojalá no te fueras», dijo con voz ronca. Luego volvió a parpadear. Después miró al señor Havisham y se tocó la gorra. «Gracias, señor, por traerlo hasta aquí y por lo que ha hecho. Es... es un chiquillo especial», añadió. «Siempre lo he apreciado un montón. Es tan valiente, y... y tan especial».

Y cuando se dieron la vuelta, se quedó mirándolos como aturdido, con la niebla todavía en los ojos y el nudo en la garganta, mientras veía cómo la valiente figurita marchaba alegremente al lado de su alto y tieso acompañante.

Hasta el día de su partida, su señoría pasó el mayor tiempo posible con el señor Hobbs en el almacén. La tristeza se había instalado en el señor Hobbs; estaba muy decaído. Cuando su joven amigo le llevó triunfante el regalo de despedida, un reloj de oro con su cadena, al señor Hobbs le costó agradecerlo como correspondía. Puso la caja sobre su rodilla robusta y se sonó la nariz con fuerza varias veces.

«Tiene algo escrito», dijo Cedric, «por dentro de la tapa. Yo mismo le dije al hombre lo que tenía que poner. “De su más antiguo amigo, Lord Fauntleroy, para el señor Hobbs. Cuando esto vea, acuérdese de mí”. No quiero que me olvide».

El señor Hobbs volvió a sonarse la nariz muy ruidosamente.

«No me voy a olvidar de ti», dijo, hablando un poquito ronco, como había hablado Dick; «y tú no vayas a olvidarte de mí cuando andes entre la aristocracia británica».

«No me olvidaría de usted, estuviera entre quienes estuviera», con-

testó su señoría. «He pasado con usted mis horas más felices; al menos, algunas de mis horas más felices. Espero que venga a verme alguna vez. Estoy seguro de que mi abuelito se alegraría mucho. Quizás le escriba para invitarlo, cuando yo le hable de usted. A usted... a usted no le importaría que sea conde, ¿verdad?, quiero decir, no dejaría de ir solo porque lo sea, si él lo invitara a venir».

«Iría a verte», respondió el señor Hobbs con gentileza.

De modo que pareció quedar acordado que, si recibía del conde una invitación insistente para ir a pasar unos meses al castillo de Dorincourt, dejaría a un lado sus prejuicios republicanos y haría la maleta de inmediato.

Por fin estuvieron listos todos los preparativos; llegó el día en que los baúles fueron llevados al vapor y llegó la hora en que el coche esperaba a la puerta. Entonces el niño sintió una extraña soledad. Su mamá había estado encerrada en su cuarto un buen rato; cuando bajó la escalera, sus ojos se veían grandes y húmedos, y su dulce boca temblaba. Cedric fue hacia ella, ella se inclinó, él le echó los brazos al cuello y se besaron. Sabía que algo los entristecía a los dos, aunque apenas sabía qué era; pero un tierno pensamiento le subió a los labios.

«Nos gustaba esta casita, Querida, ¿verdad?», dijo. «Siempre nos va a gustar, ¿no es cierto?».

«Sí... sí», respondió ella, con voz baja y dulce. «Sí, cariño».

Y entonces subieron al coche, y Cedric se sentó muy pegado a ella, y mientras ella miraba hacia atrás por la ventanilla, él la miraba a ella, le acariciaba la mano y la apretaba contra sí.

Y luego, casi de inmediato, según le pareció, estaban en el vapor, en medio del más salvaje bullicio y confusión; los coches llegaban y dejaban pasajeros; los pasajeros se alarmaban por equipajes que no habían llegado y amenazaban con llegar demasiado tarde; arrastraban y dejaban caer con estrépito grandes baúles y cajas; los marineros desenrollaban cuerdas y corrían de un lado a otro; los oficiales daban órdenes; damas, caballeros, niños y niñeras subían a bordo; algunos reían

y se veían contentos, otros estaban callados y tristes, y aquí y allá dos o tres lloraban y se tocaban los ojos con los pañuelos. Cedric encontraba algo que le interesaba por todos lados; miraba los montones de cuerdas, las velas recogidas, los mástiles altos, altísimos, que parecían casi tocar el caluroso cielo azul; empezó a hacer planes para conversar con los marineros y reunir algo de información sobre el tema de los piratas.

Fue justo al final, cuando estaba apoyado en la barandilla de la cubierta superior, mirando los últimos preparativos y disfrutando del movimiento y de los gritos de los marineros y los estibadores, cuando le llamó la atención un pequeño revuelo en uno de los grupos cercanos. Alguien se abría paso a toda prisa entre la gente y venía hacia él. Era un muchacho con algo rojo en la mano. Era Dick. Llegó hasta Cedric sin aliento.

«He venido corriendo todo el camino», dijo. «Vine a verte partir. ¡El negocio ha andado de lo mejor! Esto te lo compré con lo que gané ayer. Te lo puedes poner cuando andes entre los elegantes. Perdí el papel cuando trataba de pasar entre esos tipos de abajo. No querían dejarme subir. Es un pañuelo».

Lo soltó todo como si fuera una sola frase. Sonó una campana y dio un salto para alejarse antes de que Cedric tuviera tiempo de hablar.

«¡Adiós!», dijo jadeando. «Póntelo cuando andes entre los elegantes». Y salió disparado y desapareció.

Pocos segundos después lo vieron abrirse paso a la fuerza entre la multitud de la cubierta inferior y lanzarse a tierra justo antes de que retiraran la pasarela. Se quedó en el muelle agitando la gorra.

Cedric tenía el pañuelo en la mano. Era de seda roja muy viva, adornada con herraduras moradas y cabezas de caballo.

Hubo un gran tirón, un crujido y una gran confusión. La gente del muelle empezó a gritar a sus amigos, y la gente del vapor les respondió a gritos:

«¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós, viejo amigo!». Todos parecían decir: «No

nos olvides. Escribe cuando llegues a Liverpool. ¡Adiós! ¡Adiós!».

El pequeño Lord Fauntleroy se inclinó hacia delante y agitó el pañuelo rojo.

«¡Adiós, Dick!», gritó a pleno pulmón. «¡Gracias! ¡Adiós, Dick!».

Y el gran vapor se alejó, y la gente volvió a vitorear, y la madre de Cedric se bajó el velo sobre los ojos, y en la orilla quedó una gran confusión; pero Dick no veía más que aquella carita alegre de niño y el pelo brillante en que daba el sol y que levantaba la brisa, y no oía más que la voz cordial de niño que gritaba «¡Adiós, Dick!», mientras el pequeño Lord Fauntleroy se alejaba lentamente en el vapor del hogar donde había nacido, rumbo a la tierra desconocida de sus antepasados.

Capítulo IV

Fue durante la travesía cuando la madre de Cedric le dijo que la casa de él no iba a ser la de ella; y cuando lo entendió por primera vez, su pena fue tan grande que el señor Havisham vio que el conde había sido sabio al disponer que la madre viviera muy cerca de él y lo viera a menudo, pues era muy claro que, de otro modo, el niño no habría podido soportar la separación. Pero su madre supo llevar al pequeño con tanta dulzura y cariño, y le hizo sentir que estaría tan cerca de él, que al cabo de un tiempo dejó de agobiarlo el temor de una separación de verdad.

«Mi casa no está lejos del castillo, Ceddie», repetía cada vez que se tocaba el tema, «queda muy poquito más allá de la tuya, y siempre podrás venir corriendo a verme todos los días, ¡y tendrás tantas cosas que contarme! ¡Y seremos tan felices juntos! Es un lugar hermoso. Tu papá me habló de él muchas veces. Lo quería mucho; y tú también lo vas a querer».

«Lo querría más si tú estuvieras allí», dijo su pequeña señoría con un suspiro hondo y pequeñito.

No podía menos que sentirse desconcertado por una situación tan extraña, que ponía a su «Querida» en una casa y a él en otra.

Lo cierto es que la señora Errol había juzgado mejor no contarle por qué se había hecho ese arreglo.

«Prefiero que no se lo digan», le dijo al señor Havisham. «No lo entendería de verdad; solo se asustaría y se sentiría herido; y estoy segura de que su cariño por el conde será más natural y más afectuoso si no sabe que su abuelo me detesta tan amargamente. Nunca ha visto el odio ni la dureza, y sería un golpe muy grande para él descubrir que alguien pudiera odiarme. ¡Él es tan cariñoso, y yo le soy tan querida! Es mejor para él que no se le diga hasta que sea mucho mayor, y es

mucho mejor para el conde. Pondría una barrera entre ellos, aunque Ceddie sea tan niño».

De modo que Cedric solo supo que había alguna razón misteriosa para el arreglo, una razón que él no tenía edad para entender, pero que se le explicaría cuando fuera mayor. Estaba desconcertado; pero, después de todo, la razón no le importaba tanto; y tras muchas conversaciones con su madre, en las que ella lo consolaba y le presentaba el lado bueno del cuadro, el lado oscuro fue desvaneciéndose poco a poco, aunque de vez en cuando el señor Havisham lo veía sentado en alguna curiosa postura de viejecito, mirando el mar con cara muy seria, y más de una vez oyó subirle a los labios un suspiro nada propio de un niño.

«No me gusta», dijo una vez, durante una de sus conversaciones casi venerables con el abogado. «Usted no sabe cuánto me disgusta; pero en este mundo hay muchas penas, y hay que aguantarlas. Lo dice Mary, y también se lo he oído decir al señor Hobbs. Y Querida quiere que me guste vivir con mi abuelito porque, ya ve, todos sus hijos han muerto, y eso es muy triste. Da pena un hombre al que se le han muerto todos los hijos, y a uno lo mataron de repente».

Una de las cosas que siempre encantaban a quienes conocían a su joven señoría era el aire sabio que tenía a veces cuando se entregaba a la conversación; unido a sus comentarios de vez en cuando propios de un viejo y a la extrema inocencia y seriedad de su redonda cara de niño, resultaba irresistible. Era un chiquillo tan guapo, lozano y de pelo rizado que, cuando se sentaba abrazando su rodilla con las manos regordetas y conversaba con mucha gravedad, era una gran diversión para quienes lo escuchaban. Poco a poco el señor Havisham había empezado a sacar de su compañía mucho placer y entretenimiento privados.

«Así que va a tratar de querer al conde», dijo.

«Sí», contestó su señoría. «Es mi pariente, y por supuesto uno tiene que querer a sus parientes; y además ha sido muy bueno conmigo.

Cuando una persona hace tantas cosas por uno y quiere que uno tenga todo lo que desea, por supuesto que uno la querría aunque no fuera su pariente; pero cuando es su pariente y hace eso, bueno, uno le tiene mucho cariño».

«¿Cree usted», sugirió el señor Havisham, «que él le tendrá cariño a usted?».

«Pues», dijo Cedric, «creo que sí, porque, ya ve, yo también soy su pariente, y además soy el niñito de su hijo, y, bueno, ¿no ve usted?... por supuesto que ahora me debe de tener cariño, o no querría que yo tuviera todo lo que me gusta, y no lo habría mandado a usted a buscarme».

«¡Ah!», comentó el abogado, «¿así que es eso?».

«Sí», dijo Cedric, «es eso. ¿No cree usted también que es eso? Por supuesto que un hombre le tendría cariño a su nieto».

Apenas los que se habían mareado se recuperaron del mareo y subieron a cubierta a reclinarse en sus sillas y a disfrutar, todos parecían ya conocer la romántica historia del pequeño Lord Fauntleroy, y todos se interesaban por el chiquillo, que corría por el barco, o paseaba con su madre o con el alto y delgado abogado anciano, o conversaba con los marineros. Todos lo querían; hacía amigos por todas partes. Siempre estaba dispuesto a hacer amigos. Cuando los caballeros paseaban de un lado a otro de la cubierta y lo dejaban ir con ellos, él caminaba con un pasito viril y firme y respondía a todas sus bromas con mucha alegría; cuando las damas le hablaban, siempre había risas en el grupo del que él era el centro; cuando jugaba con los niños, había siempre una diversión magnífica. Entre los marineros tenía a los amigos más cordiales; oyó historias fabulosas de piratas, naufragios e islas desiertas; aprendió a empalmar cuerdas y a aparejar barcos de juguete, y reunió una cantidad de información asombrosa sobre «gavias» y «velas mayores». Su conversación tenía, en verdad, a veces un sabor bastante marinero, y en una ocasión provocó una carcajada en un grupo de damas y caballeros que estaban sentados en cubierta, envueltos en cha-

les y abrigos, al decir dulcemente y con una expresión muy simpática:

«¡Rayos y truenos, qué día más frío!».

Le sorprendió que se rieran. Había recogido esa frase marinera de un «viejo marino» llamado Jerry, que le contaba historias en las que salía a menudo. A juzgar por sus relatos de sus propias aventuras, Jerry había hecho unas dos o tres mil travesías y había naufragado invariablemente cada vez en una isla densamente poblada de caníbales sedientos de sangre. A juzgar también por esas mismas emocionantes aventuras, lo habían asado en parte y comido muchas veces y le habían arrancado la cabellera unas quince o veinte.

«Por eso es tan calvo», le explicó Lord Fauntleroy a su mamá. «Después de que a uno le arrancan la cabellera varias veces, el pelo no vuelve a crecer. El de Jerry no volvió a crecer después de la última vez, cuando lo hizo el rey de los Parromachaweekins con el cuchillo hecho del cráneo del jefe de los Wopslemumpkies. Dice que fue una de las veces más serias que ha tenido. Se asustó tanto que se le puso el pelo de punta cuando el rey blandió el cuchillo, y nunca más se le quiso acostar, y el rey lo lleva así ahora, y se parece un poco a un cepillo. ¡Nunca he oído nada como las experiencias que ha tenido Jerry! ¡Cómo me gustaría contárselas al señor Hobbs!».

A veces, cuando hacía muy mal tiempo y la gente tenía que quedarse bajo cubierta, en el salón, un grupo de sus amigos mayores lo convencía de que les contara algunas de estas «experiencias» de Jerry, y mientras las relataba sentado, con gran placer y fervor, no había por cierto viajero más popular en ningún vapor que cruzara el Atlántico que el pequeño Lord Fauntleroy. Siempre estaba dispuesto, con inocencia y buen corazón, a poner su pequeño granito de arena en la diversión de todos, y había un encanto en la misma inconsciencia de su propia importancia de niño.

«Las historias de Jerry les interesan mucho», le dijo a su mamá. «Por mi parte (me disculpas, Querida), a veces habría pensado que no podían ser todas del todo ciertas, si no le hubieran pasado a Jerry mis-

mo; pero como todas le pasaron a Jerry... bueno, es muy raro, ¿sabes?, y tal vez a veces se olvida y se equivoca un poco, porque le han arrancado la cabellera tantas veces. Que le arranquen a uno la cabellera muchas veces podría hacerlo olvidadizo».

Pasaron once días desde que se despidió de su amigo Dick hasta que llegó a Liverpool; y fue en la noche del duodécimo día cuando el coche en que él, su madre y el señor Havisham habían venido desde la estación se detuvo ante las puertas de Court Lodge. No podían ver mucho de la casa en la oscuridad. Cedric solo vio que había un camino de entrada bajo grandes árboles que formaban un arco, y cuando el coche hubo rodado un trecho por ese camino, vio una puerta abierta y un chorro de luz brillante que salía por ella.

Mary había venido con ellos para atender a su señora, y había llegado a la casa antes que ellos. Cuando Cedric saltó del coche, vio a uno o dos criados en el amplio y luminoso vestíbulo, y a Mary en la puerta.

Lord Fauntleroy se lanzó hacia ella con un alegre gritito.

«¿Ya llegó, Mary?», dijo. «Aquí está Mary, Querida», y besó a la criada en su áspera mejilla colorada.

«Me alegro de que esté aquí, Mary», le dijo la señora Errol en voz baja. «Es un gran consuelo para mí verla. Me quita la extrañeza». Y le tendió su manita, que Mary apretó para darle ánimo. Sabía lo que debía de sentir con esa primera «extrañeza» esta pequeña madre que había dejado su propia tierra y estaba a punto de entregar a su hijo.

Los criados ingleses miraban con curiosidad al niño y a su madre. Habían oído todo tipo de rumores sobre los dos; sabían lo furioso que había estado el viejo conde y por qué la señora Errol iba a vivir en la casita del guarda y su hijito en el castillo; sabían todo sobre la gran fortuna que él iba a heredar, y sobre el salvaje abuelo, su gota y su mal genio.

«No lo va a pasar fácil, el pobre chiquillo», habían dicho entre ellos.

Pero no sabían qué clase de pequeño lord había llegado entre ellos; no entendían bien el carácter del próximo conde de Dorincourt.

Se quitó el abrigo igual que si estuviera acostumbrado a hacer las cosas por sí mismo y empezó a mirar a su alrededor. Miró el amplio vestíbulo, los cuadros, las cornamentas de ciervo y las cosas curiosas que lo adornaban. Le parecían curiosas porque nunca había visto cosas así en una casa particular.

«Querida», dijo, «esta es una casa muy bonita, ¿no es cierto? Me alegro de que vayas a vivir aquí. Es una casa bastante grande».

Era una casa bastante grande comparada con la de la calle humilde de Nueva York, y era muy bonita y alegre. Mary los guio escaleras arriba hasta un dormitorio luminoso, con cortinas de cretona, donde ardía un fuego y una gran gata persa blanca como la nieve dormía a sus anchas sobre la blanca alfombra de piel junto al hogar.

«Fue el ama de llaves allá en el castillo, señora, la que mandó a la gata», explicó Mary. «Es una señora de buen corazón y ha hecho preparar de todo pa' ustedes. La vi yo misma unos minutitos, y ella le tenía cariño al capitán, señora, y lo llora; y me dijo que dijera que la gata grande durmiendo en la alfombra le daría a la pieza un aire como de casa. Conoció al capitán Errol cuando era un chiquillo, y un chiquillo guapo y bien plantado, dice ella, y un joven fino con una palabra amable para todos, grandes y chicos. Y yo le dije: “Ha dejado un chiquillo que se le parece, señora, pues nunca ha habido un muchachito más fino que él”».

Cuando estuvieron listos, bajaron a otra sala grande y luminosa; tenía el techo bajo y los muebles eran pesados y primorosamente tallados, las sillas eran hondas y de respaldos altos y macizos, y había estantes y armarios extraños con adornos curiosos y bonitos. Había una gran piel de tigre ante la chimenea y un sillón a cada lado. La gata blanca y majestuosa había respondido a las caricias de Lord Fauntleroy y lo había seguido escaleras abajo, y cuando él se tendió en la alfombra, ella se enroscó espléndidamente a su lado como si pensara ha-

cerse su amiga. Cedric estaba tan contento que apoyó la cabeza junto a la de ella y se quedó acariciándola, sin fijarse en lo que decían su madre y el señor Havisham.

En verdad hablaban en voz más bien baja. La señora Errol se veía un poco pálida y agitada.

«¿No tiene que irse esta noche?», dijo. «¿Se quedará conmigo esta noche?».

«Sí», contestó el señor Havisham en el mismo tono bajo; «no será necesario que se vaya esta noche. Yo iré al castillo en cuanto hayamos cenado, a informar al conde de nuestra llegada».

La señora Errol miró a Cedric. Yacía en una postura graciosa y descuidada sobre la piel negra y amarilla; el fuego brillaba en su carita hermosa y encendida, y en el pelo rizado y revuelto que se extendía sobre la alfombra; la gran gata ronroneaba con somnolienta satisfacción, pues le gustaba el toque acariciador de la amable manita en su pelaje.

La señora Errol sonrió débilmente.

«Su señoría no sabe todo lo que me quita», dijo con cierta tristeza. Luego miró al abogado. «¿Tendría la bondad de decirle», dijo, «que preferiría no recibir el dinero?».

«¡El dinero!», exclamó el señor Havisham. «¡No puede referirse a la renta que él propuso asignarle!».

«Sí», respondió ella con toda sencillez; «creo que preferiría no tenerla. Estoy obligada a aceptar la casa, y se lo agradezco, porque me hace posible estar cerca de mi hijo; pero tengo un poco de dinero propio (lo suficiente para vivir con sencillez) y preferiría no tomar el otro. Como él me detesta tanto, me sentiría un poco como si le estuviera vendiendo a Cedric. Lo entrego solo porque lo quiero lo bastante como para olvidarme de mí por su bien, y porque su padre habría querido que así fuera».

El señor Havisham se frotó la barbilla.

«Esto es muy extraño», dijo. «Se pondrá muy furioso. No lo entenderá».

«Creo que lo entenderá después de pensarlo», dijo ella. «De verdad no necesito el dinero, y ¿por qué habría de aceptar lujos del hombre que me odia tanto que me quita a mi hijito, el hijo de su hijo?».

El señor Havisham se quedó pensativo unos instantes.

«Daré su mensaje», dijo después.

Y entonces trajeron la cena y se sentaron juntos a la mesa; la gran gata ocupó una silla cerca de la de Cedric y ronroneó majestuosamente durante toda la comida.

Cuando, más tarde esa noche, el señor Havisham se presentó en el castillo, lo llevaron de inmediato ante el conde. Lo encontró sentado junto al fuego en un lujoso sillón, con el pie en un banquillo para la gota. Miró al abogado con agudeza bajo sus cejas hirsutas, pero el señor Havisham pudo ver que, a pesar de su fingida calma, estaba nervioso y secretamente agitado.

«Bien», dijo; «bien, Havisham, ¿ha vuelto? ¿Qué noticias hay?».

«Lord Fauntleroy y su madre están en Court Lodge», respondió el señor Havisham. «Soportaron muy bien la travesía y gozan de excelente salud».

El conde hizo un ruido medio impaciente y movió la mano con inquietud.

«Me alegra saberlo», dijo con brusquedad. «Hasta aquí, bien. Póngase cómodo. Sírvase una copa de vino y siéntese. ¿Qué más?».

«Su señoría se queda esta noche con su madre. Mañana lo traeré al castillo».

El codo del conde descansaba en el brazo de su sillón; alzó la mano y se cubrió los ojos con ella.

«Bien», dijo; «siga. Sabe que le dije que no me escribiera sobre el asunto, y no sé absolutamente nada. ¿Qué clase de muchacho es? La madre no me importa; ¿qué clase de muchacho es?».

El señor Havisham bebió un poco de la copa de oporto que se había servido y se quedó sosteniéndola en la mano.

«Es bastante difícil juzgar el carácter de un niño de siete años», dijo

con cautela.

Los prejuicios del conde eran muy intensos. Levantó la vista con rapidez y soltó una palabra áspera.

«¿Es tonto?», exclamó. «¿O un mocoso torpe? ¿Se nota la sangre americana?».

«No creo que le haya hecho daño, milord», replicó el abogado a su manera seca y pausada. «Sé poco de niños, pero me pareció un muchacho bastante bien».

Su modo de hablar era siempre pausado y sin entusiasmo, pero esta vez lo hizo un poco más que de costumbre. Tenía la astuta sospecha de que sería mejor que el conde juzgara por sí mismo y estuviera del todo desprevenido en su primer encuentro con su nieto.

«¿Sano y bien desarrollado?», preguntó milord.

«Aparentemente muy sano y bastante bien desarrollado», replicó el abogado.

«¿De miembros rectos y bastante agradable de ver?», quiso saber el conde.

Una sonrisa levísima rozó los labios delgados del señor Havisham. Se alzó ante los ojos de su mente la imagen que había dejado en Court Lodge: el cuerpo de niño, hermoso y gracioso, tendido sobre la piel de tigre en descuidada comodidad, el pelo brillante y revuelto extendido sobre la alfombra, la cara de muchacho, luminosa y rosada.

«Un muchacho bastante guapo, creo, milord, tal como son los muchachos», dijo, «aunque quizás yo apenas sea buen juez. Pero lo encontrará algo distinto de la mayoría de los niños ingleses, me atrevo a decir».

«No lo dudo ni un instante», gruñó el conde, atacado por una punzada de gota. «Una manada de pilluelos descarados, esos niños americanos; eso lo he oído muchas veces».

«En su caso no es exactamente descaro», dijo el señor Havisham. «Apenas puedo describir en qué consiste la diferencia. Ha vivido más con gente mayor que con niños, y la diferencia parece una mezcla de

madurez y de infancia».

«¡Descaro americano!», protestó el conde. «Ya lo he oído antes. Lo llaman precocidad y libertad. ¡Malos modales, descarados y repugnantes; eso es lo que es!».

El señor Havisham bebió un poco más de oporto. Rara vez discutía con su señorial patrón, nunca cuando la noble pierna de este estaba inflamada por la gota. En esos momentos siempre era mejor dejarlo tranquilo. Así que hubo un silencio de unos instantes. Fue el señor Havisham quien lo rompió.

«Tengo un mensaje de la señora Errol», comentó.

«¡No quiero ninguno de sus mensajes!», gruñó su señoría; «cuanto menos oiga hablar de ella, mejor».

«Este es bastante importante», explicó el abogado. «Ella prefiere no aceptar la renta que usted proponía asignarle».

El conde dio un respingo visible.

«¿Qué es eso?», gritó. «¿Qué es eso?».

El señor Havisham repitió sus palabras.

«Dice que no es necesario, y que, como las relaciones entre ustedes no son amistosas...».

«¡No amistosas!», exclamó milord con rabia; «¡yo diría que no son amistosas! ¡Odio pensar en ella! ¡Una americana interesada y de voz chillona! No deseo verla».

«Milord», dijo el señor Havisham, «difícilmente puede llamarla interesada. No ha pedido nada. No acepta el dinero que usted le ofrece».

«¡Todo lo hace para impresionar!», replicó con sequedad su noble señoría. «Quiere engatusarme para que la reciba. Piensa que voy a admirar su carácter. ¡Pues no lo admiro! ¡No es más que independencia americana! No consentiré que viva como una mendiga a las puertas de mi parque. Como es la madre del muchacho, tiene una posición que mantener, y la mantendrá. ¡Tendrá el dinero, quiera o no!».

«No lo gastará», dijo el señor Havisham.

«¡Me da lo mismo que lo gaste o no!», vociferó milord. «Se lo harán

llegar. ¡No irá diciendo por ahí que tiene que vivir como una indigente porque yo no he hecho nada por ella! ¡Quiere darle al muchacho una mala opinión de mí! ¡Supongo que ya le ha envenenado la mente contra mí!».

«No», dijo el señor Havisham. «Tengo otro mensaje, que le probará que no ha hecho eso».

«¡No quiero oírlo!», jadeó el conde, sin aliento por la ira, la agitación y la gota.

Pero el señor Havisham lo entregó.

«Le pide que no deje que Lord Fauntleroy oiga nada que lo lleve a entender que usted lo separa de ella por su prejuicio contra ella. Él la quiere mucho, y ella está convencida de que eso levantaría una barrera entre ustedes. Dice que él no lo comprendería, y que podría hacer que le tuviera algo de miedo, o al menos que sintiera menos cariño por usted. Le ha dicho que es demasiado pequeño para entender la razón, pero que la oirá cuando sea mayor. Desea que no haya ninguna sombra en su primer encuentro».

El conde se hundió de nuevo en su sillón. Sus ojos viejos, hundidos y feroces, brillaron bajo sus cejas espesas.

«¡Vaya!», dijo, todavía sin aliento. «¡Vaya! ¿No querrá decir que la madre no se lo ha dicho?».

«Ni una palabra, milord», replicó el abogado con frialdad. «Puedo asegurárselo. El niño está dispuesto a creer que usted es el más amable y cariñoso de los abuelos. No se le ha dicho nada, absolutamente nada, que le dé la más mínima duda sobre su perfección. Y como yo cumplí sus órdenes en todos los detalles mientras estuve en Nueva York, él lo considera sin duda una maravilla de generosidad».

«¿Así que eso piensa, eh?», dijo el conde.

«Le doy mi palabra de honor», dijo el señor Havisham, «de que las impresiones de Lord Fauntleroy sobre usted dependerán por entero de usted mismo. Y si me perdona la libertad de hacer esta sugerencia, creo que tendrá más éxito con él si toma la precaución de no hablar

con desprecio de su madre».

«¡Bah, bah!», dijo el conde. «¡El muchachito solo tiene siete años!».

«Ha pasado esos siete años al lado de su madre», replicó el señor Havisham; «y ella tiene todo su cariño».

Capítulo V

Caía la tarde cuando el coche que llevaba al pequeño Lord Fauntleroy y al señor Havisham subió por la larga avenida que conducía al castillo. El conde había dado órdenes de que su nieto llegara a tiempo para cenar con él; y por alguna razón que solo él conocía, había mandado también que el niño fuera enviado solo a la sala donde pensaba recibirlo. Mientras el coche avanzaba por la avenida, Lord Fauntleroy iba recostado cómodamente contra los lujosos cojines y miraba el paisaje con gran interés. En realidad, todo lo que veía le interesaba. Le había interesado el coche, con sus caballos grandes y magníficos y sus arreos relucientes; le habían interesado el alto cochero y el lacayo, con sus resplandecientes libreas; y le había interesado especialmente la pequeña corona pintada en las portezuelas, y había trabado conversación con el lacayo para preguntarle qué significaba.

Cuando el coche llegó a las grandes puertas del parque, se asomó por la ventanilla para ver bien los enormes leones de piedra que adornaban la entrada. Las puertas las abrió una mujer maternal y de aspecto sonrosado, que salió de una linda casa de guarda cubierta de hiedra. Dos niños salieron corriendo de la puerta de la casa y se quedaron mirando, con los ojos redondos y muy abiertos, al niño que iba en el coche, que también los miraba. Su madre se quedó haciendo reverencias y sonriendo, y los niños, al recibir una señal de ella, hicieron también unas pequeñas reverencias.

«¿Me conoce?», preguntó Lord Fauntleroy. «Creo que debe de pensar que me conoce». Y se quitó la gorra de terciopelo negro para saludarla y sonrió.

«¿Cómo está usted?», dijo con alegría. «¡Buenas tardes!».

La mujer parecía contenta, pensó. La sonrisa se ensanchó en su cara sonrosada y una mirada bondadosa asomó a sus ojos azules.

«¡Dios bendiga a su señoría!», dijo. «¡Dios bendiga esa carita linda! ¡Buena suerte y felicidad para su señoría! ¡Bienvenido sea!».

Lord Fauntleroy agitó la gorra y volvió a saludarla con la cabeza mientras el coche pasaba junto a ella.

«Me gusta esa mujer», dijo. «Parece que le gustan los niños. Me gustaría venir aquí a jugar con sus hijos. ¿Tendrá los suficientes para formar una compañía?».

El señor Havisham no le dijo que difícilmente se le permitiría hacerse compañero de juegos de los hijos del guarda. El abogado pensó que había tiempo de sobra para darle esa información.

El coche siguió rodando y rodando entre los grandes y hermosos árboles que crecían a ambos lados de la avenida y extendían sus anchas ramas, que se mecían, formando un arco sobre ella. Cedric nunca había visto árboles así: eran tan grandiosos y majestuosos, y sus ramas nacían tan abajo en los enormes troncos. No sabía entonces que el castillo de Dorincourt era uno de los más hermosos de toda Inglaterra; que su parque era de los más amplios y mejores, y sus árboles y su avenida casi no tenían rivales. Pero sí sabía que todo era muy hermoso. Le gustaban los grandes árboles de anchas ramas, con la luz dorada de la tarde atravesándolos como lanzas. Le gustaba la quietud perfecta que reposaba sobre todo. Sentía un placer grande y extraño con la belleza que entreveía bajo las ramas que se curvaban y entre ellas: los grandes y hermosos espacios del parque, con otros árboles, unas veces solos y majestuosos, otras en grupos. De vez en cuando pasaban por sitios donde crecían en masa altos helechos, y una y otra vez el suelo se veía azul con las campanillas que se mecían en la suave brisa. Varias veces se incorporó con una risa de deleite cuando un conejo saltaba de entre el verdor y escapaba a la carrera con el destello de una colita blanca. Una vez una bandada de perdices se levantó de pronto con un zumbido y echó a volar, y entonces gritó y aplaudió.

«Es un lugar hermoso, ¿verdad?», le dijo al señor Havisham. «Nunca vi un lugar tan hermoso. Es más lindo incluso que Central Park».

Le desconcertaba un poco el tiempo que llevaban de camino.

«¿Qué tan lejos está», preguntó al fin, «desde la entrada hasta la puerta principal?».

«Entre tres y cuatro millas», respondió el abogado.

«Es mucho trecho entre la casa de uno y su portón», comentó su señoría.

Cada pocos minutos veía algo nuevo que admirar. Cuando vio los ciervos, unos echados en la hierba, otros de pie, con sus bonitas cabezas astadas vueltas hacia la avenida con aire medio sobresaltado porque las ruedas del coche los habían molestado, quedó encantado.

«¿Hubo un circo?», exclamó; «¿o viven aquí siempre? ¿De quién son?».

«Viven aquí», le dijo el señor Havisham. «Pertenecen al conde, su abuelo».

No mucho después vieron el castillo. Se alzaba ante ellos majestuoso, hermoso y gris, y los últimos rayos del sol proyectaban luces deslumbrantes en sus muchas ventanas. Tenía torrecillas, almenas y torres; mucha hiedra crecía sobre sus muros; todo el amplio espacio abierto que lo rodeaba estaba dispuesto en terrazas, céspedes y macizos de flores brillantes.

«¡Es el lugar más hermoso que he visto!», dijo Cedric, con la cara redonda encendida de placer. «Hace pensar en el palacio de un rey. Una vez vi el dibujo de uno en un libro de cuentos de hadas».

Vio la gran puerta de entrada abierta de par en par y a muchos criados formados en dos filas que lo miraban. Se preguntó por qué estaban allí de pie, y admiró mucho sus libreas. No sabía que estaban allí para honrar al niño a quien un día pertenecería todo ese esplendor: el hermoso castillo, igual que el palacio del rey de las hadas, el magnífico parque, los grandes y viejos árboles, los valles llenos de helechos y campanillas donde jugaban las liebres y los conejos, los ciervos manchados y de grandes ojos echados en la hierba alta. Hacía solo un par de semanas que estaba sentado con el señor Hobbs entre las papas y

los duraznos en conserva, con las piernas colgando del alto taburete; no le habría sido posible darse cuenta de que tenía mucho que ver con toda esta grandeza. A la cabeza de la fila de criados había una mujer ya mayor, con un rico y sencillo vestido de seda negra; tenía el pelo gris y llevaba cofia. Cuando entró en el vestíbulo, ella estaba más cerca que los demás, y el niño pensó, por la mirada de sus ojos, que iba a hablarle. El señor Havisham, que lo llevaba de la mano, se detuvo un momento.

«Este es Lord Fauntleroy, señora Mellon», dijo. «Lord Fauntleroy, esta es la señora Mellon, que es el ama de llaves».

Cedric le tendió la mano, con los ojos iluminados.

«¿Fue usted quien mandó la gata?», dijo. «Le estoy muy agradecido, señora».

El hermoso rostro anciano de la señora Mellon se veía tan contento como el de la mujer de la casa de guarda.

«A su señoría lo reconocería en cualquier parte», le dijo al señor Havisham. «Tiene la cara y los modos del capitán. Es un gran día este, señor».

Cedric se preguntó por qué era un gran día. Miró a la señora Mellon con curiosidad. Por un momento le pareció que había lágrimas en sus ojos, y sin embargo era evidente que no estaba triste. Ella le sonrió desde lo alto.

«La gata dejó aquí dos gatitos preciosos», dijo; «se los subirán al cuarto de su señoría».

El señor Havisham le dijo unas pocas palabras en voz baja.

«En la biblioteca, señor», respondió la señora Mellon. «A su señoría hay que llevarlo allí solo».

Pocos minutos después, el altísimo lacayo de librea que había acompañado a Cedric hasta la puerta de la biblioteca la abrió y anunció: «Lord Fauntleroy, milord», en un tono bastante majestuoso. Aunque solo era un lacayo, sentía que era una ocasión bastante solemne cuando el heredero volvía a su tierra y a sus posesiones y era introducido a la

presencia del viejo conde, cuyo lugar y título iba a tomar.

Cedric cruzó el umbral. Era una sala muy grande y espléndida, con muebles macizos y tallados y estantes y más estantes de libros; los muebles eran tan oscuros y las cortinas tan pesadas, las ventanas de cristales en rombos tan hondas, y parecía tan larga la distancia de un extremo al otro, que, ya puesto el sol, el efecto de todo era bastante sombrío. Por un momento Cedric pensó que no había nadie en la sala, pero pronto vio que junto al fuego que ardía en el ancho hogar había un gran sillón y que en ese sillón había alguien sentado, alguien que al principio no se volvió a mirarlo.

Pero había llamado la atención por lo menos en un lugar. En el suelo, junto al sillón, yacía un perro, un enorme mastín leonado, con cuerpo y miembros casi tan grandes como los de un león; y esta gran criatura se levantó majestuosa y lentamente y avanzó hacia el pequeño con paso pesado.

Entonces habló la persona del sillón. «Dougal», llamó, «vuelve, señor».

Pero en el corazón del pequeño Lord Fauntleroy no había más miedo que maldad; había sido un valiente chiquillo toda su vida. Puso la mano en el collar del gran perro de la manera más natural del mundo, y avanzaron juntos, Dougal olfateando mientras caminaba.

Y entonces el conde alzó la vista. Lo que Cedric vio fue un anciano corpulento, de pelo y cejas blancos e hirsutos, y una nariz como pico de águila entre sus ojos hundidos y feroces. Lo que el conde vio fue una figura graciosa de niño con un traje de terciopelo negro, con cuello de encaje y con bucles que ondeaban en torno a la carita hermosa y varonil, cuyos ojos se encontraron con los suyos con una mirada de inocente camaradería. Si el castillo era como el palacio de un cuento de hadas, hay que reconocer que el pequeño Lord Fauntleroy era él mismo bastante parecido a una pequeña copia del príncipe del cuento, aunque no lo sabía en absoluto, y quizás fuera un modelo de hada más bien robusto. Pero hubo un repentino resplandor de triunfo y júbilo en

el corazón del viejo y colérico conde al ver qué niño fuerte y hermoso era este nieto, y con cuánta decisión alzaba la vista de pie con la mano en el cuello del gran perro. Al severo anciano noble le agradó que el niño no mostrara timidez ni miedo, ni del perro ni de él.

Cedric lo miró igual que había mirado a la mujer de la casa de guarda y al ama de llaves, y se acercó mucho a él.

«¿Es usted el conde?», dijo. «Soy su nieto, ¿sabe?, el que trajo el señor Havisham. Soy Lord Fauntleroy».

Tendió la mano porque pensó que debía de ser lo cortés y correcto, incluso con los condes. «Espero que esté muy bien», continuó, con la mayor amabilidad. «Me alegro mucho de verlo».

El conde le estrechó la mano, con un curioso brillo en los ojos; al principio, estaba tan asombrado que apenas sabía qué decir. Miró fijamente a la pintoresca personita desde debajo de sus cejas hirsutas y la abarcó entera de la cabeza a los pies.

«¿Te alegras de verme?», dijo.

«Sí», respondió Lord Fauntleroy, «mucho».

Había una silla junto a él, y se sentó en ella; era una silla de respaldo alto, más bien grande, y los pies no le tocaban el suelo cuando se hubo acomodado, pero parecía estar muy cómodo allí sentado, mirando con atención pero con modestia a su augusto pariente.

«No dejaba de preguntarme cómo sería usted», comentó. «Me acostaba en mi litera en el barco y me preguntaba si se parecería en algo a mi padre».

«¿Me parezco?», preguntó el conde.

«Pues», respondió Cedric, «yo era muy pequeño cuando murió, y puede que no recuerde exactamente cómo era, pero creo que usted no se le parece».

«Supongo que estás decepcionado», sugirió su abuelo.

«¡Oh, no!», respondió Cedric con cortesía. «Por supuesto que a uno le gusta que alguien se parezca a su padre; pero por supuesto que uno disfruta de cómo es su abuelo, aunque no se parezca a su padre. Usted

mismo sabe lo que es admirar a los parientes».

El conde se recostó en su sillón y lo miró fijamente. No podía decirse que supiera lo que era admirar a sus parientes. Había empleado la mayor parte de su noble ocio en pelearse violentamente con ellos, en echarlos de su casa y en llenarlos de insultos; y todos lo odiaban cordialmente.

«Cualquier niño querría a su abuelo», continuó Lord Fauntleroy, «sobre todo uno que hubiera sido tan bueno con él como usted lo ha sido conmigo».

Otro extraño brillo asomó a los ojos del viejo noble.

«¡Ah!», dijo, «¿he sido bueno contigo?».

«Sí», respondió Lord Fauntleroy con viveza; «le estoy muy agradecido por lo de Bridget, la vendedora de manzanas y Dick».

«¡Bridget!», exclamó el conde. «¡Dick! ¡La vendedora de manzanas!».

«¡Sí!», explicó Cedric; «aquellos para los que usted me dio todo ese dinero, el dinero que le dijo al señor Havisham que me diera si yo lo quería».

«¡Ja!», exclamó su señoría. «¿Así que es eso? El dinero que debías gastar como quisieras. ¿Qué compraste con él? Me gustaría oír algo de eso».

Juntó sus cejas hirsutas y miró al niño con agudeza. Sentía en secreto curiosidad por saber de qué modo se había dado gusto el muchacho.

«¡Ah!», dijo Lord Fauntleroy, «quizás usted no sabía lo de Dick, la vendedora de manzanas y Bridget. Olvidé que vive tan lejos de ellos. Eran amigos especiales míos. Y ya ve, Michael tenía fiebre...».

«¿Quién es Michael?», preguntó el conde.

«Michael es el marido de Bridget, y estaban en un gran apuro. Cuando un hombre está enfermo y no puede trabajar y tiene doce hijos, usted sabe cómo es. Y Michael siempre ha sido un hombre sobrio. Y Bridget venía a nuestra casa a llorar. Y la tarde en que estaba allí el

señor Havisham, ella estaba en la cocina llorando, porque casi no tenían nada que comer y no podían pagar el arriendo; y yo fui a verla, y el señor Havisham me mandó llamar y me dijo que usted le había dado un dinero para mí. Y corrí tan rápido como pude a la cocina y se lo di a Bridget; y eso lo arregló todo; y Bridget casi no podía creer lo que veía. Por eso le estoy tan agradecido».

«¡Ah!», dijo el conde con su voz grave, «¿así que esa fue una de las cosas que hiciste por ti mismo? ¿Qué más?».

Dougal se había sentado junto al sillón alto; el gran perro había ocupado ese lugar cuando Cedric se sentó. Varias veces se había vuelto y había mirado al niño como si le interesara la conversación. Dougal era un perro solemne, que parecía sentirse demasiado grande como para tomar a la ligera las responsabilidades de la vida. El viejo conde, que conocía bien al perro, lo había observado con secreto interés. Dougal no era un perro que tuviera la costumbre de hacer amistades a la ligera, y el conde se sorprendió un tanto al ver con qué tranquilidad se estaba el animal bajo el toque de la mano infantil. Y, justo en ese momento, el gran perro le dirigió al pequeño Lord Fauntleroy una última mirada de digno examen y apoyó deliberadamente su enorme cabeza de león en la rodilla de terciopelo negro del niño.

La manita siguió acariciando a este nuevo amigo mientras Cedric respondía:

«Bueno, estaba Dick», dijo. «Le gustaría Dick, es tan derecho».

Era un americanismo para el que el conde no estaba preparado.

«¿Qué significa eso?», preguntó.

Lord Fauntleroy se detuvo un momento a reflexionar. Él mismo no estaba muy seguro de lo que significaba. Lo había dado por supuesto como algo muy elogioso porque a Dick le gustaba usarlo.

«Creo que significa que no engañaría a nadie», exclamó; «ni le pegaría a un niño más chico que él, y que lustra muy bien las botas de la gente y las deja brillar todo lo que puede. Es un lustrabotas profesional».

«¿Y es uno de tus conocidos?», dijo el conde.

«Es un viejo amigo mío», respondió su nieto. «No tan viejo como el señor Hobbs, pero bastante viejo. Me hizo un regalo justo antes de que zarpara el barco».

Metió la mano en el bolsillo, sacó un objeto rojo cuidadosamente doblado y lo abrió con aire de cariñoso orgullo. Era el pañuelo de seda roja con las grandes herraduras moradas y cabezas de caballo.

«Me dio esto», dijo su joven señoría. «Lo guardaré siempre. Se puede usar al cuello o llevar en el bolsillo. Lo compró con el primer dinero que ganó después de que le compré su parte a Jake y le di los cepillos nuevos. Es un recuerdo. Yo puse un poema en el reloj del señor Hobbs. Decía: "Cuando esto vea, acuérdese de mí". Cuando vea esto, siempre me acordaré de Dick».

Apenas podrían describirse las sensaciones del muy honorable conde de Dorincourt. No era un viejo noble al que fuera muy fácil desconcertar, porque había visto mucho mundo; pero aquí había algo tan nuevo para él que casi le quitó su señorial aliento y le causó emociones singulares. Nunca le habían importado los niños; había estado tan ocupado con sus propios placeres que nunca había tenido tiempo de que le importaran. Sus propios hijos no le habían interesado cuando eran muy pequeños, aunque a veces recordaba haber pensado que el padre de Cedric era un chiquillo guapo y fuerte. Había sido tan egoísta él mismo que se había perdido el placer de ver el desinterés en otros, y no había sabido cuán tierno, fiel y cariñoso puede ser un niño de buen corazón, ni cuán inocentes e inconscientes son sus impulsos sencillos y generosos. Un muchacho le había parecido siempre un animalito de lo más desagradable, egoísta, glotón y bullicioso cuando no estaba bajo estricto control; sus dos hijos mayores habían dado a sus preceptores constantes problemas y fastidios, y del menor creía haber oído pocas quejas porque el muchacho no tenía ninguna importancia en particular. Nunca se le había ocurrido que pudiera gustarle su nieto; había mandado a buscar al pequeño Cedric porque su orgullo lo

empujaba a hacerlo. Si el muchacho iba a ocupar su lugar en el futuro, no quería que su apellido quedara en ridículo al pasar a manos de un patán sin educación. Había estado convencido de que el muchacho sería un muchacho tosco si se criaba en América. No sentía afecto alguno por el muchacho; su única esperanza era encontrarlo decentemente bien parecido y con una porción respetable de sentido común; había quedado tan decepcionado de sus otros hijos, y lo había puesto tan furioso el matrimonio americano del capitán Errol, que nunca había pensado que de aquello pudiera salir algo digno. Cuando el lacayo anunció a Lord Fauntleroy, casi había temido mirar al muchacho por si lo encontraba tal como lo había temido. Por este sentimiento había ordenado que el niño le fuera enviado solo. Su orgullo no podía soportar que otros vieran su decepción, si llegaba a decepcionarse. Su orgulloso y terco viejo corazón había dado, pues, un salto dentro de él cuando el muchacho avanzó con su porte gracioso y desenvuelto y su mano sin temor en el cuello del gran perro. Incluso en los momentos en que más había esperado, el conde nunca había esperado que su nieto tuviera ese aspecto. Casi parecía demasiado bueno para ser verdad que este fuera el muchacho que había temido ver, el hijo de la mujer que tanto le desagradaba, este chiquillo con tanta belleza y una gracia infantil tan valiente. La severa compostura del conde quedó muy quebrantada por esta sorpresa asombrosa.

Y entonces comenzó su conversación; y él se sintió aún más curiosamente conmovido, y cada vez más desconcertado. En primer lugar, estaba tan acostumbrado a ver a la gente más bien asustada y cohibida ante él, que no había esperado otra cosa sino que su nieto fuera tímido o apocado. Pero Cedric no le tenía más miedo al conde que a Dougal. No era atrevido; era solo inocentemente amistoso, y no era consciente de que pudiera haber razón alguna para que se mostrara torpe o asustado. El conde no pudo dejar de ver que el niño lo tomaba por amigo y lo trataba como tal, sin tener duda alguna de él. Era muy claro, mientras el pequeño estaba allí sentado en su alta silla y hablaba a

su manera amistosa, que nunca se le había ocurrido que este viejo corpulento y de aspecto feroz pudiera ser algo distinto de bondadoso con él, y más bien contento de verlo allí. Y era claro también que, a su manera infantil, deseaba agradar e interesar a su abuelo. Por muy gruñón, duro de corazón y mundano que fuera el viejo conde, no pudo evitar sentir un placer secreto y nuevo por esta misma confianza. Después de todo, no era desagradable encontrar a alguien que no desconfiaba de él ni lo rehuía, ni parecía descubrir la parte fea de su carácter; alguien que lo miraba con ojos claros y sin sospecha, aunque fuera solo un niño con un traje de terciopelo negro.

Así que el viejo se recostó en su sillón e hizo que su joven compañero le contara aún más de sí mismo, y con ese curioso brillo en los ojos observó al pequeño mientras hablaba. Lord Fauntleroy estaba muy dispuesto a responder todas sus preguntas y siguió charlando con toda tranquilidad a su manera afable. Le habló de Dick y Jake, de la vendedora de manzanas y del señor Hobbs; describió el mitin republicano en toda la gloria de sus banderas y carteles iluminados, antorchas y cohetes. En el curso de la conversación llegó al Cuatro de Julio y a la Revolución, y estaba empezando a entusiasmarse cuando de pronto recordó algo y se detuvo muy bruscamente.

«¿Qué pasa?», preguntó su abuelo. «¿Por qué no sigues?».

Lord Fauntleroy se movió con cierta inquietud en su sillón. Para el conde era evidente que estaba turbado por el pensamiento que acababa de ocurrírsele.

«Estaba pensando que quizás a usted no le guste», respondió. «Quizás alguien de su familia estuvo allí. Olvidé que usted es inglés».

«Puedes seguir», dijo milord. «Nadie de mi familia estuvo allí. Tú también olvidaste que eres inglés».

«¡Oh, no!», dijo Cedric rápidamente. «¡Yo soy americano!».

«Eres inglés», dijo el conde con severidad. «Tu padre era inglés».

A él le divirtió un poco decir esto, pero a Cedric no. El muchachito nunca había pensado en un giro como este. Sintió que se ponía muy

acalorado hasta la raíz del pelo.

«Yo nací en América», protestó. «Si uno nace en América, tiene que ser americano. Le pido perdón», con seria cortesía y delicadeza, «por contradecirlo. El señor Hobbs me dijo que si hubiera otra guerra, sabe, yo tendría que... que ser americano».

El conde soltó una media risa severa; fue breve y severa, pero fue una risa.

«¿Tendrías que serlo, eh?», dijo.

Odiaba a América y a los americanos, pero le divertía ver cuán serio e interesado estaba este pequeño patriota. Pensó que un americano tan bueno podría llegar a ser un inglés bastante bueno cuando fuera hombre.

No tuvieron tiempo de internarse mucho en la Revolución otra vez (y, en verdad, Lord Fauntleroy sentía cierta delicadeza para volver al tema) antes de que anunciaran la cena.

Cedric dejó su silla y fue hacia su noble pariente. Miró su pie con gota.

«¿Quiere que lo ayude?», dijo con cortesía. «Podría apoyarse en mí, ¿sabe? Una vez que el señor Hobbs se lastimó el pie porque le rodó encima un barril de papas, se apoyaba en mí».

El enorme lacayo estuvo a punto de arriesgar su reputación y su puesto sonriendo. Era un lacayo aristocrático que siempre había vivido en las mejores familias nobles, y nunca había sonreído; de hecho, se habría sentido un lacayo deshonrado y vulgar si hubiera permitido que cualquier circunstancia lo llevara a una indiscreción como una sonrisa. Pero se salvó por muy poco. Solo logró salvarse mirando fijamente por encima de la cabeza del conde un cuadro muy feo.

El conde examinó de la cabeza a los pies a su valiente joven pariente.

«¿Crees que podrías hacerlo?», preguntó con aspereza.

«*Creo* que sí», dijo Cedric. «Soy fuerte. Tengo siete años, sabe. Podría apoyarse en su bastón de un lado y en mí del otro. Dick dice que

tengo bastante músculo para un niño de solo siete años».

Cerró la mano y la subió hasta el hombro, para que el conde pudiera ver el músculo que Dick había aprobado con tanta amabilidad, y su cara era tan grave y seria que el lacayo se vio obligado a mirar con muchísima fijeza el cuadro feo.

«Bueno», dijo el conde, «puedes intentarlo».

Cedric le dio el bastón y empezó a ayudarlo a levantarse. Normalmente lo hacía el lacayo, que recibía violentas maldiciones cuando su señoría tenía una punzada de gota más fuerte. El conde no era, por regla general, una persona muy cortés, y muchas veces los enormes lacayos que lo rodeaban temblaban por dentro bajo sus imponentes libreas.

Pero esta noche no maldijo, aunque su pie con gota le dio más de una punzada. Decidió hacer un experimento. Se levantó despacio y puso la mano en el pequeño hombro que se le ofrecía con tanto valor. El pequeño Lord Fauntleroy dio un cuidadoso paso adelante, mirando el pie con gota.

«Apóyese en mí», dijo, con alegre ánimo. «Caminaré muy despacio».

Si el conde hubiera estado sostenido por el lacayo, habría descansado menos en su bastón y más en el brazo de su ayudante. Y sin embargo era parte de su experimento hacer que su nieto sintiera que su carga no era nada liviana. En verdad era un peso bastante grande, y después de unos pasos la cara de su joven señoría se puso muy acalorada y su corazón latía bastante rápido, pero se afirmó con valentía, acordándose de su músculo y de la aprobación de Dick.

«No tenga miedo de apoyarse en mí», jadeó. «Estoy bien... si... si no es un camino muy largo».

En realidad no estaba muy lejos hasta el comedor, pero a Cedric le pareció un camino bastante largo antes de llegar a la silla de la cabecera de la mesa. La mano sobre su hombro parecía hacerse más pesada a cada paso, y su cara se ponía más roja y más caliente, y su aliento más

corto, pero nunca pensó en rendirse; puso rígidos sus músculos de niño, mantuvo la cabeza erguida y animó al conde mientras este cojeaba.

«¿Le duele mucho el pie cuando se apoya en él?», preguntó. «¿Alguna vez lo metió en agua caliente con mostaza? El señor Hobbs metía el suyo en agua caliente. Me dicen que la árnica es muy buena».

El gran perro caminaba lentamente a su lado, y el enorme lacayo los seguía; varias veces tuvo una cara muy extraña mientras miraba la figurita que aprovechaba al máximo todas sus fuerzas y soportaba su carga con tanta buena voluntad. También el conde tuvo una cara bastante extraña, una vez, cuando miró de reojo hacia abajo la carita enrojecida. Cuando entraron en la sala donde iban a cenar, Cedric vio que era una sala muy grande e imponente, y que el lacayo que estaba de pie tras la silla de la cabecera miraba fijamente cuando entraron.

Pero por fin llegaron a la silla. Le quitaron la mano del hombro, y el conde quedó bien sentado.

Cedric sacó el pañuelo de Dick y se secó la frente.

«Es una noche calurosa, ¿no cree?», dijo. «Quizás usted necesite fuego porque... por el pie, pero a mí me parece un poquito caluroso».

Era tal su delicada consideración por los sentimientos de su noble pariente que no quería dar a entender que algo de lo que lo rodeaba fuera innecesario.

«Has hecho un trabajo bastante duro», dijo el conde.

«¡Oh, no!», dijo Lord Fauntleroy, «no fue exactamente duro, pero me dio un poco de calor. Uno se acalora en verano».

Y se frotó los rizos húmedos con bastante vigor con el vistoso pañuelo. Su silla estaba colocada en el otro extremo de la mesa, frente a la de su abuelo. Era una silla con brazos, pensada para un individuo mucho más grande que él; en verdad, todo lo que había visto hasta entonces (las grandes salas de techos altos, los muebles macizos, el enorme lacayo, el enorme perro, el propio conde) tenía proporciones calculadas para hacer sentir a este muchachito que era muy pequeño. Pero

eso no lo inquietaba; nunca se había creído muy grande ni importante, y estaba muy dispuesto a acomodarse incluso a circunstancias que lo abrumaban un poco.

Quizás nunca se había visto tan chiquito como ahora, sentado en su gran silla, al final de la mesa. A pesar de su existencia solitaria, el conde elegía vivir con cierto lujo. Le gustaba su cena y cenaba con formalidad. Cedric lo miraba a través de un resplandor de vidrio y plata magníficos que a sus ojos no acostumbrados parecía deslumbrante. Un extraño que mirara bien podría haber sonreído ante el cuadro: la gran sala majestuosa, los enormes criados de librea, las luces brillantes, la plata y el cristal relucientes, el viejo noble de aspecto feroz a la cabecera de la mesa y el niño muy pequeño al pie. La cena era normalmente un asunto muy serio para el conde, y era un asunto muy serio para el cocinero si su señoría no quedaba contento o tenía poco apetito. Hoy, sin embargo, su apetito parecía un poco mejor que de costumbre, quizás porque tenía en qué pensar además del sabor de los platos y del manejo de las salsas. Su nieto le daba en qué pensar. No dejaba de mirarlo a través de la mesa. Él mismo no decía mucho, pero se las arreglaba para que el niño hablara. Nunca había imaginado que pudiera entretenerlo oír hablar a un niño, pero Lord Fauntleroy a la vez lo desconcertaba y lo divertía, y recordaba una y otra vez cómo había dejado que el hombro de niño sintiera su peso solo por probar hasta dónde llegaban el valor y la resistencia del muchacho, y le agradaba saber que su nieto no había flaqueado y no había parecido pensar ni un momento en abandonar lo que se había propuesto hacer.

«¿No lleva siempre puesta su corona?», comentó Lord Fauntleroy con respeto.

«No», replicó el conde, con su sonrisa severa; «no me sienta bien».

«El señor Hobbs decía que usted la llevaba siempre», dijo Cedric; «pero después de pensarlo, dijo que supuso que a veces se la tendría que quitar para ponerse el sombrero».

«Sí», dijo el conde, «me la quito de vez en cuando».

Y uno de los lacayos se volvió de pronto hacia un lado y soltó una curiosa tosecita tras la mano.

Cedric terminó primero su cena, y entonces se recostó en su silla y examinó la sala.

«Debe de estar muy orgulloso de su casa», dijo, «es una casa tan hermosa. Nunca vi nada tan hermoso; pero, claro, como solo tengo siete años, no he visto mucho».

«¿Y crees que debo de estar orgulloso de ella?», dijo el conde.

«Creo que cualquiera estaría orgulloso de ella», replicó Lord Fauntleroy. «Yo estaría orgulloso de ella si fuera mi casa. Todo en ella es hermoso. Y el parque, y esos árboles... ¡qué hermosos son, y cómo susurran las hojas!».

Luego se detuvo un instante y miró a través de la mesa con cierta nostalgia.

«Es una casa muy grande para que vivan solo dos personas, ¿verdad?», dijo.

«Es lo bastante grande para dos», contestó el conde. «¿Te parece demasiado grande?».

Su pequeña señoría vaciló un momento.

«Solo estaba pensando», dijo, «que si vivieran en ella dos personas que no fueran muy buenas compañeras, a veces podrían sentirse solas».

«¿Crees que seré un buen compañero?», preguntó el conde.

«Sí», replicó Cedric, «creo que sí. El señor Hobbs y yo éramos grandes amigos. Era el mejor amigo que tenía, aparte de Querida».

El conde movió rápidamente sus cejas pobladas.

«¿Quién es Querida?».

«Es mi madre», dijo Lord Fauntleroy, con una vocecita más bien baja y tranquila.

Quizás estaba un poco cansado, pues se acercaba su hora de acostarse, y quizás tras la emoción de los últimos días era natural que estuviera cansado, de modo que quizás también el cansancio le trajo un va-

go sentimiento de soledad al recordar que esa noche no iba a dormir en casa, vigilado por los ojos cariñosos de su «mejor amiga». Siempre habían sido «mejores amigos», este niño y su joven madre. No podía dejar de pensar en ella, y cuanto más pensaba en ella, menos ganas tenía de hablar, y cuando terminó la cena el conde vio que había una leve sombra en su cara. Pero Cedric se portó con excelente valor, y cuando volvieron a la biblioteca, aunque el alto lacayo caminaba a un lado de su amo, la mano del conde descansaba en el hombro de su nieto, aunque no tan pesadamente como antes.

Cuando el lacayo los dejó solos, Cedric se sentó en la alfombra de la chimenea junto a Dougal. Durante unos minutos acarició en silencio las orejas del perro y miró el fuego.

El conde lo observaba. Los ojos del niño se veían nostálgicos y pensativos, y una o dos veces dio un pequeño suspiro. El conde se quedó quieto, con los ojos fijos en su nieto.

«Fauntleroy», dijo al fin, «¿en qué piensas?».

Fauntleroy levantó la vista con un esfuerzo varonil por sonreír.

«Pensaba en Querida», dijo; «y... y creo que mejor me levanto y camino de un lado a otro de la sala».

Se levantó, metió las manos en sus pequeños bolsillos y empezó a andar de un lado a otro. Tenía los ojos muy brillantes y los labios apretados, pero mantenía la cabeza en alto y caminaba con firmeza. Dougal se movió con pereza y lo miró, y luego se puso de pie. Se acercó al niño y empezó a seguirlo con inquietud. Fauntleroy sacó una mano del bolsillo y la puso sobre la cabeza del perro.

«Es un perro muy bueno», dijo. «Es mi amigo. Sabe cómo me siento».

«¿Cómo te sientes?», preguntó el conde.

Le inquietaba ver la lucha que el pequeño libraba con su primera sensación de nostalgia del hogar, pero le agradaba ver que hacía un esfuerzo tan valiente por sobrellevarla bien. Le gustaba este valor de niño.

«Ven aquí», dijo.

Fauntleroy fue hacia él.

«Nunca antes había estado lejos de mi casa», dijo el niño, con una mirada preocupada en sus ojos castaños. «Uno siente una sensación extraña cuando tiene que quedarse toda la noche en el castillo de otra persona en vez de en su propia casa. Pero Querida no está muy lejos de mí. Me dijo que recordara eso... y... y tengo siete años... y puedo mirar el retrato que me dio».

Metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño estuche forrado de terciopelo violeta.

«Es este», dijo. «Vea, se aprieta este resorte y se abre, ¡y ella está ahí dentro!».

Se había acercado mucho al sillón del conde y, al sacar el estuchito, se apoyó en el brazo del sillón, y también en el brazo del anciano, con tanta confianza como si los niños siempre se hubieran apoyado allí.

«Ahí está», dijo cuando se abrió el estuche; y levantó la vista con una sonrisa.

El conde frunció el ceño; no quería ver el retrato, pero lo miró a pesar suyo; y desde él lo miraba un rostro joven tan bonito, un rostro tan parecido al del niño que tenía al lado, que lo sobresaltó por completo.

«Supongo que crees que la quieres mucho», dijo.

«Sí», respondió Lord Fauntleroy, en tono suave y con sencilla franqueza; «eso creo, y creo que es verdad. Vea, el señor Hobbs era mi amigo, y Dick y Bridget y Mary y Michael también eran mis amigos; pero Querida... bueno, ella es mi amiga *íntima*, y siempre nos contamos todo. Mi padre me la dejó para que la cuidara, y cuando sea hombre voy a trabajar y a ganar dinero para ella».

«¿Qué piensas hacer?», preguntó su abuelo.

Su joven señoría se deslizó hasta la alfombra de la chimenea y se quedó sentado allí con el retrato todavía en la mano. Parecía reflexionar con seriedad antes de contestar.

«Sí pensé que quizás podría asociarme con el señor Hobbs», dijo; «pero me *gustaría* ser presidente».

«En vez de eso te mandaremos a la Cámara de los Lores», dijo su abuelo.

«Bueno», comentó Lord Fauntleroy, «si *no* pudiera ser presidente, y si eso es un buen negocio, no me importaría. El negocio del almacén a veces es aburrido».

Quizás estaba sopesando el asunto en su mente, porque después de esto se quedó muy quieto y miró el fuego por un buen rato.

El conde no volvió a hablar. Se recostó en su sillón y lo observó. Muchos pensamientos extraños y nuevos pasaron por la mente del viejo noble. Dougal se había estirado y se había quedado dormido con la cabeza sobre sus enormes patas. Hubo un largo silencio.

Al cabo de media hora, hicieron pasar al señor Havisham. La gran sala estaba muy callada cuando entró. El conde seguía recostado en su sillón. Se movió cuando el señor Havisham se acercó y levantó la mano en un gesto de advertencia (parecía que apenas había tenido intención de hacerlo, casi involuntario). Dougal seguía dormido, y junto al gran perro, dormido también, con la cabeza rizada sobre el brazo, yacía el pequeño Lord Fauntleroy.

Capítulo VI

Cuando Lord Fauntleroy despertó por la mañana (no había despertado en absoluto cuando lo llevaron a la cama la noche anterior), lo primero que oyó fue el crepitar de un fuego de leña y un murmullo de voces.

«Tenga cuidado, Dawson, de no decir nada de eso», oyó que decía alguien. «Él no sabe por qué ella no ha de estar con él, y no se le debe decir la razón».

«Si son órdenes de su señoría, señora», contestó otra voz, «habrá que cumplirlas, supongo. Pero, si me permite la libertad, señora, ya que esto queda entre nosotras, criada o no criada, lo único que digo es que es una crueldad separar a esa pobre y linda viudita de su propia carne y sangre, y con un niño tan hermoso y noble de cuna. James y Thomas, señora, anoche en el comedor de la servidumbre, los dos dicen que en toda su vida no han visto nada parecido (ni ellos ni ningún otro caballero de librea) a los modos de ese niño, tan inocente y cortés y atento como si estuviera sentado allí cenando con su mejor amigo, y con el genio de un ángel, en vez del de cierta persona que (si me disculpa, señora), como bien se sabe, a veces le hiela a uno la sangre en las venas. Y en cuanto a su aspecto, señora, cuando nos llamaron a James y a mí para ir a la biblioteca y subirlo, y James lo levantó en brazos, con esa carita inocente toda colorada y rosada, y su cabecita en el hombro de James y el pelo colgando, todo rizado y reluciente, no se podía desear una estampa más bonita ni más encantadora. Y es mi parecer que su señoría tampoco estaba ciego a eso, porque lo miró y le dijo a James: “¡Cuidado, no vaya a despertarlo!”».

Cedric se movió en la almohada, se dio vuelta y abrió los ojos.

Había dos mujeres en la habitación. Todo era claro y alegre, con telas de cretona de flores vistosas. Había fuego en el hogar y el sol entra-

ba a raudales por las ventanas cubiertas de hiedra. Las dos mujeres se acercaron a él, y vio que una era la señora Mellon, el ama de llaves, y la otra una mujer robusta, de mediana edad, con una cara tan bondadosa y amable como puede serlo una cara.

«Buenos días, milord», dijo la señora Mellon. «¿Durmió bien?».

Su señoría se frotó los ojos y sonrió.

«Buenos días», dijo. «No sabía que estaba aquí».

«Lo subieron cuando estaba dormido», dijo el ama de llaves. «Este es su dormitorio, y esta es Dawson, que va a cuidarlo».

Fauntleroy se sentó en la cama y le tendió la mano a Dawson, como se la había tendido al conde.

«¿Cómo está usted, señora?», dijo. «Le estoy muy agradecido por haber venido a cuidarme».

«Puede llamarla Dawson, milord», dijo el ama de llaves con una sonrisa. «Está acostumbrada a que la llamen Dawson».

«¿*Señorita* Dawson o *señora* Dawson?», preguntó su señoría.

«Solo Dawson, milord», dijo la propia Dawson, radiante. «Ni señorita ni señora, ¡bendito sea su corazoncito! ¿Quiere levantarse ahora y dejar que Dawson lo vista, y después tomar el desayuno en el cuarto de los niños?».

«Aprendí a vestirme solo hace muchos años, gracias», respondió Fauntleroy. «Me enseñó Querida. "Querida" es mi mamá. Teníamos solo a Mary para hacer todo el trabajo, hasta lavar, y por eso, claro, no estaba bien darle tanta molestia. También puedo bañarme bastante bien, si usted tiene la bondad de revisar los rincones cuando termine».

Dawson y el ama de llaves cruzaron una mirada.

«Dawson hará todo lo que usted le pida», dijo la señora Mellon.

«Eso haré, bendito sea», dijo Dawson, con su voz tranquilizadora y bonachona. «Se vestirá solo si quiere, y yo me quedaré a su lado, lista para ayudarlo si me necesita».

«Gracias», respondió Lord Fauntleroy, «es que a veces es un poco difícil con los botones, ¿sabe?, y entonces tengo que pedirle ayuda a al-

guien».

Le pareció que Dawson era una mujer muy buena, y antes de que terminara de bañarse y vestirse ya eran excelentes amigos, y él había averiguado muchas cosas sobre ella. Había descubierto que su marido había sido soldado y había muerto en una batalla de verdad, que su hijo era marinero y estaba lejos, en un largo viaje por mar, que había visto piratas, caníbales, chinos y turcos, y que traía a casa conchas raras y trozos de coral que Dawson estaba dispuesta a mostrarle en cualquier momento, pues algunos estaban en su baúl. Todo eso era muy interesante. También supo que ella había cuidado niños pequeños toda su vida y que acababa de llegar de una gran casa en otra parte de Inglaterra, donde había cuidado a una hermosa niñita que se llamaba Lady Gwyneth Vaughn.

«Y es una especie de pariente de su señoría», dijo Dawson. «Y quizás algún día pueda verla».

«¿Usted cree que la veré?», dijo Fauntleroy. «Me gustaría. Nunca conocí a ninguna niña, pero siempre me gusta mirarlas».

Cuando pasó a la habitación contigua para tomar el desayuno y vio lo grande que era, y descubrió que había otra al lado que, según Dawson, también era suya, volvió a sentir con tanta fuerza que era muy pequeño que se lo confesó a Dawson mientras se sentaba a la mesa donde estaba dispuesto el bonito servicio del desayuno.

«Soy un niño muy pequeño», dijo con cierta melancolía, «para vivir en un castillo tan grande y tener tantas habitaciones enormes. ¿No le parece?».

«¡Vamos, vamos!», dijo Dawson. «Es que al principio se siente un poquito raro, nada más; pero se le pasará muy pronto, y entonces le gustará estar aquí. Es un lugar tan hermoso, ¿sabe?».

«Es un lugar muy hermoso, por supuesto», dijo Fauntleroy, con un pequeño suspiro, «pero me gustaría más si no extrañara tanto a Querida. Siempre desayunaba con ella por la mañana, y le ponía el azúcar y la crema en el té, y le pasaba la tostada. Eso lo hacía muy ameno, cla-

ro».

«¡Bueno, bueno!», respondió Dawson para consolarlo, «usted sabe que puede verla todos los días, y quién sabe cuánto tendrá que contarle. ¡Bendito sea! Espere a que haya paseado un poco y haya visto las cosas, los perros y las caballerizas con todos los caballos. Hay uno que sé que le va a gustar ver...».

«¿De veras?», exclamó Fauntleroy. «Me gustan mucho los caballos. Quería mucho a Jim. Era el caballo del carro del almacén del señor Hobbs. Era un caballo hermoso cuando no se empacaba».

«Bueno», dijo Dawson, «espere a ver lo que hay en las caballerizas. Y, ¡válgame!, si todavía no ha mirado ni siquiera la pieza de al lado».

«¿Qué hay?», preguntó Fauntleroy.

«Espere a terminar el desayuno y lo verá», dijo Dawson.

Con esto, naturalmente, empezó a sentir curiosidad, y se aplicó con empeño a su desayuno. Le parecía que en la pieza de al lado tenía que haber algo que valiera la pena ver; Dawson tenía un aire tan importante y misterioso.

«Bueno», dijo, bajándose de la silla unos minutos después, «ya comí suficiente. ¿Puedo ir a verlo?».

Dawson asintió y lo guió, con aire más misterioso y solemne que nunca. Él empezó a sentirse muy interesado de verdad.

Cuando ella abrió la puerta de la pieza, él se quedó en el umbral y miró a su alrededor, maravillado. No dijo nada; solo se metió las manos en los bolsillos y se quedó allí, ruborizado hasta la frente, mirando hacia dentro.

Se ruborizó porque estaba muy sorprendido y, por el momento, emocionado. Ver un lugar así bastaba para sorprender a cualquier niño común.

La pieza también era grande, como parecían serlo todas, y le pareció más hermosa que las demás, solo que de otra manera. Los muebles no eran tan macizos y antiguos como los de las salas que había visto abajo; las cortinas, las alfombras y las paredes eran más claras; había

estantes llenos de libros, y sobre las mesas había una cantidad de juguetes, cosas hermosas e ingeniosas, como las que había mirado con asombro y deleite por las vitrinas de las tiendas de Nueva York.

«Parece pieza de niño», dijo por fin, conteniendo un poco la respiración. «¿De quién son?».

«Vaya a mirarlos», dijo Dawson. «¡Son suyos!».

«¡Míos!», exclamó. «¿Míos? ¿Por qué son míos? ¿Quién me los dio?». Y se lanzó hacia delante con un gritito alegre. Casi no parecía posible creerlo. «¡Fue el abuelito!», dijo, con los ojos brillantes como estrellas. «¡Sé que fue el abuelito!».

«Sí, fue su señoría», dijo Dawson, «y si es usted un caballerito bueno, y no se aflige por las cosas, y se divierte y está contento todo el día, él le dará todo lo que pida».

Fue una mañana tremendamente emocionante. Había tantas cosas que examinar, tantos experimentos que probar; cada novedad lo absorbía tanto que apenas podía dejarla para mirar la siguiente. Y era tan curioso saber que todo aquello había sido preparado solo para él; que, incluso antes de que saliera de Nueva York, habían venido personas desde Londres a arreglar las habitaciones que iba a ocupar y habían conseguido los libros y juguetes que más probablemente lo entretendrían.

«¿Usted conoció alguna vez a alguien», le dijo a Dawson, «que tuviera un abuelo tan bueno?».

El rostro de Dawson adoptó por un momento una expresión dudosa. No tenía una opinión muy alta de su señoría el conde. No llevaba muchos días en la casa, pero había estado el tiempo suficiente para oír comentar con toda libertad las rarezas del viejo noble en el comedor de la servidumbre.

«De todos los viejos perversos, salvajes y de mal genio a los que me ha tocado la mala suerte de servir con librea», había dicho el lacayo más alto, «él es el más violento y el peor, por mucho».

Y este lacayo en particular, que se llamaba Thomas, había repetido

también a sus compañeros de abajo algunas de las palabras del conde al señor Havisham, cuando hablaban de estos mismos preparativos.

«Déjelo hacer su voluntad y llénele las habitaciones de juguetes», había dicho su señoría. «Dele lo que lo entretenga y olvidará pronto a su madre. Entreténgalo y llénele la mente de otras cosas, y no tendremos problemas. Así es la naturaleza de los niños».

Así que quizás, con este objetivo tan amable, no le agradó demasiado ver que no parecía ser exactamente la naturaleza de este niño en particular. El conde había pasado mala noche y se había quedado en su cuarto toda la mañana; pero al mediodía, después de almorzar, mandó llamar a su nieto.

Fauntleroy acudió de inmediato. Bajó la ancha escalera dando saltos; el conde lo oyó correr por el vestíbulo, y luego se abrió la puerta y entró con las mejillas rojas y los ojos chispeantes.

«Estaba esperando que me mandara llamar», dijo. «Estaba listo hace mucho rato. ¡Se lo agradezco *muchísimo*, todas esas cosas! ¡Se lo agradezco *muchísimo*! He estado jugando con ellas toda la mañana».

«¡Vaya!», dijo el conde, «¿te gustan, entonces?».

«Me gustan tanto... bueno, ¡no podría decirle cuánto!», dijo Fauntleroy, con la cara radiante de alegría. «Hay uno que es como el béisbol, solo que se juega en un tablero con clavijas negras y blancas, y se lleva la cuenta con unas fichas en un alambre. Traté de enseñárselo a Dawson, pero no alcanzó a entenderlo del todo al principio... ¿sabe?, ella nunca jugó béisbol, por ser una dama, y me temo que yo no se lo expliqué muy bien. Pero usted sabe todo sobre eso, ¿no es cierto?».

«Me temo que no», replicó el conde. «Es un juego americano, ¿verdad? ¿Se parece al cricket?».

«Nunca vi cricket», dijo Fauntleroy, «pero el señor Hobbs me llevó varias veces a ver béisbol. Es un juego espléndido. ¡Uno se emociona tanto! ¿Quiere que vaya a buscar mi juego y se lo muestre? Quizás lo entretenga y le haga olvidar el pie. ¿Le duele mucho el pie esta mañana?».

«Más de lo que me gusta», fue la respuesta.

«Entonces quizás no pueda olvidarlo», dijo el pequeño con ansiedad. «Quizás le moleste que le cuenten del juego. ¿Cree que lo entretendría o cree que le molestaría?».

«Ve a buscarlo», dijo el conde.

Sin duda era una diversión nueva, esto de hacer compañero de juego a un niño que se ofrecía a enseñarle juegos, pero la novedad misma lo divertía. Había una sonrisa escondida en la boca del conde cuando Cedric volvió con la caja del juego en los brazos y una expresión del más vivo interés en la cara.

«¿Puedo acercar esa mesita a su sillón?», preguntó.

«Llama a Thomas», dijo el conde. «Él te la pondrá».

«Ah, puedo hacerlo yo mismo», respondió Fauntleroy. «No pesa mucho».

«Muy bien», replicó su abuelo. La sonrisa escondida se acentuó en el rostro del anciano mientras observaba los preparativos del pequeño; había en ellos un interés tan absorto. La mesita fue arrastrada hasta su sillón y el juego sacado de la caja y dispuesto encima.

«Es muy interesante cuando uno empieza», dijo Fauntleroy. «Mire, las clavijas negras pueden ser de su lado y las blancas del mío. Son jugadores, ¿sabe?, y una vuelta completa al campo es un jonrón y vale uno... y estos son los outs... y aquí está la primera base, y esa es la segunda, y esa la tercera y esa la base de home».

Entró en los detalles de la explicación con la mayor animación. Mostró todas las posturas del lanzador, del receptor y del bateador en el juego de verdad, e hizo una descripción dramática de una maravillosa «bola caliente» que había visto atrapar en la gloriosa ocasión en que presenció un partido en compañía del señor Hobbs. Su cuerpecito vigoroso y gracioso, sus gestos ansiosos, su sencillo gozo en todo aquello, daba gusto verlos.

Cuando por fin terminaron las explicaciones y las demostraciones y el juego comenzó en serio, el conde siguió sintiéndose entretenido. Su

joven compañero estaba completamente absorto; jugaba con todo su corazón de niño; sus risitas alegres cuando hacía un buen lanzamiento, su entusiasmo por un «jonrón», su gozo imparcial tanto por su propia suerte como por la de su contrincante, habrían dado sabor a cualquier juego.

Si una semana antes alguien hubiera dicho al conde de Dorincourt que aquella mañana olvidaría la gota y su mal genio en un juego de niños, jugado con clavijas de madera negras y blancas, sobre un tablero pintado de colores alegres, con un niño pequeño de pelo rizado por compañero, sin duda se habría puesto muy desagradable; y sin embargo se había olvidado por completo de sí mismo cuando se abrió la puerta y Thomas anunció una visita.

El visitante, un caballero de edad vestido de negro y nada menos que el clérigo de la parroquia, quedó tan desconcertado ante la asombrosa escena que se presentó a sus ojos que casi retrocedió un paso, y corrió el riesgo de chocar con Thomas.

En realidad, no había ninguna parte de su deber que el reverendo señor Mordaunt encontrara tan decididamente desagradable como la que lo obligaba a visitar a su noble patrón en el castillo. Su noble patrón, de hecho, solía hacer esas visitas tan desagradables como estaba en su señorial poder hacerlas. Aborrecía las iglesias y las obras de caridad, y se ponía furioso cuando alguno de sus arrendatarios se tomaba la libertad de ser pobre, de estar enfermo y de necesitar ayuda. Cuando la gota lo atormentaba más, no vacilaba en declarar que no iba a dejarse aburrir e irritar con historias de sus miserables desgracias; cuando la gota lo molestaba menos y estaba de un humor algo más humano, quizás le daba algún dinero al rector, después de haberlo maltratado de la manera más dolorosa y de haber reprendido a toda la parroquia por su holgazanería y su estupidez. Pero, fuera cual fuera su humor, nunca dejaba de hacer la mayor cantidad posible de comentarios sarcásticos e incómodos, y de hacer que el reverendo señor Mordaunt deseara que fuera decoroso y cristiano arrojarle algo pesado. En

todos los años en que el señor Mordaunt había estado a cargo de la parroquia de Dorincourt, el rector ciertamente no recordaba haber visto a su señoría hacerle un favor a nadie por su propia voluntad, ni mostrar, en ninguna circunstancia, que pensara en alguien que no fuera él mismo.

Ese día había ido a hablarle de un caso especialmente urgente, y mientras subía por la avenida había temido la visita más que de costumbre, por dos razones. En primer lugar, sabía que su señoría llevaba varios días sufriendo de gota y que estaba de un humor tan atroz que los rumores habían llegado incluso al pueblo, llevados por una de las criadas jóvenes a su hermana, que tenía una tiendita donde vendía agujas de zurcir, hilo, pastillas de menta y chismes para ganarse honradamente la vida. Lo que la señora Dibble no sabía del castillo y sus habitantes, de las casas de campo y sus habitantes, y del pueblo y su población, realmente no valía la pena que se hablara de ello. Y, por supuesto, lo sabía todo del castillo, porque su hermana, Jane Shorts, era una de las doncellas principales y tenía mucha amistad y confianza con Thomas.

«¡Y cómo se pone su señoría!», decía la señora Dibble, sobre el mostrador. «Y cómo habla, le contó el señor Thomas a la propia Jane, que ningún cristiano de librea lo aguanta. Porque hasta le tiró un plato de tostadas al mismísimo señor Thomas, no hace ni dos días, y si no fuera por lo bien que están las otras cosas y por el trato tan fino que hay abajo, ¡ya le habrían dado aviso de despido en menos de una hora!».

Y el rector había oído todo eso, pues de algún modo el conde era la oveja negra preferida en las casitas y las granjas, y su mala conducta daba a más de una buena mujer de qué hablar cuando tenía visitas a tomar el té.

Y la segunda razón era aún peor, porque era nueva y se había comentado con el más vivo interés.

¿Quién no sabía de la furia del viejo noble cuando su apuesto hijo, el capitán, se casó con la dama americana? ¿Quién no sabía con qué

crueldad había tratado al capitán, y cómo ese joven alto, alegre, de sonrisa dulce, el único miembro de la gran familia a quien alguien quería, había muerto en tierra extranjera, pobre y sin perdón? ¿Quién no sabía con qué ferocidad su señoría había odiado a la pobre joven que había sido la esposa de este hijo, y cómo había odiado la idea de su niño y nunca pensó en ver al muchacho... hasta que sus otros dos hijos murieron y lo dejaron sin heredero? ¿Y quién no sabía entonces que había esperado la llegada de su nieto sin ningún cariño ni placer, y que había decidido que el muchacho resultaría un chico americano vulgar, torpe y descarado, con más probabilidad de deshonrar su noble nombre que de honrarlo?

El orgulloso y colérico anciano creía haber guardado en secreto todos sus pensamientos. No suponía que nadie se hubiera atrevido a adivinar, y mucho menos a comentar, lo que sentía y temía; pero sus criados lo observaban y leían en su cara, en sus malos humores y en sus accesos de melancolía, y lo comentaban en el comedor de la servidumbre. Y mientras él se creía muy a salvo del vulgo, Thomas les decía a Jane, a la cocinera, al mayordomo, a las doncellas y a los demás lacayos que su opinión era que «el viejo estaba peor que de costumbre pensando en el hijo del capitán, y temiéndose que no le va a hacer ningún honor a la familia. Y bien le está», añadía Thomas, «es culpa suya. ¿Qué puede esperar de un niño criado en la pobreza en esa baja América?».

Y mientras el reverendo señor Mordaunt caminaba bajo los grandes árboles, recordó que ese dudoso niñito había llegado al castillo apenas la noche anterior, y que había nueve probabilidades contra una de que se hubieran cumplido los peores temores de su señoría, y veintidós contra una de que, si el pobre pequeño lo había decepcionado, el conde estuviera en ese mismo momento en un arrebato de furia, listo para descargar todo su rencor sobre la primera persona que llegara, que al parecer probablemente sería él mismo.

Júzguese entonces su asombro cuando, al abrir Thomas la puerta

de la biblioteca, lo recibió un alegre repique de risa infantil.

«¡Eso son dos outs!», gritó una vocecita clara y emocionada. «¡Ya ve que son dos outs!».

Y allí estaban el sillón del conde, y el taburete de la gota con su pie encima; y a su lado una mesita con un juego encima; y muy cerca de él, apoyado en realidad contra su brazo y su rodilla sana, un niño pequeño con la cara radiante y los ojos bailando de emoción. «¡Son dos outs!», exclamó el pequeño desconocido. «Esta vez no tuvo suerte, ¿verdad?». Y entonces ambos se dieron cuenta a la vez de que alguien había entrado.

El conde miró a su alrededor, frunciendo las espesas cejas como solía hacerlo, y cuando vio quién era, el señor Mordaunt se sorprendió todavía más al ver que parecía aún menos desagradable que de costumbre, en vez de más. En realidad, parecía casi como si hubiera olvidado por un momento lo desagradable que era y lo molesto que de veras podía ponerse cuando se lo proponía.

«¡Ah!», dijo, con su voz áspera, pero tendiéndole la mano con bastante gracia. «Buenos días, Mordaunt. He encontrado una nueva ocupación, como ve».

Puso la otra mano en el hombro de Cedric (quizás en el fondo de su corazón se agitó un orgullo satisfecho de tener un heredero así que presentar); había una chispa de algo parecido al placer en sus ojos mientras hacía avanzar un poco al niño.

«Este es el nuevo Lord Fauntleroy», dijo. «Fauntleroy, este es el señor Mordaunt, el rector de la parroquia».

Fauntleroy miró al caballero de ropas clericales y le dio la mano.

«Tengo mucho gusto en conocerlo, señor», dijo, recordando las palabras que había oído usar al señor Hobbs en una o dos ocasiones cuando saludaba con ceremonia a un cliente nuevo.

Cedric estaba muy seguro de que había que ser más cortés que de costumbre con un ministro de la Iglesia.

El señor Mordaunt retuvo un momento la manita en la suya mien-

tras miraba la cara del niño, sonriendo sin quererlo. Desde ese instante le tomó cariño al pequeño, como de hecho le ocurría a todo el mundo. Y no era la belleza ni la gracia del muchacho lo que más lo atraía; era la bondad sencilla y natural del pequeño, que hacía que cualquier cosa que dijera, por extraña e inesperada que fuera, sonara agradable y sincera. Mientras el rector miraba a Cedric, se olvidó por completo del conde. Nada hay en el mundo tan fuerte como un corazón bondadoso, y de algún modo este buen corazoncito, aunque solo fuera el corazón de un niño, parecía aclarar todo el ambiente de la gran sala sombría y hacerla más luminosa.

«Tengo mucho gusto en conocerlo, Lord Fauntleroy», dijo el rector. «Hizo un largo viaje para llegar hasta nosotros. A muchísima gente le alegrará saber que lo hizo sin novedad».

«*Fue* un viaje largo», respondió Fauntleroy, «pero Querida, mi madre, venía conmigo y no me sentí solo. Claro que uno nunca se siente solo si su madre está con uno; y el barco era hermoso».

«Tome asiento, Mordaunt», dijo el conde. El señor Mordaunt se sentó. Miró de Fauntleroy al conde.

«Su señoría merece muchas felicitaciones», dijo con calor.

Pero el conde evidentemente no tenía intención de mostrar lo que sentía sobre el asunto.

«Se parece a su padre», dijo con cierta aspereza. «Esperemos que se conduzca de manera más honrosa». Y luego añadió: «Bueno, ¿de qué se trata esta mañana, Mordaunt? ¿Quién está en apuros ahora?».

No era tan malo como el señor Mordaunt había esperado, pero vaciló un segundo antes de empezar.

«Es Higgins», dijo; «Higgins, de la granja Edge. Ha tenido muy mala suerte. Él mismo estuvo enfermo el otoño pasado, y sus hijos tuvieron escarlatina. No puedo decir que sepa llevar muy bien su granja, pero ha tenido mala suerte y, por supuesto, está atrasado en muchas cosas. Ahora está en apuros con el arriendo. Newick le dice que, si no lo paga, tendrá que dejar el lugar; y por supuesto eso sería algo muy gra-

ve. Su esposa está enferma, y vino a verme ayer para rogarme que me ocupara del asunto y le pidiera a usted un plazo. Cree que, si usted le diera tiempo, podría ponerse al día de nuevo».

«Todos piensan eso», dijo el conde, con el ceño bastante sombrío.

Fauntleroy dio un paso adelante. Había estado de pie entre su abuelo y el visitante, escuchando con toda su atención. Se había interesado en Higgins de inmediato. Se preguntaba cuántos hijos habría y si la escarlatina los habría dañado mucho. Tenía los ojos muy abiertos y fijos en el señor Mordaunt con intenso interés mientras el caballero continuaba la conversación.

«Higgins es un hombre bienintencionado», dijo el rector, haciendo un esfuerzo por reforzar su súplica.

«Es un arrendatario bastante malo», replicó su señoría. «Y siempre está atrasado, me dice Newick».

«Ahora está en un gran apuro», dijo el rector.

«Quiere mucho a su esposa y a sus hijos, y si le quitan la granja podrían morirse de hambre, literalmente. No puede darles los alimentos nutritivos que necesitan. Dos de los niños quedaron muy débiles después de la fiebre, y el médico les receta vino y otros lujos que Higgins no puede costear».

Al oír esto, Fauntleroy se acercó un paso más.

«Así pasó con Michael», dijo.

El conde se sobresaltó levemente.

«¡Me olvidé de *ti*!», dijo. «Olvidé que teníamos un filántropo en la sala. ¿Quién era Michael?». Y el destello de extraña diversión volvió a los ojos hundidos del anciano.

«Era el marido de Bridget, el que tuvo la fiebre», respondió Fauntleroy, «y no podía pagar el arriendo ni comprar vino y esas cosas. Y usted me dio ese dinero para ayudarlo».

El conde juntó las cejas en un curioso ceño que, de algún modo, apenas tenía algo de severo. Miró de lado al señor Mordaunt.

«No sé qué clase de terrateniente va a resultar», dijo. «Le dije a Ha-

visham que el muchacho debía tener lo que quisiera, cualquier cosa que quisiera, y lo que quería, al parecer, era dinero para dárselo a mendigos».

«¡Ah, pero no eran mendigos!», dijo Fauntleroy con vehemencia. «¡Michael era un albañil espléndido! Todos trabajaban».

«¡Ah!», dijo el conde, «no eran mendigos. Eran albañiles espléndidos, y lustrabotas, y vendedoras de manzanas».

Fijó la mirada en el niño unos segundos en silencio. Lo cierto es que le estaba viniendo un pensamiento nuevo, y aunque quizás no lo motivaban las emociones más nobles, no era un mal pensamiento. «Ven aquí», dijo por fin.

Fauntleroy fue y se plantó tan cerca de él como pudo sin molestar el pie con gota.

«¿Qué harías *tú* en este caso?», preguntó su señoría.

Hay que confesar que el señor Mordaunt experimentó por un momento una sensación curiosa. Hombre de mucha reflexión, y habiendo pasado tantos años en las tierras de Dorincourt, conociendo a los arrendatarios, ricos y pobres, a la gente del pueblo, honrada y trabajadora, deshonesta y perezosa, comprendió con gran fuerza qué poder para el bien o para el mal se le daría en el futuro a ese niño pequeño que estaba allí, con sus ojos castaños muy abiertos y las manos hundidas en los bolsillos; y le vino también el pensamiento de que quizás, por el capricho de un anciano orgulloso que solo vivía para darse gusto, se le diera ya ahora mucho poder, y que, si su joven naturaleza no era sencilla y generosa, podía ser lo peor que pudiera ocurrir, no solo para los demás, sino para él mismo.

«¿Y qué harías *tú* en un caso así?», exigió el conde.

Fauntleroy se acercó un poco más y apoyó una mano en la rodilla del conde, con el aire más confiado de buena camaradería.

«Si yo fuera muy rico», dijo, «y no solo un niño pequeño, lo dejaría quedarse y le daría las cosas para sus hijos; pero yo solo soy un niño». Luego, tras una pausa de un segundo, en que su cara se iluminó visible-

mente: «*Usted* puede hacer lo que quiera, ¿no es cierto?», dijo.

«¡Hum!», dijo su señoría, mirándolo fijamente. «¿Esa es tu opinión?». Y tampoco le disgustaba.

«Quiero decir que usted puede darle a cualquiera cualquier cosa», dijo Fauntleroy. «¿Quién es Newick?».

«Es mi administrador», respondió el conde, «y a algunos de mis arrendatarios no les cae muy bien».

«¿Va a escribirle una carta ahora?», preguntó Fauntleroy. «¿Le traigo la pluma y la tinta? Puedo sacar el juego de esta mesa».

Evidentemente no se le había ocurrido ni por un instante que se permitiría a Newick hacer lo peor que pudiera.

El conde se quedó un momento callado, mirándolo todavía. «¿Sabes escribir?», preguntó.

«Sí», respondió Cedric, «pero no muy bien».

«Quita las cosas de la mesa», ordenó su señoría, «y trae la pluma y la tinta, y una hoja de papel de mi escritorio».

El interés del señor Mordaunt empezó a aumentar. Fauntleroy hizo lo que le mandaron con mucha destreza. En pocos momentos estuvieron listos la hoja de papel, el gran tintero y la pluma.

«¡Ya está!», dijo alegremente, «ahora puede escribirla».

«La vas a escribir tú», dijo el conde.

«¡Yo!», exclamó Fauntleroy, y se le encendió la frente. «¿Servirá si la escribo yo? No siempre escribo bien las palabras cuando no tengo un diccionario y nadie me dice».

«Servirá», respondió el conde. «Higgins no se quejará de la ortografía. Yo no soy el filántropo; lo eres tú. Moja la pluma en la tinta».

Fauntleroy tomó la pluma y la mojó en el tintero, y luego se acomodó en posición, inclinado sobre la mesa.

«Ahora», preguntó, «¿qué debo decir?».

«Puedes decir: “No se debe hostigar a Higgins por ahora”, y la firmas: “Fauntleroy”», dijo el conde.

Fauntleroy volvió a mojar la pluma en la tinta y, apoyando el bra-

zo, empezó a escribir. Era un proceso bastante lento y serio, pero puso en él toda su alma. Después de un rato, sin embargo, el manuscrito estuvo terminado, y se lo entregó a su abuelo con una sonrisa algo teñida de ansiedad.

«¿Cree que servirá?», preguntó.

El conde la miró y las comisuras de su boca se contrajeron un poco.

«Sí», respondió; «Higgins la encontrará enteramente satisfactoria». Y se la pasó al señor Mordaunt.

Lo que el señor Mordaunt encontró escrito fue esto:

«estimado señor Newik por fabor al señor higins no se le debe ostigar por ahora y le quedo agradesido Suyo respetuozamente,

«FAUNTLEROY».

«El señor Hobbs siempre firmaba así sus cartas», dijo Fauntleroy, «y pensé que era mejor decir “por favor”. ¿Es exactamente así como se escribe “hostigar”?».

«No es exactamente como se escribe en el diccionario», respondió el conde.

«Me lo temía», dijo Fauntleroy. «Debí haber preguntado. Mire, así pasa con las palabras de más de una sílaba; hay que mirar en el diccionario. Es lo más seguro. La escribiré de nuevo».

Y la escribió de nuevo, haciendo una copia bastante imponente y tomando precauciones en cuanto a la ortografía al consultar al propio conde.

«La ortografía es algo curioso», dijo. «Tantas veces es distinta de lo que uno espera. Yo antes pensaba que “favor” se escribía con be, pero no es así, ¿sabe?; y uno creería que “hay” se escribe sin hache, si no preguntara. A veces casi lo desanima a uno».

Cuando el señor Mordaunt se fue, se llevó la carta, y se llevó también otra cosa, a saber, un sentimiento más agradable y más esperanzado que el que había llevado a casa por esa avenida en cualquiera de sus visitas anteriores al castillo de Dorincourt.

Cuando se hubo marchado, Fauntleroy, que lo había acompañado

hasta la puerta, volvió donde su abuelo.

«¿Puedo ir ahora donde Querida?», preguntó. «Creo que me estará esperando».

El conde se quedó callado un momento.

«Hay algo en la caballeriza que debes ver primero», dijo. «Toca la campanilla».

«Si no le importa», dijo Fauntleroy, con su rápido rubor. «Se lo agradezco mucho, pero creo que será mejor verlo mañana. Ella me estará esperando todo el tiempo».

«Muy bien», respondió el conde. «Haremos preparar el carruaje». Luego añadió con sequedad: «Es un poni».

Fauntleroy tomó una larga bocanada de aire.

«¡Un poni!», exclamó. «¿De quién es el poni?».

«Tuyo», replicó el conde.

«¿Mío?», gritó el pequeño. «¿Mío, como las cosas de arriba?».

«Sí», dijo su abuelo. «¿Te gustaría verlo? ¿Mando que lo traigan?».

Las mejillas de Fauntleroy se pusieron cada vez más rojas.

«¡Nunca pensé que tendría un poni!», dijo. «¡Nunca pensé eso! Qué contenta se pondrá Querida. Usted me da *todo*, ¿verdad?».

«¿Quieres verlo?», preguntó el conde.

Fauntleroy tomó una larga bocanada de aire. «*Quiero* verlo», dijo. «Quiero verlo tanto que casi no puedo esperar. Pero me temo que no hay tiempo».

«¿*Tienes* que ir a ver a tu madre esta tarde?», preguntó el conde. «¿Crees que no puedes postergarlo?».

«Pues», dijo Fauntleroy, «ella ha estado pensando en mí toda la mañana, ¡y yo he estado pensando en ella!».

«¡Ah!», dijo el conde. «¿Conque sí, eh? Toca la campanilla».

Mientras bajaban por la avenida, bajo los árboles que se arqueaban, el conde estuvo bastante silencioso. Pero Fauntleroy no. Habló del poni. ¿De qué color era? ¿Qué tamaño tenía? ¿Cómo se llamaba? ¿Qué le gustaba comer más? ¿Cuántos años tenía? ¿A qué hora de la

mañana podría levantarse a verlo?

«¡Querida se pondrá tan contenta!», repetía. «¡Le va a agradecer tanto que haya sido tan bueno conmigo! Ella sabe que a mí siempre me gustaron mucho los ponis, pero nunca pensamos que tendría uno. Había un niño en la Quinta Avenida que tenía uno, y salía a pasear todas las mañanas, y nosotros pasábamos caminando frente a su casa para verlo».

Se recostó contra los cojines y miró al conde con arrobado interés durante unos minutos, en completo silencio.

«Creo que usted debe de ser la mejor persona del mundo», soltó por fin. «Usted siempre está haciendo el bien, ¿no es cierto? Y pensando en los demás. Querida dice que esa es la mejor clase de bondad: no pensar en uno mismo, sino pensar en los demás. Justamente así es usted, ¿verdad?».

Su señoría quedó tan estupefacto al verse presentado con colores tan agradables que no supo exactamente qué decir. Sintió que necesitaba tiempo para reflexionar. Ver cada uno de sus feos y egoístas motivos transformado en uno bueno y generoso por la sencillez de un niño era una experiencia singular.

Fauntleroy siguió, mirándolo todavía con ojos de admiración, ¡esos ojos grandes, claros e inocentes!

«Usted hace felices a tantas personas», dijo. «Están Michael y Bridget y sus diez hijos, y la vendedora de manzanas, y Dick, y el señor Hobbs, y el señor Higgins y la señora Higgins y sus hijos, y el señor Mordaunt (porque claro que él se alegró), y Querida y yo, por lo del poni y todas las otras cosas. ¿Sabe?, lo he contado con los dedos y en la cabeza, y son veintisiete las personas con las que usted ha sido bueno. Son muchas, ¡veintisiete!».

«¿Y yo fui la persona que fue buena con ellos? ¿De veras?», dijo el conde.

«Pues sí, ya ve», respondió Fauntleroy. «Usted los hizo felices a todos. ¿Sabe?», con cierta delicada vacilación, «a veces la gente se equi-

voca con los condes cuando no los conoce. El señor Hobbs se equivocaba. Voy a escribirle y a contarle esto».

«¿Cuál era la opinión del señor Hobbs sobre los condes?», preguntó su señoría.

«Bueno, mire, la dificultad era», replicó su joven compañero, «que no conocía a ninguno, y solo había leído de ellos en los libros. Pensaba (no se moleste por esto) que eran tiranos sanguinarios, y decía que no los quería rondando por su almacén. Pero si lo hubiera conocido a *usted*, estoy seguro de que habría pensado muy distinto. Voy a hablarle de usted».

«¿Qué le dirás?».

«Le diré», dijo Fauntleroy, radiante de entusiasmo, «que usted es el hombre más bondadoso de quien he oído hablar. Y que siempre piensa en los demás y los hace felices y... y espero que cuando yo crezca sea igual que usted».

«¡Igual que yo!», repitió su señoría, mirando la carita encendida. Y un rojo apagado le subió por la piel marchita, y de pronto apartó los ojos y miró por la ventanilla del carruaje las grandes hayas con el sol brillando en sus hojas lustrosas de un rojo pardo.

«*Igual* que usted», dijo Fauntleroy, añadiendo con modestia: «si puedo. Quizás no soy lo bastante bueno, pero voy a intentarlo».

El carruaje siguió rodando por la majestuosa avenida, bajo los hermosos árboles de anchas ramas, por espacios de sombra verde y senderos de luz dorada. Fauntleroy volvió a ver los lugares encantadores donde los helechos crecían altos y las campanillas azules se mecían con la brisa; vio los ciervos, de pie o echados en la hierba espesa, volver sus grandes ojos asustados al paso del carruaje, y alcanzó a ver a los conejos pardos que huían corriendo. Oyó el aleteo de las perdices y los llamados y cantos de los pájaros, y todo le pareció aún más hermoso que antes. Tenía el corazón lleno de placer y felicidad por la belleza que había por todos lados. Pero el viejo conde veía y oía cosas muy distintas, aunque en apariencia también miraba hacia fuera. Veía una

larga vida en que no había habido ni acciones generosas ni pensamientos bondadosos; veía años en que un hombre que había sido joven, fuerte, rico y poderoso había usado su juventud, su fuerza, su riqueza y su poder solo para darse gusto y matar el tiempo mientras se sucedían los días y los años; veía a ese hombre, cuando ya había matado el tiempo y había llegado la vejez, solitario y sin amigos verdaderos en medio de toda su espléndida riqueza; veía a personas que lo detestaban o le temían, y a personas que lo adulaban y se encogían ante él, pero a nadie a quien realmente le importara si vivía o moría, a menos que tuviera algo que ganar o perder con ello. Miró las anchas tierras que le pertenecían y supo lo que Fauntleroy no sabía: hasta dónde se extendían, qué riqueza representaban y cuánta gente tenía su hogar en ese suelo. Y supo también (otra cosa que Fauntleroy no sabía) que en todos esos hogares, humildes o acomodados, probablemente no había una sola persona que, por mucho que envidiara la riqueza, el nombre ilustre y el poder, y por muy dispuesta que hubiera estado a poseerlos, pensara ni por un instante en llamar «bueno» al noble dueño, o en desear, como este niño de alma sencilla, parecerse a él.

Y no era exactamente agradable pensar en ello, ni siquiera para un anciano cínico y mundano, que se había bastado a sí mismo durante setenta años y que nunca se había dignado preocuparse por la opinión que el mundo tuviera de él mientras no estorbara su comodidad ni su diversión. Y lo cierto era, en verdad, que nunca antes se había rebajado a reflexionar sobre ello; y solo lo hacía ahora porque un niño lo había creído mejor de lo que era y, al querer seguir sus ilustres pasos e imitar su ejemplo, le había sugerido la curiosa pregunta de si era exactamente la persona a quien tomar por modelo.

Fauntleroy pensó que al conde debía de dolerle el pie, tanto fruncía las cejas mientras miraba el parque; y pensando esto, el considerado pequeño trató de no molestarlo y disfrutó en silencio de los árboles, los helechos y los ciervos.

Pero por fin el carruaje, tras pasar las puertas y rodar un corto tre-

cho por los caminos verdes, se detuvo. Habían llegado a Court Lodge; y Fauntleroy estaba en el suelo casi antes de que el gran lacayo tuviera tiempo de abrir la portezuela.

El conde despertó de su ensimismamiento con un sobresalto.

«¡Cómo!», dijo. «¿Ya llegamos?».

«Sí», dijo Fauntleroy. «Deje que le dé su bastón. Apóyese en mí cuando baje».

«No voy a bajar», replicó su señoría con brusquedad.

«¿No... no va a ver a Querida?», exclamó Fauntleroy con cara de asombro.

«"Querida" me disculpará», dijo el conde con sequedad. «Ve donde ella y dile que ni un poni nuevo te mantendría lejos».

«Se va a desilusionar», dijo Fauntleroy. «Tendrá muchas ganas de verlo».

«Me temo que no», fue la respuesta. «El carruaje pasará a buscarte a la vuelta. Dile a Jeffries que siga, Thomas».

Thomas cerró la portezuela; y, tras una mirada perpleja, Fauntleroy corrió por el camino de entrada. El conde tuvo la oportunidad, como la había tenido el señor Havisham, de ver un par de piernecitas hermosas y fuertes volar sobre el suelo con asombrosa rapidez. Evidentemente su dueño no tenía intención de perder tiempo. El carruaje se alejó lentamente, pero su señoría no se recostó de inmediato; siguió mirando hacia fuera. Por un claro entre los árboles pudo ver la puerta de la casa; estaba abierta de par en par. La figurita subió corriendo los escalones; otra figura (también pequeña, delgada y joven, con su vestido negro) corrió a su encuentro. Parecía que volaban una hacia la otra, mientras Fauntleroy saltaba a los brazos de su madre, colgándose de su cuello y cubriendo de besos su dulce rostro joven.

Capítulo VII

El domingo siguiente por la mañana, el señor Mordaunt tuvo una numerosa concurrencia. En verdad, apenas recordaba algún domingo en que la iglesia hubiera estado tan llena. Aparecieron personas que rara vez le hacían el honor de venir a oír sus sermones.

Había incluso gente de Hazelton, que era la parroquia vecina. Había fornidos agricultores curtidos por el sol, esposas rollizas y bonachonas de mejillas como manzanas con sus mejores sombreros y sus chales más vistosos, y media docena de niños, más o menos, por familia. Estaba la esposa del médico con sus cuatro hijas. La señora Kimsey y el señor Kimsey, que tenían la botica y hacían píldoras y preparaban polvos para todos en diez millas a la redonda, se sentaron en su banco; la señora Dibble, en el suyo; la señorita Smiff, la modista del pueblo, y su amiga la señorita Perkins, la sombrerera, en el de ellas; estaban el ayudante del médico y el aprendiz del boticario; en fin, casi todas las familias del condado estaban representadas, de un modo u otro.

En el curso de la semana anterior se habían contado muchas historias maravillosas sobre el pequeño Lord Fauntleroy. La señora Dibble había estado tan ocupada atendiendo a los clientes que entraban a comprar un penique de agujas o medio de cinta y a oír lo que ella tenía que contar, que la campanilla de la tiendita sobre la puerta casi se había muerto de tanto tintinear con el ir y venir. La señora Dibble sabía exactamente cómo habían amoblado las habitaciones de su pequeña señoría, qué juguetes caros se habían comprado, cómo lo esperaba un hermoso poni pardo, con un mozo de cuadra pequeño para atenderlo y un pequeño coche de dos ruedas con arreos montados en plata. Y también podía contar lo que habían dicho todos los criados cuando vislumbraron al niño la noche de su llegada; y cómo todas las mujeres de

abajo habían dicho que era una vergüenza, vaya que sí, separar al pobre y lindo querubín de su madre; y todas habían declarado que se les subió el corazón a la boca cuando entró solo a la biblioteca a ver a su abuelo, porque «quién sabe cómo lo trataría, y el genio de su señoría bastaba para turbar a gente con la cabeza bien puesta, cuanto más a un niño».

«Pero si me cree, señora Jennifer», había dicho la señora Dibble, «ese niño no conoce el miedo, eso mismo dice el señor Thomas; y se sentó y sonrió, y le habló a su señoría como si fueran amigos desde la primera hora. Y el conde tan desconcertado, dice el señor Thomas, que no podía hacer otra cosa que escuchar y mirar por debajo de las cejas. Y es opinión del señor Thomas, señora Bates, que por malo que sea, estaba contento en su fuero interno, y orgulloso también; porque un niño más lindo, o con mejores modales, aunque tan a la antigua, dice el señor Thomas que no se puede pedir».

Y luego había llegado la historia de Higgins. El reverendo señor Mordaunt la había contado en su propia mesa, y los criados que la oyeron la habían contado en la cocina, y de allí se había extendido como reguero de pólvora.

Y el día de mercado, cuando Higgins apareció en el pueblo, lo habían interrogado por todos lados, y también a Newick, que en respuesta había mostrado a dos o tres personas la nota firmada «Fauntleroy».

Así que las esposas de los agricultores habían encontrado mucho de qué hablar a la hora del té y en sus compras, y habían hecho plena justicia al tema y le habían sacado todo el provecho. Y el domingo habían ido a la iglesia a pie o las habían llevado en calesa sus maridos, quienes quizás sentían ellos mismos un poquito de curiosidad por el nuevo pequeño lord que con el tiempo sería dueño de la tierra.

No era en absoluto costumbre del conde asistir a la iglesia, pero decidió aparecer este primer domingo: era su capricho presentarse en el enorme banco de la familia, con Fauntleroy a su lado.

Había muchos ociosos en el cementerio y muchos rezagados en el

sendero esa mañana. Había grupos en las puertas y en el pórtico, y se había discutido mucho si su señoría aparecería de verdad o no. Cuando la discusión estaba en su punto más alto, una buena mujer soltó de pronto una exclamación.

«¡Ay!», dijo, «esa debe de ser la madre, qué joven tan linda». Todos los que oyeron se volvieron y miraron la figura delgada de negro que subía por el sendero. El velo estaba echado hacia atrás y podían ver lo hermoso y dulce que era su rostro, y cómo el pelo brillante se rizaba tan suave como el de una niña bajo la pequeña cofia de viuda.

Ella no pensaba en la gente que la rodeaba; pensaba en Cedric, en sus visitas, y en su alegría por su nuevo poni, en el que había llegado hasta su puerta el día anterior, muy derecho y con aire orgulloso y feliz. Pero pronto no pudo dejar de notar que la miraban y que su llegada había causado cierta sensación. Lo notó primero porque una anciana de capa roja le hizo una rápida reverencia, y luego otra hizo lo mismo y dijo: «¡Dios la bendiga, señora!», y un hombre tras otro se quitó el sombrero a su paso. Por un momento no comprendió, y luego se dio cuenta de que lo hacían porque era la madre del pequeño Lord Fauntleroy, y se ruborizó con timidez y sonrió y también saludó, y dijo «Gracias», con voz suave, a la anciana que la había bendecido. Para quien siempre había vivido en una ajetreada y populosa ciudad americana, esta sencilla deferencia era muy nueva y al principio un poquito incómoda; pero, a fin de cuentas, no pudo dejar de agradarle y conmoverla la afectuosa cordialidad de la que parecía hablar. Apenas había cruzado el pórtico de piedra hacia la iglesia cuando ocurrió el gran acontecimiento del día. El carruaje del castillo, con sus hermosos caballos y sus altos criados de librea, dobló la esquina y bajó por el sendero verde.

«¡Ahí vienen!», pasó de un curioso a otro.

Y entonces el carruaje se detuvo, y Thomas bajó y abrió la portezuela, y un niño pequeño, vestido de terciopelo negro y con una espléndida mata de pelo ondulado y brillante, saltó afuera.

Todos, hombres, mujeres y niños, lo miraron con curiosidad.

«¡Es el capitán otra vez!», decían los espectadores que recordaban a su padre. «¡Es el mismísimo capitán, idéntico!».

Se quedó allí, bajo el sol, mirando al conde mientras Thomas lo ayudaba a bajar, con el interés más afectuoso que pueda imaginarse. En cuanto pudo, le tendió la mano y le ofreció el hombro como si tuviera dos metros de alto. Era evidente para todos que, fuera como fuera con otras personas, el conde de Dorincourt no infundía terror alguno en el pecho de su nieto.

«Apóyese en mí», lo oyeron decir. «¡Qué contenta está la gente de verlo, y qué bien parece conocerlo!».

«Quítate la gorra, Fauntleroy», dijo el conde. «Te están saludando».

«¡A mí!», exclamó Fauntleroy, quitándose la gorra de inmediato, dejando la cabeza brillante al descubierto ante la multitud y volviendo hacia ellos ojos relucientes y desconcertados mientras trataba de saludar a todos a la vez.

«¡Dios bendiga a su señoría!», dijo la anciana de capa roja, que hacía reverencias y que había hablado a su madre; «¡que viva muchos años!».

«Gracias, señora», dijo Fauntleroy. Y luego entraron en la iglesia, donde los miraron mientras avanzaban por la nave hacia el banco cuadrado, con cojines rojos y cortinas. Cuando Fauntleroy estuvo bien sentado, hizo dos descubrimientos que le gustaron: el primero, que al otro lado de la iglesia, donde podía mirarla, su madre estaba sentada y le sonreía; el segundo, que en un extremo del banco, contra la pared, estaban de rodillas dos extrañas figuras talladas en piedra, una frente a la otra, a cada lado de un pilar que sostenía dos misales de piedra, con las manos puntiagudas juntas como en oración y los trajes muy antiguos y raros. En la lápida que había junto a ellas estaba escrito algo de lo que solo pudo leer las curiosas palabras:

«Aquí yaze el cuerpo de Gregorio Arthuro primer Conde de Dorincourt. Assimesmo de Alison Hildegarda su muger».

«¿Puedo susurrar?», preguntó su señoría, devorado por la curiosidad.

«¿Qué pasa?», dijo su abuelo.

«¿Quiénes son?».

«Algunos de tus antepasados», respondió el conde, «que vivieron hace unos cientos de años».

«Quizás», dijo Lord Fauntleroy, mirándolos con respeto, «quizás de ellos saqué mi ortografía». Y luego se puso a buscar su lugar en el oficio. Cuando empezó la música, se puso de pie y miró hacia su madre, sonriendo. Le gustaba mucho la música, y su madre y él cantaban a menudo juntos, así que se unió a los demás, y su voz pura, dulce y aguda se elevó tan clara como el canto de un pájaro. Se olvidó por completo de sí mismo en su placer. El conde también se olvidó un poco de sí mismo, sentado en su rincón protegido por la cortina, mientras miraba al niño. Cedric estaba de pie con el gran libro de salmos abierto en las manos, cantando con todas sus fuerzas de niño, el rostro algo levantado, feliz; y mientras cantaba, un largo rayo de sol se coló y, inclinándose a través de un cristal dorado de un vitral, iluminó el pelo que le caía alrededor de su cabeza joven. Su madre, al mirarlo desde el otro lado de la iglesia, sintió un estremecimiento que le pasaba por el corazón, y una oración se elevó también en él: una oración para que la felicidad pura y sencilla de su alma de niño durara, y para que la extraña y gran fortuna que le había caído en suerte no trajera consigo ningún mal ni daño. Había muchos pensamientos dulces y ansiosos en su tierno corazón en esos días nuevos.

«¡Ay, Ceddie!», le había dicho la noche anterior, inclinada sobre él para darle las buenas noches, antes de que se fuera; «¡ay, Ceddie querido, ojalá por tu bien yo fuera muy inteligente y pudiera decirte muchas cosas sabias! Pero solo sé bueno, querido, solo sé valiente, sé siempre amable y sincero, y entonces nunca harás daño a nadie mientras vivas, y quizás ayudes a muchos, y el gran mundo quizás sea mejor porque nació mi niñito. Y eso es lo mejor de todo, Ceddie, es mejor

que todo lo demás, que el mundo sea un poco mejor porque un hombre ha vivido, aunque sea apenas un poquito mejor, querido».

Y a su regreso al castillo, Fauntleroy había repetido sus palabras a su abuelo.

«Y pensé en usted cuando ella dijo eso», terminó; «y le dije que así era el mundo porque usted había vivido, y que yo iba a tratar de ser como usted».

«¿Y qué dijo ella a eso?», preguntó su señoría, con cierta inquietud.

«Dijo que estaba bien, y que siempre debemos buscar lo bueno en la gente y tratar de parecernos a eso».

Quizás esto fue lo que el anciano recordó al mirar por entre los pliegues separados de la cortina roja de su banco. Muchas veces miró por encima de las cabezas de la gente hacia donde estaba sentada, sola, la esposa de su hijo, y vio el rostro hermoso que el difunto no perdonado había amado, y los ojos que eran tan parecidos a los del niño que tenía a su lado; pero cuáles eran sus pensamientos, y si eran duros y amargos o si se habían ablandado un poco, habría sido difícil descubrirlo.

Al salir de la iglesia, muchos de los que habían asistido al oficio esperaban de pie para verlos pasar. Cuando se acercaban a la verja, un hombre que estaba con el sombrero en la mano dio un paso adelante y luego vaciló. Era un agricultor de mediana edad, de rostro cansado de preocupaciones.

«Bueno, Higgins», dijo el conde.

Fauntleroy se volvió rápidamente a mirarlo.

«¡Ah!», exclamó, «¿es el señor Higgins?».

«Sí», respondió el conde con sequedad; «y supongo que vino a echar un vistazo a su nuevo propietario».

«Sí, milord», dijo el hombre, enrojeciendo su rostro curtido por el sol. «El señor Newick me dijo que su joven señoría tuvo la bondad de interceder por mí, y pensé que me gustaría decirle una palabra de agradecimiento, si se me permite».

Quizás sintió algo de asombro al ver qué niño tan pequeño era el que sin querer había hecho tanto por él, y que se quedaba allí mirando hacia arriba como lo habría hecho uno de sus propios hijos menos afortunados, al parecer sin darse cuenta en lo más mínimo de su propia importancia.

«Tengo mucho que agradecerle a su señoría», dijo; «muchísimo. Yo...».

«Ah», dijo Fauntleroy; «yo solo escribí la carta. Fue mi abuelo quien lo hizo. Pero ya sabe cómo es él, que siempre es bueno con todos. ¿La señora Higgins está bien ahora?».

Higgins pareció algo desconcertado. También se sobresaltó un poco al oír presentar a su noble propietario con el carácter de un ser benévolo, lleno de cualidades encantadoras.

«Yo... bueno, sí, su señoría», balbuceó, «mi señora está mejor desde que se le quitó la preocupación de la cabeza. Era la inquietud lo que la tenía postrada».

«Me alegro», dijo Fauntleroy. «A mi abuelo le dolió mucho que sus hijos tuvieran escarlatina, y a mí también. Él mismo ha tenido hijos. Yo soy el hijito de su hijo, ¿sabe?».

Higgins estaba a punto de entrar en pánico. Sintió que sería más seguro y discreto no mirar al conde, pues era bien sabido que su cariño paternal por sus hijos había sido tal que los veía unas dos veces al año y que, cuando estaban enfermos, partía de inmediato a Londres para que no lo aburrieran con médicos y enfermeras. Era, por lo tanto, algo duro para los nervios de su señoría que le dijeran, estando él presente, con los ojos brillando bajo las espesas cejas, que sentía interés por la escarlatina.

«Ya ve, Higgins», intervino el conde con una fina sonrisa severa, «ustedes se han equivocado conmigo. Lord Fauntleroy me entiende. Cuando quieran información fidedigna sobre mi carácter, acudan a él. Sube al carruaje, Fauntleroy».

Y Fauntleroy saltó adentro, y el carruaje se alejó rodando por el

sendero verde, y aun cuando dobló la esquina hacia el camino real, el conde seguía sonriendo con severidad.

Capítulo VIII

Lord Dorincourt tuvo ocasión de llevar su sonrisa severa muchas veces a medida que pasaban los días. En verdad, a medida que progresaba su trato con su nieto, llevaba la sonrisa tan a menudo que hubo momentos en que casi perdió lo severa. No se puede negar que, antes de que Lord Fauntleroy apareciera en escena, el anciano se había ido cansando mucho de su soledad, de su gota y de sus setenta años. Después de una vida tan larga de emociones y entretenciones, no era agradable sentarse solo, aun en la sala más espléndida, con un pie en el taburete de la gota y sin otra diversión que ponerse furioso y gritarle a un lacayo asustado que detestaba verlo. El viejo conde era un hombre demasiado inteligente para no saber perfectamente que sus criados lo detestaban, y que, aunque tuviera visitas, no venían por cariño a él, si bien algunos encontraban una especie de diversión en su conversación afilada y sarcástica, que no perdonaba a nadie. Mientras había estado fuerte y sano, había ido de un lugar a otro, fingiendo divertirse, aunque en realidad no lo disfrutaba; y cuando su salud empezó a fallar, se sintió cansado de todo y se encerró en Dorincourt, con su gota, sus periódicos y sus libros. Pero no podía leer todo el tiempo, y se «aburría» cada vez más, como él decía. Odiaba las largas noches y los largos días, y se ponía cada vez más salvaje e irritable. Y entonces llegó Fauntleroy; y cuando el conde lo vio, por fortuna para el pequeño, el orgullo secreto del abuelo quedó satisfecho desde el principio. Si Cedric hubiera sido un niño menos hermoso, el anciano podría haberle tomado una antipatía tan fuerte que no se habría dado la oportunidad de ver las mejores cualidades de su nieto. Pero prefirió pensar que la belleza y el espíritu intrépido de Cedric eran fruto de la sangre de Dorincourt y un honor para el rango de Dorincourt. Y luego, cuando oyó hablar al muchacho y vio qué niño tan bien educado era, a pesar de su ignorancia infantil

de todo lo que significaba su nueva posición, el viejo conde apreció más a su nieto y hasta empezó a encontrarse bastante entretenido. Le había divertido poner en esas manos infantiles el poder de hacer un favor al pobre Higgins. A su señoría no le importaba nada el pobre Higgins, pero le agradaba un poco pensar que su nieto sería comentado por la gente del campo y que empezaría a ser popular entre los arrendatarios aun en su niñez. Luego le había satisfecho ir a la iglesia en coche con Cedric y ver la emoción y el interés que causaba su llegada. Sabía cómo hablaría la gente de la belleza del pequeño; de su cuerpo hermoso, fuerte y recto; de su porte erguido, su rostro apuesto y su pelo brillante, y cómo dirían (como el conde había oído exclamar a una mujer a otra) que el muchacho era «un lord de pies a cabeza». Su señoría de Dorincourt era un anciano arrogante, orgulloso de su nombre, orgulloso de su rango, y por lo tanto orgulloso de mostrarle al mundo que por fin la casa de Dorincourt tenía un heredero digno del puesto que iba a ocupar.

La mañana en que se probó el poni nuevo, el conde se había alegrado tanto que casi había olvidado su gota. Cuando el mozo de cuadra sacó a la hermosa criatura, que arqueaba su cuello pardo y lustroso y sacudía su fina cabeza al sol, el conde se había sentado a la ventana abierta de la biblioteca y había mirado mientras Fauntleroy tomaba su primera lección de equitación. Se preguntaba si el muchacho mostraría señales de timidez. No era un poni muy pequeño, y había visto a menudo a niños perder el valor en su primer intento de montar.

Fauntleroy montó con gran alegría. Nunca había estado sobre un poni, y estaba del mejor ánimo. Wilkins, el mozo de cuadra, llevaba al animal de la brida de un lado a otro ante la ventana de la biblioteca.

«Es de los de coraje, ese niño», comentó Wilkins después en la caballeriza, con muchas sonrisas. «No costó na' subirlo a *él*. Y un viejo no se habría sentado más derecho una vez que estuvo arriba. Me dice, me dice a mí: “Wilkins”, me dice, “¿voy sentado derecho? En el circo se sientan derechos”, me dice. Y yo le digo: “¡Derecho como una flecha,

su señoría!". Y se ríe, tan contento, y me dice: "Está bien", me dice, "dígame si no voy derecho, Wilkins"».

Pero sentarse derecho y ser llevado al paso no era del todo ni completamente satisfactorio. Después de unos minutos, Fauntleroy le habló a su abuelo, que lo observaba desde la ventana:

«¿No puedo ir solo?», preguntó; «¿y no puedo ir más rápido? ¡El niño de la Quinta Avenida trotaba y galopaba!».

«¿Crees que podrías trotar y galopar?», dijo el conde.

«Me gustaría probar», respondió Fauntleroy.

Su señoría le hizo una seña a Wilkins, quien, a la señal, trajo su propio caballo, lo montó y tomó el poni de Fauntleroy por la rienda de mano.

«Ahora», dijo el conde, «que trote».

Los minutos siguientes fueron bastante emocionantes para el pequeño jinete. Descubrió que trotar no era tan fácil como andar al paso, y cuanto más rápido trotaba el poni, menos fácil era.

«Sa-sacude mu-mucho, ¿no-no es cierto?», le dijo a Wilkins. «¿Le sa-sacude a u-usted?».

«No, milord», respondió Wilkins. «Se acostumbrará con el tiempo. Álcese sobre los estribos».

«Me-me estoy alzando todo el rato», dijo Fauntleroy.

Se alzaba y caía de manera bastante incómoda y con muchas sacudidas y rebotes. Estaba sin aliento y se le puso la cara roja, pero se agarraba con todas sus fuerzas y se sentaba tan derecho como podía. El conde podía verlo desde su ventana. Cuando los jinetes volvieron a estar al alcance de la voz, después de haber estado ocultos por los árboles unos minutos, Fauntleroy había perdido el sombrero, tenía las mejillas como amapolas y los labios apretados, pero aún trotaba con hombría.

«¡Deténganse un momento!», dijo su abuelo. «¿Dónde está tu sombrero?».

Wilkins se tocó el suyo. «Se le cayó, su señoría», dijo, con evidente

gusto. «No me dejó parar a recogerlo, milord».

«No tiene mucho miedo, ¿verdad?», preguntó el conde con sequedad.

«¿Él, su señoría?», exclamó Wilkins. «No creo que sepa lo que es eso. He enseñado a montar a jovencitos antes, y nunca vi a ninguno agarrarse con más decisión».

«¿Cansado?», dijo el conde a Fauntleroy. «¿Quieres bajar?».

«Sacude más de lo que uno cree», admitió con franqueza su joven señoría. «Y también cansa un poco; pero no quiero bajar. Quiero aprender. En cuanto recupere el aliento quiero volver a buscar el sombrero».

La persona más inteligente del mundo, si hubiera emprendido enseñar a Fauntleroy cómo agradar al anciano que lo miraba, no podría haberle enseñado nada que tuviera mejor éxito. Cuando el poni volvió a alejarse al trote hacia la avenida, un leve color subió al rostro fiero del anciano, y los ojos, bajo las espesas cejas, brillaron con un placer que su señoría apenas esperaba volver a conocer. Y se sentó a mirar con bastante ansiedad hasta que volvió el ruido de los cascos. Cuando por fin llegaron, después de un buen rato, venían a más velocidad. Fauntleroy seguía sin sombrero; Wilkins se lo traía; sus mejillas estaban más rojas que antes y el pelo le volaba alrededor de las orejas, pero venía a un galope bastante ligero.

«¡Ya está!», jadeó cuando se detuvieron, «ga-galopé. No lo hice tan bien como el niño de la Quinta Avenida, pero lo hice, ¡y me quedé arriba!».

Él, Wilkins y el poni fueron grandes amigos después de eso. Casi no pasaba un día sin que la gente del campo los viera salir juntos, galopando alegremente por el camino real o por los caminos verdes. Los niños de las casitas corrían a la puerta a mirar al orgulloso poni pardo con la gallarda figurita sentada tan derecha en la silla, y el joven lord se quitaba la gorra de un tirón y la agitaba hacia ellos, y gritaba: «¡Hola! ¡Buenos días!», de una manera muy poco señorial, aunque con gran

cordialidad. A veces se detenía a conversar con los niños, y una vez Wilkins volvió al castillo con la historia de cómo Fauntleroy se había empeñado en desmontar cerca de la escuela del pueblo para que un muchacho cojo y cansado volviera a su casa en el poni.

«Que me caiga un rayo», dijo Wilkins, al contar la historia en las caballerizas, «¡que me caiga un rayo si quiso oír de otra cosa! No me dejó bajar, porque dijo que el muchacho quizás no se sentiría cómodo en un caballo grande. Y me dice: "Wilkins", me dice, "ese muchacho está cojo y yo no, y yo también quiero conversar con él". Y el muchacho tuvo que subir, y milord anda a su lado con las manos en los bolsillos y la gorra en la nuca, ¡silbando y conversando tan tranquilo! Y cuando llegamos a la casita, y la madre del muchacho salió muy alterada a ver qué pasaba, él se saca la gorra y le dice: "Le he traído a su hijo, señora", le dice, "porque le dolía la pierna, y no creo que ese palo le baste para apoyarse; y voy a pedirle a mi abuelo que le hagan un par de muletas". ¡Que me caiga un rayo si la mujer no quedó de una pieza, como era de esperar! Yo creí que iba a reventar, yo mismo».

Cuando el conde oyó la historia no se enojó, como Wilkins había temido a medias que ocurriera; al contrario, se rio a carcajadas, y llamó a Fauntleroy, y le hizo contar todo el asunto de principio a fin, y luego volvió a reír. Y de hecho, unos días después, el carruaje de Dorincourt se detuvo en el sendero verde ante la casita donde vivía el muchacho cojo, y Fauntleroy saltó afuera y caminó hasta la puerta llevando un par de muletas nuevas, fuertes y ligeras, al hombro como un fusil, y se las presentó a la señora Hartle (el muchacho cojo se llamaba Hartle) con estas palabras: «Los saludos de mi abuelo, y por favor, estas son para su hijo, y esperamos que se mejore».

«Le dije sus saludos», le explicó al conde cuando volvió al carruaje. «Usted no me dijo que lo hiciera, pero pensé que quizás se había olvidado. Estuvo bien, ¿verdad?».

Y el conde volvió a reír y no dijo que no. De hecho, los dos se hacían más íntimos cada día, y cada día crecía la fe de Fauntleroy en la

benevolencia y la virtud de su señoría. No tenía ninguna duda de que su abuelo era el más amable y generoso de los caballeros ancianos. Ciertamente, él veía cumplidos sus deseos casi antes de expresarlos; y le prodigaban tales regalos y placeres que a veces casi se desconcertaba con sus propias posesiones. Al parecer, iba a tener todo lo que quisiera y a hacer todo lo que deseara. Y aunque este ciertamente no habría sido un plan muy sabio con todos los niños pequeños, su joven señoría lo soportó asombrosamente bien. Quizás, a pesar de su dulce naturaleza, se habría echado a perder algo por ello, de no ser por las horas que pasaba con su madre en Court Lodge. Esa «mejor amiga» suya lo vigilaba siempre con ternura. Los dos tenían largas conversaciones, y nunca volvía al castillo con sus besos en las mejillas sin llevar en el corazón algunas palabras sencillas y puras que valía la pena recordar.

Había una cosa, es cierto, que intrigaba mucho al pequeño. Pensaba en el misterio de ello mucho más a menudo de lo que nadie suponía; ni siquiera su madre sabía cuántas veces cavilaba sobre ello; el conde durante mucho tiempo nunca sospechó que lo hiciera. Pero, siendo rápido para observar, el niño no podía dejar de preguntarse por qué su madre y su abuelo nunca parecían encontrarse. Había notado que nunca se encontraban. Cuando el carruaje de Dorincourt se detenía en Court Lodge, el conde nunca bajaba, y en las raras ocasiones en que su señoría iba a la iglesia, Fauntleroy siempre quedaba solo para hablar con su madre en el pórtico, o quizás para volver a casa con ella. Y sin embargo, todos los días se enviaban frutas y flores a Court Lodge desde los invernaderos del castillo. Pero la única acción virtuosa del conde que lo había puesto en la cumbre de la perfección a los ojos de Cedric fue lo que hizo poco después de aquel primer domingo en que la señora Errol volvió a casa a pie de la iglesia sin compañía. Una semana después, más o menos, cuando Cedric iba un día a visitar a su madre, encontró en la puerta, en lugar del gran carruaje y la pareja de caballos briosos, un lindo cupé pequeño y un hermoso caballo bayo.

«Eso es un regalo tuyo para tu madre», dijo el conde bruscamente. «Ella no puede andar a pie por el campo. Necesita un carruaje. El hombre que lo conduce se hará cargo de él. Es un regalo de *tu* parte».

La alegría de Fauntleroy apenas pudo expresarse. Casi no podía contenerse hasta llegar a la casa. Su madre estaba cortando rosas en el jardín. Se lanzó fuera del pequeño cupé y voló hacia ella.

«¡Querida!», gritó, «¿puedes creerlo? ¡Esto es tuyo! Él dice que es un regalo mío. ¡Es tu propio carruaje para ir a todas partes!».

Estaba tan feliz que ella no supo qué decir. No habría soportado estropear su placer negándose a aceptar el regalo, aunque viniera del hombre que se empeñaba en considerarse su enemigo. Tuvo que subir al carruaje, con rosas y todo, y dejarse llevar de paseo, mientras Fauntleroy le contaba historias de la bondad y amabilidad de su abuelo. Eran historias tan inocentes que a veces no podía evitar reírse un poco, y entonces atraía a su niño más a su lado y lo besaba, contenta de que solo pudiera ver el bien en el anciano, que tenía tan pocos amigos.

Al día siguiente mismo, Fauntleroy le escribió al señor Hobbs. Escribió una carta bastante larga, y una vez escrita la primera copia, se la llevó a su abuelo para que la revisara.

«Porque», dijo, «es tan incierto lo de la ortografía. Y si usted me dice los errores, la escribiré de nuevo».

Esto era lo que había escrito:

«Mi querido sr hobbs quiero contarle de mi abuelito el es el mejor conde que usted aya conocido es un error lo de que los condes son tiranos el no es tirano para nada ojala usted lo conociera serian buenos amigos estoy seguro tiene gota en el pie y es un gran sufridor pero es tan pasiente lo quiero mas cada dia porque nadie podria dejar de querer a un conde asi que es bueno con todos en este mundo ojala pudiera hablar con el sabe todo del mundo se le puede preguntar cualquier cosa pero nunca a jugado beisbol me a regalado un poni y un carro y a mi mama un bonito cariaje y tengo tres piesas y juguetes de todas

clases lo sorprenderia le gustaria el castillo y el parque es un castiyo tan grande que uno se podria perder me dice wilkins wilkins es mi cavallerizo dice que hay un calavozo bajo el castillo es muy lindo todo en el parque lo sorprenderia hay arboles tan grandes y hay ciervos y conejos y caza volando en la maleza mi abuelito es muy rico pero no es orgulloso y altanero como usted pensaba que eran siempre los condes me gusta estar con el la gente es tan educada y amable se sacan el sombrero ante uno y las mujeres hacen reberencias y a veces dicen dios lo bendiga ya se montar pero al prinsipio me sacudia cuando trotaba mi abuelito dejo a un pobre quedarse en su granja cuando no podia pagar el arriendo y la sra mellon fue a llevar vino y cosas a sus hijos enfermos me gustaria verlo y ojala querida pudiera vivir en el castillo pero soy muy feliz cuando no la extraño demasiado y quiero a mi abuelito todos lo quieren por fabor escriba pronto

«su afetuoso viejo amigo

«Cedric Errol

«p d nadie esta en el calavozo mi abuelito nunca a tenido a nadie languidesiendo ahí.

«p d es tan buen conde que me recuerda a usted es un favorito unibersal».

«¿Extrañas mucho a tu madre?», preguntó el conde cuando terminó de leer esto.

«Sí», dijo Fauntleroy, «la extraño todo el tiempo».

Fue y se paró ante el conde y puso la mano en su rodilla, mirándolo hacia arriba.

«*Usted* no la extraña, ¿verdad?», dijo.

«No la conozco», respondió su señoría con bastante aspereza.

«Eso lo sé», dijo Fauntleroy, «y por eso me pregunto. Ella me dijo que no le hiciera preguntas, y... y no las haré, pero a veces no puedo dejar de pensar, ¿sabe?, y me deja todo confundido. Pero no voy a hacer preguntas. Y cuando la extraño mucho, voy y miro por mi ventana hacia donde veo brillar su luz para mí todas las noches, a través de un

claro entre los árboles. Está muy lejos, pero ella la pone en su ventana apenas oscurece, y puedo verla titilar a lo lejos, y sé lo que dice».

«¿Qué dice?», preguntó su señoría.

«Dice: "¡Buenas noches, que Dios te guarde toda la noche!", justo lo que solía decirme cuando estábamos juntos. Todas las noches me decía eso, y todas las mañanas me decía: "¡Que Dios te bendiga todo el día!". Así que ya ve que estoy bien seguro todo el tiempo...».

«Bien seguro, no lo dudo», dijo su señoría con sequedad. Y bajó las cejas pobladas y miró al niño tan fijamente y por tanto rato que Fauntleroy se preguntó en qué estaría pensando.

Capítulo IX

El hecho era que su señoría el conde de Dorincourt pensaba en aquellos días en muchas cosas en las que nunca antes había pensado, y todos sus pensamientos estaban unidos, de un modo u otro, a su nieto. Su orgullo era lo más fuerte de su carácter, y el niño lo satisfacía en todo. Por medio de ese orgullo empezó a encontrar un interés nuevo en la vida. Empezó a gozar mostrando a su heredero al mundo. El mundo conocía su desengaño con sus hijos, de modo que había un agradable toque de triunfo en exhibir a este nuevo Lord Fauntleroy, que no podía decepcionar a nadie. Quería que el niño comprendiera su poder y entendiera el esplendor de su posición; quería que los demás también lo vieran. Hacía planes para su futuro.

A veces, en secreto, se sorprendía deseando que su vida pasada hubiera sido mejor, y que hubiera en ella menos cosas de las que este corazón puro e infantil se apartaría con horror si conociera la verdad. No era agradable pensar cómo se vería aquel rostro hermoso e inocente si su dueño llegara a enterarse, por cualquier casualidad, de que su abuelo había sido llamado durante muchos años «el malvado conde de Dorincourt». Aquella idea hasta lo ponía un poco nervioso. No quería que el niño lo descubriera. A veces, en medio de este nuevo interés, se olvidaba de su gota, y al cabo de un tiempo su médico se sorprendió al ver que la salud de su noble paciente mejoraba más de lo que él habría esperado jamás. Quizá el conde mejoraba porque el tiempo no se le hacía tan lento y tenía en qué pensar además de sus dolores y achaques.

Una hermosa mañana, la gente se asombró al ver al pequeño Lord Fauntleroy montando su poni con otro compañero que no era Wilkins. Este nuevo compañero montaba un caballo gris, alto y poderoso, y no era otro que el mismo conde. En realidad, había sido Fauntleroy quien

había sugerido aquel plan. Cuando estaba a punto de montar su poni, le había dicho a su abuelo con cierta nostalgia:

«Ojalá usted viniera conmigo. Cuando me voy me siento solo, porque usted se queda completamente solo en un castillo tan grande. Ojalá pudiera montar usted también».

Y pocos minutos después se había producido una gran agitación en las caballerizas con la llegada de la orden de ensillar a Selim para el conde. Desde entonces, Selim se ensilló casi todos los días, y la gente se acostumbró a ver el alto caballo gris llevando al alto anciano gris, de rostro apuesto y feroz, como de águila, junto al poni pardo que llevaba al pequeño Lord Fauntleroy. Y en sus paseos juntos por los senderos verdes y los lindos caminos del campo, los dos jinetes se hicieron más íntimos que nunca. Poco a poco el anciano oyó hablar mucho de «Querida» y de su vida. Mientras Fauntleroy trotaba junto al caballo grande, charlaba alegremente. Difícilmente habría podido haber un compañerito más animado, tan feliz era su naturaleza. Era él quien hablaba más. El conde con frecuencia callaba, escuchando y mirando aquel rostro alegre y resplandeciente. A veces le decía a su joven compañero que lanzara el poni al galope, y cuando el pequeño salía disparado, sentado tan derecho y sin miedo, lo miraba con un destello de orgullo y placer en los ojos; y cuando, después de una carrera así, Fauntleroy volvía agitando la gorra con una carcajada, siempre sentía que él y su nieto eran muy buenos amigos de verdad.

Una cosa que el conde descubrió fue que la esposa de su hijo no llevaba una vida ociosa. No pasó mucho tiempo antes de que supiera que los pobres la conocían muy bien. Cuando había enfermedad, pena o pobreza en alguna casa, el pequeño cupé solía estar frente a la puerta.

«¿Sabe usted?», dijo una vez Fauntleroy, «todos le dicen "¡Dios la bendiga!" cuando la ven, y los niños se alegran. Hay algunas que van a su casa para que les enseñe a coser. Ella dice que se siente tan rica ahora que quiere ayudar a los pobres».

Al conde no le había disgustado descubrir que la madre de su here-

dero tenía un rostro joven y hermoso y parecía tan señora como si fuera una duquesa; y en cierto modo no le disgustaba saber que era popular y querida por los pobres. Y sin embargo, con frecuencia sentía una punzada dura y celosa al ver cómo ella llenaba el corazón de su hijo y cómo el niño se aferraba a ella como a lo que más quería. El anciano habría deseado ocupar él el primer lugar y no tener rival.

Aquella misma mañana detuvo su caballo en un punto elevado del páramo por el que cabalgaban, e hizo un gesto con la fusta hacia el amplio y hermoso paisaje que se extendía ante ellos.

«¿Sabes que toda esa tierra me pertenece?», le dijo a Fauntleroy.

«¿De veras?», respondió Fauntleroy. «¡Cuánto es para que pertenezca a una sola persona, y qué hermoso!».

«¿Sabes que algún día será toda tuya, eso y mucho más?».

«¡Mía!», exclamó Fauntleroy con voz algo sobrecogida. «¿Cuándo?».

«Cuando yo haya muerto», respondió su abuelo.

«Entonces no la quiero», dijo Fauntleroy; «quiero que usted viva siempre».

«Eres bueno», respondió el conde a su manera seca; «sin embargo, algún día todo será tuyo, algún día serás el conde de Dorincourt».

El pequeño Lord Fauntleroy se quedó muy quieto en la silla durante unos momentos. Miró los anchos páramos, las granjas verdes, los hermosos bosquecillos, las casitas de los caminos, el lindo pueblo, y por encima de los árboles hasta donde se alzaban, grises y majestuosas, las torres del gran castillo. Luego dio un extraño suspiro pequeñito.

«¿En qué piensas?», preguntó el conde.

«Estoy pensando», respondió Fauntleroy, «en lo pequeño que soy, y en lo que me dijo Querida».

«¿Qué fue?», inquirió el conde.

«Dijo que quizá no era tan fácil ser muy rico; que si uno tenía siempre tantas cosas, podía olvidar a veces que todos los demás no eran

tan afortunados, y que el que es rico siempre debería tener cuidado y tratar de recordarlo. Yo le estaba hablando de lo bueno que es usted, y ella dijo que eso era algo muy bueno, porque un conde tiene mucho poder, y si solo se preocupara de su propio placer y nunca pensara en la gente que vive en sus tierras, ellos podrían tener problemas que él podría remediar, y había tanta gente, y sería algo tan duro. Y yo estaba mirando todas esas casas y pensando cómo tendría que enterarme de lo que pasa con la gente cuando fuera conde. ¿Cómo se enteró usted de lo que les pasa?».

Como el conocimiento que su señoría tenía de sus arrendatarios consistía en averiguar cuáles pagaban el arriendo puntualmente y echar a los que no, aquella era una pregunta bastante difícil. «Newick lo averigua por mí», dijo, y se tiró del gran bigote gris y miró a su pequeño interrogador con cierta inquietud. «Ahora volveremos a casa», añadió; «¡y cuando seas conde, procura ser mejor conde de lo que lo he sido yo!».

Estuvo muy callado mientras volvían a casa. Le parecía casi increíble que él, que nunca había querido de verdad a nadie en su vida, se encontrara cada vez más encariñado con este pequeño, como sin duda lo estaba. Al principio solo se había sentido complacido y orgulloso de la belleza y la valentía de Cedric, pero ahora había en su sentimiento algo más que orgullo. A veces se reía solo, con una risa dura y seca, al pensar cuánto le gustaba tener al niño cerca, cuánto le gustaba oír su voz, y cómo en secreto deseaba de verdad que su pequeño nieto lo quisiera y pensara bien de él.

«Soy un viejo chocho y no tengo nada más en qué pensar», se decía a sí mismo; y sin embargo sabía que no era del todo eso. Y si se hubiera permitido admitir la verdad, quizá se habría visto obligado a reconocer que las mismas cosas que lo atraían, a pesar suyo, eran las cualidades que él nunca había poseído: la naturaleza franca, sincera y bondadosa, la confianza afectuosa que nunca podía pensar mal.

Solo una semana después de aquel paseo, tras una visita a su ma-

dre, Fauntleroy entró en la biblioteca con el rostro preocupado y pensativo. Se sentó en aquel sillón de respaldo alto en que se había sentado la tarde de su llegada, y durante un rato miró las brasas del hogar. El conde lo observaba en silencio, preguntándose qué vendría. Era evidente que Cedric tenía algo en la cabeza. Por fin levantó la vista. «¿Newick lo sabe todo sobre la gente?», preguntó.

«Es su trabajo saberlo», dijo su señoría. «¿Lo ha estado descuidando, acaso?».

Por contradictorio que parezca, nada lo divertía ni lo edificaba más que el interés del pequeño por sus arrendatarios. Él nunca se había interesado por ellos, pero le agradaba bastante que, con todos sus hábitos de pensamiento infantiles y en medio de todas sus diversiones y su buen ánimo de niño, hubiera una seriedad tan curiosa trabajando en aquella cabeza de rizos.

«Hay un lugar», dijo Fauntleroy, mirándolo con ojos muy abiertos y espantados, «Querida lo ha visto; está al otro extremo del pueblo. Las casas están pegadas unas a otras y casi se caen; apenas se puede respirar; y la gente es tan pobre, ¡y todo es horrible! Con frecuencia les da fiebre y los niños se mueren; ¡y vivir así, y ser tan pobres y desdichados, los hace malos! ¡Es peor que lo de Michael y Bridget! ¡La lluvia entra por el techo! Querida fue a ver a una pobre mujer que vivía allí. No me dejó acercarme a ella hasta que se hubo cambiado toda la ropa. ¡Las lágrimas le corrían por las mejillas cuando me lo contó!».

Las lágrimas habían subido a sus propios ojos, pero sonreía a través de ellas.

«Le dije que usted no lo sabía y que yo se lo diría», continuó. Bajó de un salto y fue a apoyarse contra el sillón del conde. «Usted puede arreglarlo todo», dijo, «tal como lo arregló todo para Higgins. Siempre lo arregla todo para todos. Le dije que lo haría, y que Newick debía de haberse olvidado de decírselo».

El conde miró la mano que descansaba sobre su rodilla. Newick no se había olvidado de decírselo; de hecho, Newick le había hablado

más de una vez de la condición desesperada del extremo del pueblo conocido como Earl's Court. Él sabía todo acerca de las casuchas ruinosas y miserables, y el mal desagüe, y las paredes húmedas, y las ventanas rotas, y los techos con goteras, y todo acerca de la pobreza, la fiebre y la miseria. El señor Mordaunt se lo había pintado todo con las palabras más fuertes que pudo usar, y su señoría había respondido con un lenguaje violento; y cuando su gota estaba en lo peor, había dicho que cuanto antes se murieran los de Earl's Court y los enterrara la parroquia, mejor sería, y con eso se había acabado el asunto. Y sin embargo, al mirar la manita sobre su rodilla, y de la manita al rostro honrado, serio y de ojos francos, sintió de verdad un poco de vergüenza, tanto de Earl's Court como de sí mismo.

«¡Cómo!», dijo; «¿quieres hacer de mí un constructor de casitas modelo, eh?». Y hasta puso su propia mano sobre la del niño y se la acarició.

«Esas hay que derribarlas», dijo Fauntleroy con gran vehemencia. «Querida lo dice. Vamos... vamos a mandarlas derribar mañana. ¡La gente se pondrá tan contenta cuando lo vea! ¡Sabrán que usted ha venido a ayudarlos!». Y sus ojos brillaban como estrellas en su rostro encendido.

El conde se levantó del sillón y puso la mano en el hombro del niño. «Salgamos a dar nuestro paseo por la terraza», dijo con una risa breve; «y lo hablaremos».

Y aunque rio dos o tres veces más mientras caminaban de un lado a otro por la ancha terraza de piedra, donde paseaban juntos casi todas las tardes hermosas, parecía estar pensando en algo que no le desagradaba, y seguía teniendo la mano en el hombro de su pequeño compañero.

Capítulo X

La verdad era que la señora Errol había encontrado muchas cosas tristes en el curso de su trabajo entre los pobres del pequeño pueblo que parecía tan pintoresco visto desde las laderas del páramo. No todo era tan pintoresco, visto de cerca, como parecía de lejos. Había encontrado ociosidad, pobreza e ignorancia donde debería haber habido comodidad y trabajo. Y había descubierto, pasado un tiempo, que Erleboro era considerado el peor pueblo de aquella parte del país. El señor Mordaunt le había contado muchas de sus dificultades y desalientos, y ella había averiguado mucho por su cuenta. Los administradores que habían manejado la propiedad siempre habían sido elegidos para agradar al conde, y no les habían importado en absoluto la degradación y la miseria de los pobres arrendatarios. Por eso se habían descuidado muchas cosas que debían haberse atendido, y los asuntos habían ido de mal en peor.

En cuanto a Earl's Court, era una vergüenza, con sus casas ruinosas y su gente miserable, descuidada y enfermiza. Cuando la señora Errol fue por primera vez a aquel lugar, la hizo estremecer. Tanta fealdad, desaseo y necesidad parecían peores en el campo que en una ciudad. Parecía como si allí se pudiera remediar. Y mientras miraba a los niños sucios y abandonados que crecían en medio del vicio y de una indiferencia brutal, pensó en su propio hijito, que pasaba los días en el gran castillo esplendoroso, guardado y servido como un joven príncipe, sin deseo alguno que quedara insatisfecho, y sin conocer nada más que el lujo, la comodidad y la belleza. Y un pensamiento audaz acudió a su sabio corazoncito de madre. Poco a poco había empezado a ver, como otros, que su hijo había tenido la buena fortuna de agradar mucho al conde, y que difícilmente se le negaría algo que él deseara.

«El conde le daría cualquier cosa», le dijo al señor Mordaunt. «Le

consentiría todos los caprichos. ¿Por qué no usar esa indulgencia para el bien de otros? A mí me toca procurar que así suceda».

Sabía que podía confiar en aquel corazón bondadoso e infantil; por eso le contó al pequeño la historia de Earl's Court, segura de que se la mencionaría a su abuelo, y esperando que de ello resultara algún bien.

Y por extraño que le pareciera a todo el mundo, el bien resultó.

El hecho era que el mayor poder para influir en el conde era la perfecta confianza que su nieto tenía en él, el hecho de que Cedric siempre creía que su abuelo iba a hacer lo que fuera justo y generoso. No podía resolverse del todo a dejar que descubriera que no tenía la menor inclinación a ser generoso, y que quería salirse con la suya en toda ocasión, fuera justo o injusto. Era una novedad tan grande ser considerado con admiración como un benefactor de toda la humanidad y el alma de la nobleza, que no le gustaba la idea de mirar aquellos ojos pardos y cariñosos y decir: «Soy un viejo bribón violento y egoísta; jamás hice nada generoso en mi vida, y me importan un bledo Earl's Court y los pobres», o algo que equivaliera a lo mismo. Había llegado a encariñarse tanto con aquel niño de la mata de rizos rubios que sentía que él mismo preferiría ser culpable de una acción amable de vez en cuando. Y así, aunque se reía de sí mismo, después de reflexionar mandó llamar a Newick y tuvo con él una entrevista bastante larga sobre el asunto de Earl's Court, y se decidió que se derribaran aquellos miserables tugurios y se construyeran casas nuevas.

«Es Lord Fauntleroy quien insiste en ello», dijo secamente; «cree que mejorará la propiedad. Puede decirles a los arrendatarios que es idea suya». Y miró a su pequeña señoría, que estaba tendido en la alfombra del hogar jugando con Dougal. El gran perro era el compañero constante del niño y lo seguía a todas partes, caminando solemnemente tras él cuando andaba, y trotando majestuoso detrás cuando montaba o iba en coche.

Por supuesto, tanto la gente del campo como la del pueblo oyeron hablar de la mejora proyectada. Al principio, muchos no quisieron

creerlo; pero cuando llegó un pequeño ejército de obreros y empezó a derribar las casuchas ruinosas y miserables, la gente comenzó a comprender que el pequeño Lord Fauntleroy les había hecho otra vez un favor, y que por su inocente intervención el escándalo de Earl's Court por fin había desaparecido. ¡Si hubiera sabido cómo hablaban de él y lo elogiaban en todas partes, y profetizaban grandes cosas para él cuando creciera, qué asombrado se habría quedado! Pero nunca lo sospechó. Vivía su sencilla y feliz vida de niño, retozando por el parque; persiguiendo conejos hasta sus madrigueras; tendido bajo los árboles sobre la hierba, o sobre la alfombra de la biblioteca, leyendo libros maravillosos y hablando de ellos con el conde, y luego contando otra vez los cuentos a su madre; escribiendo largas cartas a Dick y al señor Hobbs, que respondían a su manera inconfundible; cabalgando al lado de su abuelo, o con Wilkins por escolta. Cuando pasaban a caballo por el pueblo, veía a la gente volverse y mirar, y notaba que al quitarse el sombrero sus rostros se iluminaban mucho; pero pensaba que era solo porque su abuelo iba con él.

«Lo quieren tanto», dijo una vez, mirando a su señoría con una sonrisa radiante. «¿Ve usted lo contentos que se ponen cuando lo ven? Ojalá algún día me quieran tanto a mí. Debe de ser lindo que *todos* lo quieran a uno». Y se sentía muy orgulloso de ser nieto de una persona tan admirada y querida.

Mientras se construían las casitas, el niño y su abuelo solían ir a caballo juntos a Earl's Court para verlas, y Fauntleroy estaba lleno de interés. Se bajaba del poni y se iba a hacer amistad con los obreros, preguntándoles sobre la construcción y la albañilería, y contándoles cosas de América. Después de dos o tres conversaciones así, pudo explicarle al conde la fabricación de ladrillos mientras volvían a casa.

«Siempre me gusta saber de cosas como esas», dijo, «porque uno nunca sabe en qué va a terminar».

Cuando se iba, los obreros solían comentarlo entre ellos y reírse de sus dichos raros e inocentes; pero lo querían, y les gustaba verlo de

pie entre ellos, hablando sin parar, con las manos en los bolsillos, el sombrero echado hacia atrás sobre los rizos y la carita llena de entusiasmo. «Es un niño como pocos», solían decir. «Y un chiquillo simpático y franco, además. No tiene mucho de la mala sangre». Y se iban a casa a contárselo a sus mujeres, y las mujeres se lo contaban unas a otras, y así llegó a suceder que casi todo el mundo hablaba del pequeño Lord Fauntleroy o sabía alguna historia suya; y poco a poco casi todos supieron que el «malvado conde» había encontrado por fin algo que le importaba, algo que había tocado e incluso calentado su duro y amargado viejo corazón.

Pero nadie sabía cuánto lo había calentado, ni cómo día a día el anciano se encontraba queriendo más y más al niño, que era la única criatura que había confiado en él. Se sorprendía esperando el tiempo en que Cedric sería un joven fuerte y hermoso, con toda la vida por delante, pero con aquel mismo corazón bondadoso y el poder de hacer amigos en todas partes, y el conde se preguntaba qué haría el muchacho y cómo usaría sus dones. Muchas veces, al mirar al pequeño tendido en el hogar, estudiando algún libro grande, con la luz brillando sobre la cabeza clara y joven, sus viejos ojos relucían y se le encendía la mejilla.

«El chico puede hacer cualquier cosa», se decía a sí mismo, «¡cualquier cosa!».

Nunca hablaba a nadie más de su sentimiento por Cedric; cuando hablaba de él con otros, era siempre con la misma sonrisa sombría. Pero Fauntleroy pronto supo que su abuelo lo quería y que siempre le gustaba tenerlo cerca, junto a su sillón si estaban en la biblioteca, frente a él en la mesa, o a su lado cuando cabalgaba, iba en coche o daba su paseo de la tarde por la ancha terraza.

«¿Se acuerda?», dijo Cedric una vez, levantando la vista del libro mientras estaba tendido en la alfombra, «¿se acuerda de lo que le dije aquella primera noche sobre que seríamos buenos compañeros? Creo que nadie podría ser mejor compañero que nosotros, ¿no le parece?».

«Somos bastante buenos compañeros, diría yo», respondió su señoría. «Ven aquí».

Fauntleroy se levantó de un salto y fue hacia él.

«¿Hay algo que quieras», preguntó el conde, «algo que no tengas?».

Los ojos pardos del pequeño se fijaron en su abuelo con una mirada algo nostálgica.

«Solo una cosa», respondió.

«¿Qué es?», inquirió el conde.

Fauntleroy guardó silencio un segundo. No había meditado el asunto para sí tanto tiempo en vano.

«¿Qué es?», repitió su señoría.

Fauntleroy respondió.

«Es Querida», dijo.

El viejo conde se estremeció un poco.

«Pero la ves casi todos los días», dijo. «¿No es suficiente?».

«Antes la veía todo el tiempo», dijo Fauntleroy. «Me besaba cuando me iba a dormir por la noche, y por la mañana siempre estaba allí, y podíamos contarnos las cosas sin esperar».

Los ojos viejos y los jóvenes se miraron durante un momento de silencio. Luego el conde frunció el ceño.

«¿*Nunca* te olvidas de tu madre?», dijo.

«No», respondió Fauntleroy, «nunca; y ella nunca se olvida de mí. Yo no me olvidaría de *usted*, sabe, aunque no viviera con usted. Pensaría en usted todavía más».

«¡Vaya!», dijo el conde, después de mirarlo un momento más, «¡creo que sí!».

La punzada de celos que le llegaba cuando el niño hablaba así de su madre parecía aún más fuerte que antes; era más fuerte por el creciente afecto de aquel anciano hacia el niño.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que sintiera otras punzadas, tan difíciles de afrontar que por un tiempo casi olvidó que alguna vez había odiado a la esposa de su hijo. Y sucedió de un modo extraño y

sorprendente. Una tarde, poco antes de que se terminaran las casitas de Earl's Court, hubo una gran cena en Dorincourt. Hacía mucho tiempo que no había una cena así en el castillo. Pocos días antes, Sir Harry Lorridaile y Lady Lorridaile, que era la única hermana del conde, llegaron realmente de visita, algo que causó la mayor emoción en el pueblo e hizo tintinear otra vez como loca la campanilla de la tienda de la señora Dibble, porque era bien sabido que Lady Lorridaile solo había estado en Dorincourt una vez desde su matrimonio, treinta y cinco años atrás. Era una anciana apuesta, de rizos blancos y mejillas con hoyuelos, suaves como duraznos, buena como el oro, pero que nunca había aprobado a su hermano más que el resto del mundo, y como tenía una voluntad firme y no temía en absoluto hablar con franqueza, después de varias disputas animadas con su señoría lo había visto muy poco desde su juventud.

Había oído de él muchas cosas desagradables en los años en que habían estado separados. Había oído de su abandono de su esposa y de la muerte de la pobre señora; y de su indiferencia hacia sus hijos; y de los dos hijos mayores, débiles, viciosos y poco simpáticos, que no habían sido un honor para él ni para nadie. A esos dos hijos mayores, Bevis y Maurice, nunca los había visto; pero una vez había llegado a Lorridaile Park un joven alto, robusto y hermoso, de unos dieciocho años, que le dijo que era su sobrino Cedric Errol y que había ido a verla porque pasaba cerca del lugar y quería conocer a su tía Constantia, de quien había oído hablar a su madre. El bondadoso corazón de Lady Lorridaile se había enternecido por completo al ver al joven, y le había hecho quedarse con ella una semana, y lo había mimado y festejado y admirado inmensamente. Era un muchacho de tan dulce carácter, tan alegre y animoso, que cuando se fue ella esperaba volver a verlo a menudo; pero nunca lo vio, porque el conde estaba de mal humor cuando él volvió a Dorincourt, y le había prohibido que volviera a ir a Lorridaile Park. Pero Lady Lorridaile siempre lo había recordado con ternura, y aunque temía que hubiera hecho un matrimonio precipita-

do en América, se había enojado mucho al saber cómo su padre lo había desheredado y que nadie sabía de verdad dónde ni cómo vivía. Por fin llegó el rumor de su muerte, y luego Bevis cayó de su caballo y murió, y Maurice murió en Roma de fiebre; y poco después llegó la historia del niño americano que debía ser encontrado y traído a casa como Lord Fauntleroy.

«Probablemente para que lo echen a perder como a los otros», le dijo a su marido, «a menos que su madre sea lo bastante buena y tenga voluntad propia para ayudarse a cuidarlo».

Pero cuando supo que la madre de Cedric había sido separada de él, se indignó casi hasta no tener palabras.

«¡Es una vergüenza, Harry!», dijo. «¡Imagínate, a un niño de esa edad quitarle a su madre y hacerlo compañero de un hombre como mi hermano! O será brutal con el niño, o lo consentirá hasta que sea un pequeño monstruo. Si pensara que serviría de algo escribir...».

«No serviría, Constantia», dijo Sir Harry.

«Ya lo sé», respondió ella. «Conozco demasiado bien a su señoría el conde de Dorincourt; pero es indignante».

No solo los pobres y los granjeros oyeron hablar del pequeño Lord Fauntleroy; otros también lo conocían. Se hablaba tanto de él y había tantas historias suyas, de su belleza, su dulce carácter, su popularidad y su creciente influencia sobre el conde, su abuelo, que los rumores llegaron a la nobleza rural en sus casas de campo y se oyó hablar de él en más de un condado de Inglaterra. La gente hablaba de él en las mesas de cena, las señoras se compadecían de su joven madre y se preguntaban si el niño sería tan hermoso como decían, y los hombres que conocían al conde y sus costumbres se reían de buena gana de las historias sobre la fe del pequeño en la amabilidad de su señoría. Sir Thomas Asshe, de Asshawe Hall, estando un día en Erleboro, se encontró con el conde y su nieto que cabalgaban juntos, y se detuvo a estrechar la mano de milord y a felicitarlo por su cambio de aspecto y su recuperación de la gota. «Y sabe usted», dijo, al referirse después al inciden-

te, «¡el viejo se veía orgulloso como un pavo real; y, vaya, no me extraña, porque jamás vi un muchacho más hermoso y más fino que su nieto! ¡Derecho como una flecha, y montaba su poni como un joven soldado de caballería!».

Y así, poco a poco, Lady Lorridaile también oyó hablar del niño; oyó hablar de Higgins y del niño cojo, y de las casitas de Earl's Court, y de una veintena de cosas más, y empezó a desear ver al pequeño. Y justo cuando se preguntaba cómo podría lograrse, para su total asombro recibió una carta de su hermano invitándola a ir con su marido a Dorincourt.

«¡Parece increíble!», exclamó. «He oído decir que el niño ha hecho milagros, y empiezo a creerlo. Dicen que mi hermano adora al niño y apenas soporta tenerlo fuera de su vista. ¡Y está tan orgulloso de él! De veras, creo que quiere mostrárnoslo». Y aceptó la invitación de inmediato.

Cuando llegó al castillo de Dorincourt con Sir Harry, la tarde ya estaba avanzada, y fue de inmediato a su habitación antes de ver a su hermano. Después de vestirse para la cena, entró en el salón. El conde estaba allí, de pie junto al fuego, muy alto e imponente; y a su lado había un niño con traje de terciopelo negro y un gran cuello Van Dyck de rico encaje, un chiquillo de rostro redondo y radiante, tan hermoso, y que volvió hacia ella unos ojos pardos tan lindos y francos, que casi lanzó una exclamación de placer y sorpresa al verlo.

Mientras estrechaba la mano del conde, lo llamó por el nombre que no había usado desde su juventud.

«¡Vaya, Molyneux!», dijo, «¿es este el niño?».

«Sí, Constantia», respondió el conde, «este es el niño. Fauntleroy, esta es tu tía abuela, Lady Lorridaile».

«¿Cómo está usted, tía abuela?», dijo Fauntleroy.

Lady Lorridaile puso la mano sobre sus hombros y, después de mirar unos segundos su rostro levantado, lo besó con calor.

«Soy tu tía Constantia», dijo, «y quise mucho a tu pobre papá, y te

pareces mucho a él».

«Me alegra cuando me dicen que me parezco a él», respondió Fauntleroy, «porque parece que todos lo querían, igualito que a Querida, exactamente, tía Constantia» (añadiendo estas dos últimas palabras tras una pausa de un segundo).

Lady Lorridaile estaba encantada. Se inclinó y lo besó otra vez, y desde ese momento fueron grandes amigos.

«Bueno, Molyneux», le dijo aparte al conde después, «¡no podría ser mejor que esto!».

«Creo que no», respondió su señoría con sequedad. «Es un buen chiquillo. Somos grandes amigos. Cree que soy el más encantador y bondadoso de los filántropos. Te confesaré, Constantia, como lo descubrirías de todos modos si no lo hiciera, que corro cierto leve peligro de volverme bastante tonto con él».

«¿Qué piensa su madre de ti?», preguntó Lady Lorridaile, con su franqueza de siempre.

«No se lo he preguntado», respondió el conde, frunciendo un poco el ceño.

«Bien», dijo Lady Lorridaile, «seré franca contigo desde el principio, Molyneux, y te diré que no apruebo tu conducta, y que mi intención es visitar a la señora Errol lo antes posible; así que si quieres pelearte conmigo, será mejor que lo digas de inmediato. Lo que oigo de esa joven me hace estar bien segura de que su hijo se lo debe todo a ella. Hasta en Lorridaile Park nos dijeron que tus arrendatarios más pobres ya la adoran».

«Lo adoran *a él*», dijo el conde, señalando con un gesto a Fauntleroy. «En cuanto a la señora Errol, encontrarás que es una mujercita bonita. Le debo algo por haberle dado parte de su belleza al niño, y puedes ir a verla si quieres. Lo único que pido es que se quede en Court Lodge y que no me pidas que vaya a verla», y volvió a fruncir un poco el ceño.

«Pero ya no la odia tanto como antes, eso me resulta bien claro», le

dijo ella a Sir Harry después. «Y es un hombre cambiado en cierta medida y, por increíble que parezca, Harry, opino que lo están convirtiendo en un ser humano, ni más ni menos que por su cariño hacia ese chiquillo inocente y cariñoso. Vaya, el niño de verdad lo quiere; se apoya en su sillón y contra su rodilla. Sus propios hijos habrían pensado antes en acurrucarse junto a un tigre».

Al día siguiente fue a visitar a la señora Errol. Cuando volvió, le dijo a su hermano:

«¡Molyneux, es la mujercita más encantadora que he visto! Tiene una voz como una campanilla de plata, y a ella le debes que el niño sea lo que es. Le ha dado más que su belleza, y cometes un gran error al no convencerla de que venga a hacerse cargo de ti. La invitaré a Lorridaile».

«No dejará al niño», respondió el conde.

«Tendré que llevarme también al niño», dijo Lady Lorridaile, riendo.

Pero sabía que no le entregarían a Fauntleroy, y cada día veía con más claridad cuán unidos se habían vuelto esos dos, y cómo toda la ambición, la esperanza y el amor del orgulloso y sombrío anciano se concentraban en el niño, y cómo la naturaleza cálida e inocente le devolvía su cariño con la más perfecta confianza y buena fe.

Sabía también que la razón principal de la gran cena era el deseo secreto del conde de mostrar al mundo a su nieto y heredero, y de que la gente viera que el niño del que tanto se había hablado y que tanto se había descrito era un niño aún más espléndido de lo que decían los rumores.

«Bevis y Maurice fueron para él una humillación tan amarga», le dijo a su marido. «Todos lo sabían. Los odiaba de verdad. Aquí su orgullo tiene libre campo». Quizá no hubo una sola persona que aceptara la invitación sin sentir cierta curiosidad por el pequeño Lord Fauntleroy y sin preguntarse si podrían verlo.

Y cuando llegó el momento, lo vieron.

«El chico tiene buenos modales», dijo el conde. «No estorbará a nadie. Los niños suelen ser idiotas o aburridos (los míos fueron las dos cosas), pero este sabe responder cuando le hablan y callar cuando no. Nunca resulta molesto».

Pero no se le permitió estar callado mucho rato. Todos tenían algo que decirle. Lo cierto era que querían hacerlo hablar. Las señoras lo mimaban y le hacían preguntas, y los hombres también le hacían preguntas y bromeaban con él, como los hombres del vapor cuando cruzó el Atlántico. Fauntleroy no entendía bien por qué a veces se reían tanto cuando les respondía, pero estaba tan acostumbrado a ver a la gente divertida cuando él hablaba muy en serio, que no le importaba. Le pareció deliciosa toda la velada. Los magníficos salones brillaban de luces, había tantas flores, los caballeros parecían tan alegres, y las señoras llevaban vestidos tan hermosos y maravillosos, y adornos tan centelleantes en el pelo y en el cuello. Había una joven de la que oyó decir que acababa de llegar de Londres, donde había pasado la «temporada»; y era tan encantadora que no podía apartar los ojos de ella. Era una joven bastante alta, de cabecita orgullosa, cabello oscuro muy suave y grandes ojos del color de los pensamientos púrpura, y el color de sus mejillas y de sus labios era como el de una rosa. Llevaba un hermoso vestido blanco y un collar de perlas al cuello. Había algo curioso en esta joven. Tantos caballeros estaban cerca de ella y parecían tan deseosos de agradarla, que Fauntleroy pensó que debía de ser algo así como una princesa. Se interesó tanto por ella que sin darse cuenta se fue acercando más y más, y al fin ella se volvió y le habló.

«Ven aquí, Lord Fauntleroy», dijo, sonriendo; «y dime por qué me miras así».

«Estaba pensando en lo hermosa que es usted», respondió su joven señoría.

Entonces todos los caballeros se echaron a reír a carcajadas, y la joven también rió un poco, y el color rosa de sus mejillas se avivó.

«Ah, Fauntleroy», dijo uno de los caballeros que más de corazón ha-

bía reído, «¡aprovecha tu tiempo! Cuando seas mayor no tendrás el valor de decir eso».

«Pero nadie podría dejar de decirlo», dijo Fauntleroy dulcemente. «¿Podría usted dejar de decirlo? ¿No cree *usted* también que es bonita?».

«A nosotros no se nos permite decir lo que pensamos», dijo el caballero, mientras los demás reían más que nunca.

Pero la hermosa joven, cuyo nombre era la señorita Vivian Herbert, extendió la mano y atrajo a Cedric a su lado, viéndose más bonita que antes, si era posible.

«Lord Fauntleroy dirá lo que piensa», dijo; «y le estoy muy agradecida. Estoy segura de que piensa lo que dice». Y lo besó en la mejilla.

«Creo que usted es más bonita que cualquiera que haya visto», dijo Fauntleroy, mirándola con ojos inocentes y admirados, «excepto Querida. Claro que no podría pensar que nadie es *tan* bonita como Querida. Creo que ella es la persona más bonita del mundo».

«Estoy segura de que lo es», dijo la señorita Vivian Herbert. Y rió y volvió a besarlo en la mejilla.

Lo mantuvo a su lado gran parte de la velada, y el grupo del que eran el centro estaba muy alegre. No supo cómo ocurrió, pero al poco rato les estaba contando todo sobre América, y el mitin republicano, y el señor Hobbs y Dick, y al final sacó con orgullo del bolsillo el regalo de despedida de Dick, el pañuelo de seda roja.

«Me lo puse en el bolsillo esta noche porque era una fiesta», dijo. «Pensé que a Dick le gustaría que lo llevara a una fiesta».

Y por raro que fuera aquel objeto enorme, llameante y con lunares, había una mirada seria y cariñosa en sus ojos que impidió a su auditorio reírse mucho.

«Ya ven que me gusta», dijo, «porque Dick es mi amigo».

Pero aunque le hablaron tanto, como había dicho el conde, no estorbó a nadie. Sabía callar y escuchar cuando otros hablaban, y así nadie lo encontró pesado. Una leve sonrisa cruzó más de un rostro cuan-

do varias veces fue a ponerse cerca del sillón de su abuelo, o se sentó en un taburete junto a él, mirándolo y absorbiendo cada palabra suya con el más encantado interés. Una vez se puso tan cerca del brazo del sillón que su mejilla tocaba el hombro del conde, y su señoría, al notar la sonrisa general, sonrió un poco también. Sabía lo que pensaban los espectadores, y sentía cierta diversión secreta al verlos descubrir qué buenos amigos eran él y aquel pequeño, de quien se habría esperado que compartiera la opinión popular sobre él.

Se esperaba que el señor Havisham llegara por la tarde pero, cosa extraña, se retrasó. Algo así realmente jamás había ocurrido en todos los años que llevaba visitando el castillo de Dorincourt. Llegó tan tarde que los invitados estaban a punto de levantarse para pasar a cenar. Cuando se acercó a su anfitrión, el conde lo miró con asombro. Parecía apresurado o agitado; su rostro viejo, seco y penetrante estaba realmente pálido.

«Me retuvo», dijo en voz baja al conde, «un acontecimiento extraordinario».

Era tan impropio del metódico anciano abogado agitarse por algo como llegar tarde, pero era evidente que algo lo había perturbado. En la cena apenas comió nada, y dos o tres veces, cuando le hablaron, se sobresaltó como si sus pensamientos estuvieran lejos. En el postre, cuando entró Fauntleroy, lo miró más de una vez, con nerviosismo e inquietud. Fauntleroy notó la mirada y se extrañó. Él y el señor Havisham eran amigos, y por lo común intercambiaban sonrisas. El abogado parecía haber olvidado sonreír aquella noche.

El hecho era que lo olvidaba todo salvo la extraña y dolorosa noticia que sabía que debía dar al conde antes de que acabara la noche, la extraña noticia que sabía que sería un golpe tan terrible y que cambiaría la faz de todo. Mientras miraba los espléndidos salones y la brillante compañía, a la gente reunida, bien lo sabía, más para ver al pequeño de cabello claro junto al sillón del conde que por cualquier otra razón; mientras miraba al orgulloso anciano y al pequeño Lord Fauntle-

roy sonriendo a su lado, se sentía de veras conmovido, a pesar de ser un viejo abogado curtido. ¡Qué golpe tenía que asestarles!

No supo bien cómo terminó la larga y suntuosa cena. La pasó como si estuviera en un sueño, y varias veces vio que el conde lo miraba sorprendido.

Pero por fin terminó, y los caballeros se reunieron con las señoras en el salón. Encontraron a Fauntleroy sentado en el sofá con la señorita Vivian Herbert, la gran belleza de la última temporada de Londres; habían estado mirando unos cuadros, y él le daba las gracias a su compañera cuando se abrió la puerta.

«¡Le estoy muy agradecido por haber sido tan amable conmigo!», decía; «¡nunca había estado en una fiesta, y me lo he pasado tan bien!».

Se lo había pasado tan bien que, cuando los caballeros volvieron a rodear a la señorita Herbert y empezaron a hablarle, mientras escuchaba e intentaba entender sus bromas, los párpados comenzaron a caérsele. Se le cerraron del todo dos o tres veces, y luego el sonido de la risa baja y linda de la señorita Herbert lo hacía volver, y los abría otra vez durante unos dos segundos. Estaba bien seguro de que no se iba a dormir, pero había un gran cojín de raso amarillo tras él y su cabeza se hundió contra él, y al cabo de un rato los párpados se le cerraron por última vez. Ni siquiera se abrieron del todo cuando, mucho después, según le pareció, alguien lo besó levemente en la mejilla. Era la señorita Vivian Herbert, que se iba, y le habló con suavidad.

«Buenas noches, pequeño Lord Fauntleroy», dijo. «Que duermas bien».

Y por la mañana no supo que había tratado de abrir los ojos y había murmurado adormilado: «Buenas noches... me alegro... tanto... de haberla visto... es usted... tan... bonita...».

Solo tenía un recuerdo muy tenue de haber oído reír de nuevo a los caballeros y de haberse preguntado por qué lo hacían.

Apenas salió el último invitado de la sala, el señor Havisham se

apartó de su sitio junto al fuego y se acercó al sofá, donde se quedó mirando al durmiente. El pequeño Lord Fauntleroy descansaba con toda comodidad. Una pierna cruzada sobre la otra colgaba por el borde del sofá; un brazo estaba echado con soltura por encima de la cabeza; el cálido rubor del sueño sano, feliz e infantil cubría su rostro tranquilo; su maraña ondulada de cabello claro se esparcía sobre el cojín de raso amarillo. Formaba un cuadro que valía la pena mirar.

Mientras lo miraba, el señor Havisham alzó la mano y se frotó el mentón rasurado, con gesto atormentado.

«Bien, Havisham», dijo tras él la voz áspera del conde. «¿Qué sucede? Es evidente que ha ocurrido algo. ¿Cuál fue ese acontecimiento extraordinario, si puedo preguntarlo?».

El señor Havisham se apartó del sofá, aún frotándose el mentón.

«Era una mala noticia», respondió, «una noticia penosa, milord, la peor de las noticias. Lamento ser quien la trae».

El conde había estado inquieto un buen rato durante la velada, mientras miraba al señor Havisham, y cuando estaba inquieto siempre se ponía de mal humor.

«¡Por qué mira usted así al niño!», exclamó irritado. «Lo ha estado mirando toda la noche como si... ¡Vamos a ver, por qué tiene que mirar así al niño, Havisham, y rondarlo como un pájaro de mal agüero! ¿Qué tiene que ver su noticia con Lord Fauntleroy?».

«Milord», dijo el señor Havisham, «iré al grano. Mi noticia tiene todo que ver con Lord Fauntleroy. Y si hemos de creerla, no es Lord Fauntleroy quien yace durmiendo ante nosotros, sino solo el hijo del capitán Errol. Y el actual Lord Fauntleroy es el hijo de su hijo Bevis, y en este momento está en una pensión de Londres».

El conde se aferró a los brazos del sillón con ambas manos hasta que las venas se le marcaron; también se le marcaron en la frente; su feroz rostro de anciano estaba casi lívido.

«¡Qué quiere decir!», gritó. «¡Está loco! ¿De quién es esta mentira?».

«Si es una mentira», respondió el señor Havisham, «se parece dolorosamente a la verdad. Una mujer vino a mi despacho esta mañana. Dijo que su hijo Bevis se casó con ella hace seis años en Londres. Me mostró su certificado de matrimonio. Se pelearon un año después de casarse, y él le pagó para que se mantuviera alejada. Tiene un hijo de cinco años. Es una americana de clase baja, una persona ignorante, y hasta hace poco no entendía bien lo que su hijo podía reclamar. Consultó a un abogado y averiguó que el niño era realmente Lord Fauntleroy y el heredero del condado de Dorincourt; y ella, por supuesto, insiste en que se reconozcan sus derechos».

Hubo un movimiento de la cabeza rizada sobre el cojín de raso amarillo. Un suspiro suave, largo y soñoliento salió de los labios entreabiertos, y el niño se removió en su sueño, pero sin ninguna inquietud. Nada indicaba que le turbara el sueño el hecho de que se estuviera probando que era un pequeño impostor, que no era Lord Fauntleroy en absoluto y que nunca sería conde de Dorincourt. Solo volvió su rostro sonrosado más de lado, como para que el anciano que lo miraba tan solemnemente pudiera verlo mejor.

El apuesto y sombrío rostro del anciano estaba pálido como el de un muerto. Una sonrisa amarga se fijó en él.

«Me negaría a creer una palabra», dijo, «si no fuera un asunto tan bajo y canallesco que se vuelve muy posible tratándose del nombre de mi hijo Bevis. Es muy propio de Bevis. Siempre fue una deshonra para nosotros. Siempre un bruto débil, mentiroso y vicioso, de gustos bajos, mi hijo y heredero, Bevis, Lord Fauntleroy. ¿La mujer es una persona ignorante y vulgar, dice usted?».

«Me veo obligado a admitir que apenas sabe escribir su propio nombre», respondió el abogado. «Es absolutamente inculta y abiertamente interesada. Solo le importa el dinero. Es muy hermosa, a su manera tosca, pero...».

El pulcro anciano abogado dejó de hablar y tuvo una especie de escalofrío.

Las venas de la frente del viejo conde resaltaban como cuerdas moradas.

Algo más resaltaba también en ella, gotas frías de sudor. Sacó el pañuelo y las enjugó. Su sonrisa se volvió aún más amarga.

«Y yo», dijo, «yo me opuse a la otra mujer, la madre de este niño» (señalando la figura dormida en el sofá); «me negué a reconocerla. Y sin embargo ella sabía escribir su propio nombre. Supongo que este es mi castigo».

De pronto se levantó de un salto del sillón y empezó a andar de un lado a otro de la sala. Palabras feroces y terribles brotaron de sus labios. Su rabia, su odio y su cruel decepción lo sacudían como una tormenta sacude un árbol. Su violencia era algo espantoso de ver, y sin embargo el señor Havisham notó que en lo peor de su cólera nunca parecía olvidar la pequeña figura dormida sobre el cojín de raso amarillo, y que ni una sola vez habló lo bastante fuerte para despertarla.

«Debí haberlo sabido», dijo. «¡Fueron una deshonra para mí desde la primera hora! ¡Yo los odiaba a los dos, y ellos me odiaban a mí! Bevis era el peor de los dos. ¡Pero todavía no voy a creer esto! Lo combatiré hasta el final. ¡Pero es propio de Bevis, es propio de él!».

Y luego volvió a enfurecerse e hizo preguntas sobre la mujer, sobre sus pruebas, y paseando por la sala se puso primero blanco y luego morado en su furia contenida.

Cuando por fin supo todo lo que había que saber, y conoció lo peor, el señor Havisham lo miró con inquietud. Se veía quebrantado, demacrado y cambiado. Sus arrebatos siempre le habían hecho mal, pero este había sido peor que los demás porque había habido en él algo más que rabia.

Volvió por fin lentamente al sofá y se quedó junto a él.

«Si alguien me hubiera dicho que podía querer a un niño», dijo, con la voz áspera, baja y temblorosa, «no lo habría creído. Siempre detesté a los niños, a los míos más que a los otros. A este lo quiero; él me quiere» (con una sonrisa amarga). «No soy popular; nunca lo fui. Pero

él me quiere. Nunca me tuvo miedo, siempre confió en mí. Habría llenado mi lugar mejor de lo que yo lo he llenado. Lo sé. Habría sido un honor para el apellido».

Se inclinó y se quedó un minuto o así mirando el rostro dormido y feliz. Tenía las cejas hirsutas fruncidas con fiereza, y sin embargo, de algún modo, no parecía feroz en absoluto. Alzó la mano, apartó el cabello claro de la frente, y luego se volvió y tocó la campanilla.

Cuando apareció el lacayo más grande, señaló el sofá.

«Lleve», dijo, y entonces su voz cambió un poco, «lleve a Lord Fauntleroy a su cuarto».

Capítulo XI

Cuando el joven amigo del señor Hobbs se fue a vivir al castillo de Dorincourt para ser Lord Fauntleroy, y el almacenero tuvo tiempo de darse cuenta de que el océano Atlántico se extendía entre él y el pequeño compañero con quien había pasado tantas horas agradables, empezó a sentirse de veras muy solo. La verdad es que el señor Hobbs no era un hombre listo ni siquiera despierto; era, más bien, una persona lenta y pesada, y nunca había hecho muchas amistades. No tenía la energía mental necesaria para saber cómo entretenerse, y en realidad jamás hacía nada divertido fuera de leer los periódicos y sumar sus cuentas. Sumar sus cuentas no le resultaba fácil, y a veces tardaba mucho en hacerlas cuadrar; y en los viejos tiempos el pequeño Lord Fauntleroy, que había aprendido a sumar muy bien con los dedos, una pizarra y un lápiz, hasta había llegado a intentar ayudarlo; además, era tan buen oyente y se interesaba tanto por lo que decía el diario, y él y el señor Hobbs habían sostenido conversaciones tan largas sobre la Revolución, los ingleses, las elecciones y el partido republicano, que no era de extrañar que su partida dejara un vacío en el almacén. Al principio al señor Hobbs le parecía que Cedric no estaba realmente lejos y que volvería; que algún día alzaría la vista del periódico y vería al muchachito parado en la puerta, con su traje blanco y sus medias rojas, y con el sombrero de paja echado hacia atrás, y que lo oiría decir con su vocecita alegre: «¡Hola, señor Hobbs! Hace un día de calor, ¿no es cierto?». Pero a medida que pasaban los días y eso no ocurría, el señor Hobbs se sintió muy abatido e inquieto. Ni siquiera disfrutaba de su periódico como antes. Después de leerlo, lo dejaba sobre la rodilla y se quedaba largo rato mirando fijamente el taburete alto. En las largas patas había unas marcas que lo ponían muy desanimado y melancólico. Eran las marcas que habían dejado los tacones del futuro conde de Do-

rincourt cuando pataleaba y hablaba al mismo tiempo. Parece que hasta los condes jóvenes patean las patas de aquello en que se sientan; ni la sangre noble ni el linaje elevado lo impiden. Después de mirar esas marcas, el señor Hobbs sacaba su reloj de oro, lo abría y se quedaba mirando la inscripción: «De su más viejo amigo, Lord Fauntleroy, al señor Hobbs. Cuando esto vea, acuérdese de mí». Y tras mirarla un rato, lo cerraba de golpe con un fuerte chasquido, suspiraba, se levantaba y se iba a parar a la puerta, entre el cajón de papas y el barril de manzanas, para mirar calle arriba. De noche, cuando el almacén estaba cerrado, encendía su pipa y caminaba despacio por la acera hasta llegar a la casa donde había vivido Cedric, que ahora tenía un letrero que decía «Se arrienda esta casa»; se detenía cerca, alzaba la vista y movía la cabeza, daba fuertes bocanadas a su pipa y, pasado un rato, volvía caminando con tristeza.

Esto duró dos o tres semanas antes de que se le ocurriera una idea nueva. Como era lento y pesado, siempre tardaba mucho en llegar a una idea nueva. Por regla general, no le gustaban las ideas nuevas, sino las viejas. Sin embargo, pasadas dos o tres semanas, durante las cuales las cosas, en vez de mejorar, empeoraron de veras, se le fue ocurriendo, lenta y pausadamente, un plan nuevo. Iría a ver a Dick. Fumó muchísimas pipas antes de llegar a esa conclusión, pero por fin llegó. Iría a ver a Dick. Lo sabía todo acerca de Dick. Cedric se lo había contado, y su idea era que quizá Dick podría servirle de consuelo para conversar de lo que había pasado.

Así, un día en que Dick trabajaba con mucho empeño lustrando los zapatos de un cliente, un hombre bajo y robusto, de cara pesada y cabeza calva, se detuvo en la acera y estuvo dos o tres minutos mirando el letrero del lustrabotas, que decía:

«EL PROFESOR DICK TIPTON NO TIENE RIVAL».

Lo miró tanto rato que Dick empezó a sentir vivo interés por él y, cuando dio el último toque a los zapatos de su cliente, dijo:

«¿Quiere que le lustre los zapatos, señor?».

El hombre robusto se adelantó sin apuro y puso el pie en el cajón.

«Sí», dijo.

Entonces, cuando Dick se puso a trabajar, el hombre robusto miró de Dick al letrero y del letrero a Dick.

«¿De dónde sacaste eso?», preguntó.

«De un amigo mío», dijo Dick, «un chiquitín. Me dio todo el equipo. Era el chiquitín más bueno que usted haya visto. Ahora está en Inglaterra. Se fue a ser uno de esos lores».

«Lord... Lord...», preguntó el señor Hobbs con pesada lentitud, «Lord Fauntleroy... ¿el que va a ser conde de Dorincourt?».

A Dick casi se le cayó el cepillo.

«¡Pero, jefe!», exclamó, «¿usted también lo conoce?».

«Lo conozco», contestó el señor Hobbs, secándose la frente sudorosa, «desde que nació. Éramos conocidos de toda la vida, eso éramos *nosotros*».

Hablar de eso lo ponía realmente muy agitado. Sacó del bolsillo el magnífico reloj de oro, lo abrió y le mostró a Dick el interior de la tapa.

«"Cuando esto vea, acuérdese de mí"», leyó. «Ese fue su recuerdo de despedida para mí. "No quiero que se olvide de mí"; esas fueron sus palabras. Yo me habría acordado de él», siguió, moviendo la cabeza, «aunque no me hubiera dado nada y no le hubiera vuelto a ver ni el pelo. Era un compañero que *cualquier* hombre recordaría».

«Era el chiquitín más simpático que he visto», dijo Dick. «Y en cuanto a agallas, nunca vi tantas en uno tan chico. Yo lo quería mucho, sí señor; y también éramos amigos, éramos como camaradas desde el principio, ese chiquillo y yo. Yo le saqué su pelota de debajo de un carruaje, y nunca se le olvidó; y venía por acá, venía, con su mamá o con su niñera, y me gritaba: "¡Hola, Dick!", tan amistoso como si fuera un hombre hecho y derecho, cuando no le llegaba ni a la rodilla a un saltamontes y andaba vestido con ropa de niña. Era un muchachito alegre, y cuando uno andaba con mala racha, le hacía bien hablar con

él».

«Así es», dijo el señor Hobbs. «Fue una lástima convertirlo *a él* en conde. Habría *brillado* en el negocio de los abarrotes, o en el de las telas también; ¡habría *brillado*!». Y movió la cabeza con más pesar que nunca.

Resultó que tenían tanto que decirse que no era posible decirlo todo de una vez, y así acordaron que la noche siguiente Dick visitaría el almacén para hacerle compañía al señor Hobbs. El plan le gustó bastante a Dick. Había sido un chiquillo de la calle casi toda su vida, pero nunca había sido un mal muchacho, y siempre había tenido un anhelo secreto de una existencia más respetable. Desde que trabajaba por su cuenta, había ganado lo bastante para dormir bajo techo en vez de en la calle, y había empezado a esperar que, con el tiempo, podría llegar aún más alto. De modo que ser invitado a visitar a un hombre robusto y respetable, dueño de un almacén en la esquina y hasta de un caballo y un carro, le parecía todo un acontecimiento.

«¿Sabe algo de condes y castillos?», preguntó el señor Hobbs. «Me gustaría saber más de los detalles».

«Hay una historia sobre algunos de ellos en la *Gaceta de Cuentos a Centavo*», dijo Dick. «Se llama "El crimen de una corona de conde, o La venganza de la condesa May". Es una cosa estupenda, además. Algunos de los muchachos la compramos para leerla».

«Tráela cuando vengas», dijo el señor Hobbs, «y yo te la pago. Trae todo lo que encuentres que tenga condes. Si no hay condes, sirven marqueses o duques, aunque *él* nunca mencionó duques ni marqueses. Hablamos un poco de las coronas de conde, pero nunca llegué a ver ninguna. Supongo que por aquí no las tienen».

«En Tiffany las tendrían, si alguien las tiene», dijo Dick, «pero no sé si reconocería una si la viera».

El señor Hobbs no explicó que él no habría reconocido una si la hubiera visto. Se limitó a mover la cabeza con pesadez.

«Supongo que casi nadie las pide», dijo, y con eso se acabó el asun-

to.

Así comenzó una amistad bastante sólida. Cuando Dick fue al almacén, el señor Hobbs lo recibió con gran hospitalidad. Le dio una silla inclinada contra la puerta, cerca de un barril de manzanas, y cuando su joven visita estuvo sentada, hizo un ademán hacia ellas con la mano en que tenía la pipa y le dijo:

«Sírvete».

Luego miró los periódicos de cuentos y, después de eso, leyeron y comentaron la aristocracia británica; y el señor Hobbs fumaba su pipa a bocanadas fuertes y movía mucho la cabeza. La movía más que nada cuando señalaba el taburete alto con las marcas en las patas.

«Ahí están sus patadas», dijo con énfasis; «sus propias patadas. Me quedo mirándolas horas enteras. Este es un mundo de subidas y es un mundo de bajadas. Si hasta se sentaba ahí a comer galletas de una caja y manzanas de un barril, y tiraba los corazones a la calle; y ahora es un lord que vive en un castillo. Esas son patadas de lord; algún día serán patadas de conde. A veces me digo a mí mismo, digo yo: "¡Que me aspen!"».

Parecía sacar mucho consuelo de sus reflexiones y de la visita de Dick. Antes de que Dick se fuera a casa, cenaron en la trastienda; había galletas, queso, sardinas y otras conservas del almacén, y el señor Hobbs abrió con solemnidad dos botellas de ginger ale y, sirviendo dos vasos, propuso un brindis.

«¡Por *él*!», dijo, alzando su vaso, «¡y que les dé una lección a todos, condes y marqueses y duques y los demás!».

Desde esa noche, los dos se vieron a menudo, y el señor Hobbs estaba mucho más cómodo y menos desolado. Leyeron la *Gaceta de Cuentos a Centavo* y muchas otras cosas interesantes, y adquirieron un conocimiento de las costumbres de la nobleza y la aristocracia que habría sorprendido a esas clases despreciadas si lo hubieran sabido. Un día el señor Hobbs hizo una peregrinación a una librería del centro, con el propósito expreso de aumentar su biblioteca. Fue donde el dependien-

te y se inclinó sobre el mostrador para hablarle.

«Quiero», dijo, «un libro sobre condes».

«¡Cómo!», exclamó el dependiente.

«Un libro», repitió el almacenero, «sobre condes».

«Me temo», dijo el dependiente, con aire algo extrañado, «que no tenemos lo que usted busca».

«¿No tienen?», dijo el señor Hobbs, angustiado. «Bueno, entonces digamos marqueses, o duques».

«No conozco ningún libro así», respondió el dependiente.

El señor Hobbs estaba muy contrariado. Miró al suelo, y después alzó la vista.

«¿Ninguno sobre mujeres condes?», preguntó.

«Me temo que no», dijo el dependiente con una sonrisa.

«Bueno», exclamó el señor Hobbs, «¡que me aspen!».

Ya iba saliendo de la tienda cuando el dependiente lo llamó y le preguntó si le serviría una novela en que los principales personajes fueran nobles. El señor Hobbs dijo que sí, si no podía conseguir un volumen entero dedicado a los condes. Así, el dependiente le vendió un libro titulado *La Torre de Londres*, escrito por el señor Harrison Ainsworth, y él se lo llevó a casa.

Cuando llegó Dick, empezaron a leerlo. Era un libro maravilloso y emocionante, y la historia transcurría en el reinado de la famosa reina inglesa a quien algunos llaman María la Sanguinaria. Y al oír las hazañas de la reina María y su costumbre de cortar cabezas, de someter a la gente a tormento y de quemarla viva, el señor Hobbs se fue alterando muchísimo. Se sacó la pipa de la boca y miró fijamente a Dick, y al final tuvo que secarse el sudor de la frente con su pañuelo rojo.

«¡Pero si no está a salvo!», dijo. «¡No está a salvo! Si las mujeres pueden sentarse en sus tronos y dar la orden de que se hagan cosas así, ¿quién sabe lo que le está pasando a él en este mismo minuto? ¡No está más a salvo que nadie! ¡Basta que una mujer así se enoje, y nadie está a salvo!».

«Bueno», dijo Dick, aunque él mismo parecía algo inquieto; «mire, esta de acá no es la que manda ahora. Yo sé que la de ahora se llama Victoria, y esta del libro se llama María».

«Así es», dijo el señor Hobbs, que seguía secándose la frente; «así es. Y los diarios no dicen nada de potros de tormento, ni de tornillos para los dedos, ni de quemas en la hoguera; pero aun así no me parece que esté seguro allá, entre esa gente tan rara. ¡Si hasta me dicen que no celebran el Cuatro de Julio!».

Estuvo inquieto en secreto varios días; y no se tranquilizó hasta que recibió la carta de Fauntleroy y la leyó varias veces, tanto para sí como para Dick, y leyó también la carta que Dick recibió más o menos por entonces.

Pero ambos encontraron gran placer en sus cartas. Las leían y releían, conversaban sobre ellas y gozaban de cada palabra. Y pasaban días enteros en las respuestas que enviaban, y las releían casi tantas veces como las cartas que habían recibido.

A Dick le costaba bastante trabajo escribir la suya. Todo lo que sabía de leer y escribir lo había aprendido durante unos pocos meses, cuando vivió con su hermano mayor y fue a una escuela nocturna; pero, como era un muchacho despierto, había aprovechado al máximo esa breve instrucción, había descifrado letra por letra lo que decían los periódicos desde entonces y había practicado la escritura con pedazos de tiza en aceras, muros y cercas. Le contó al señor Hobbs toda su vida y la de su hermano mayor, que había sido bastante bueno con él después de la muerte de la madre de ambos, cuando Dick era muy pequeño. El padre había muerto algún tiempo antes. El hermano se llamaba Ben, y había cuidado de Dick lo mejor que pudo hasta que el muchacho tuvo edad para vender periódicos y hacer mandados. Habían vivido juntos y, a medida que crecía, Ben se las había arreglado para conseguir un puesto bastante decente en una tienda.

«Y entonces», exclamó Dick con disgusto, «¡fíjese que va y se casa con una mujer! ¡Se chifló y no le quedó ni pizca de juicio! Se casó con

ella y se pusieron a vivir en dos piezas del fondo. Y vaya mujer corpulenta que era, una verdadera gata montés. Hacía pedazos las cosas cuando se enojaba, y estaba enojada *todo* el tiempo. Tenía un bebé igualito a ella, ¡que berreaba día y noche! ¡Y a mí me tocaba cuidarlo! Y cuando gritaba, ella me tiraba cosas. Un día me tiró un plato y le dio al bebé; le abrió el mentón. El doctor dijo que se quedaría con la marca hasta que se muriera. ¡Linda madre era! ¡Caramba, lo que pasamos, Ben y yo y el chiquillo! Estaba furiosa con Ben porque no ganaba plata más rápido; y al final él se fue al Oeste con un hombre para armar un rancho de ganado. Y no llevaba ni una semana fuera cuando una noche llegué a casa de vender mis diarios, y las piezas estaban cerradas con llave y vacías, y la dueña de la casa me dijo que Minna se había ido, que se había largado sin dejar rastro. Otro dijo que se había ido al otro lado del agua a ser niñera de una señora que también tenía un bebé chico. Nunca más supe de ella, y Ben tampoco. Si yo hubiera sido él, no me habría preocupado nada, y creo que él tampoco. Pero al principio la quería mucho. Se lo digo, estaba chiflado por ella. Y era una belleza de mujer, también, cuando se arreglaba y no estaba enojada. Tenía grandes ojos negros y el pelo negro hasta las rodillas; se lo hacía una trenza gruesa como su brazo y se lo enrollaba y enrollaba alrededor de la cabeza; ¡y le digo que los ojos le echaban chispas! La gente decía que era medio *i*taliana; decían que la madre o el padre venían de allá, y que eso la hacía rara. Se lo digo yo, era una de esas, ¡lo era!».

Con frecuencia le contaba al señor Hobbs historias de ella y de su hermano Ben, quien, desde que se fue al Oeste, le había escrito una o dos veces a Dick.

A Ben no le había ido bien, y había andado de un lugar a otro; pero al fin se había establecido en un rancho de California, donde trabajaba cuando Dick conoció al señor Hobbs.

«Esa mujer», dijo Dick un día, «le quitó todo el ánimo. A veces no podía menos que sentir lástima por él».

Estaban sentados juntos en la puerta del almacén, y el señor Hobbs llenaba su pipa.

«No debió haberse casado», dijo con solemnidad, mientras se levantaba a buscar un fósforo. «Las mujeres... yo nunca les he visto la utilidad».

Al sacar el fósforo de su caja, se detuvo y miró hacia el mostrador.

«¡Vaya!», dijo, «¡si aquí hay una carta! No la había visto antes. El cartero debe de haberla dejado cuando yo no me fijaba, o el periódico se resbaló encima».

La recogió y la miró con atención.

«¡Es de *él*!», exclamó. «¡De él es, precisamente!».

Se olvidó por completo de la pipa. Volvió a su silla muy emocionado, tomó su cortaplumas y abrió el sobre.

«Me pregunto qué noticias traerá esta vez», dijo.

Y entonces desdobló la carta y leyó lo siguiente:

«CASTILLO DE DORINCOURT. Mi querido señor Hobbs».

«Escribo esto con mucho apuro porque tengo algo curiozo que contarle yo se que usted se va a sorprender mucho mi querido amigo cuando se lo diga. Todo es una equivocación y yo no soy lord y no boy a tener que ser conde ay una señora que estuvo casada con mi tio bevis que se murio y ella tiene un niño chico y el es lord fauntleroy porque asi es en Inglaterra el hijo del hijo mayor del conde es el conde si todos los demas estan muertos quiero desir si su papa y su abuelo estan muertos mi abuelo no esta muerto pero mi tio bevis si y asi su niño es lord Fauntleroy y yo no porque mi papa era el hijo menor y mi nombre es Cedric Errol como cuando estaba en Nueva York y todas las cosas van a ser del otro niño yo pense al principio que iba a tener que darle mi poni y mi carreta pero mi abuelo dice que no hace falta mi abuelo esta muy apenado y creo que no le gusta la señora pero tal vez piensa que querida y yo estamos tristes porque no voy a ser conde ahora me gustaria ser conde mas de lo que pense al principio porque este castillo es muy ermoso y quiero asi a todos y cuando uno es rico pue-

de acer tantas cosas yo ahora no soy rico porque cuando su papa es solo el hijo menor no es muy rico voy a aprender a trabajar para poder cuidar a querida e estado preguntandole a Wilkins sobre cuidar cabayos tal vez podria ser mozo de cuadra o cochero. La señora trajo a su niño al castillo y mi abuelo y el señor Havisham ablaron con ella creo que estaba enojada ablaba fuerte y mi abuelo tambien estaba enojado nunca lo abia visto enojado ojala no los pusiera a todos furiosos pense que se lo diria a usted y a Dick enseguida porque le interesaria asi que no ay mas por ahora con cariño de».

«su viejo amigo».

«CEDRIC ERROL (No lord Fauntleroy)».

El señor Hobbs se desplomó en su silla, la carta le cayó sobre la rodilla, el cortaplumas se le resbaló al suelo, y el sobre también.

«¡Vaya!», exclamó, «¡me aspé!».

Estaba tan atónito que hasta cambió su exclamación. Siempre había tenido la costumbre de decir «¡Que me aspen!», pero esta vez dijo «¡Me aspé!». Quizá de verdad *se había aspado*. No hay cómo saberlo.

«Bueno», dijo Dick, «se acabó todo, ¿no?».

«¡Acabó!», dijo el señor Hobbs. «Mi opinión es que es una trampa armada por los aristócratas británicos para quitarle sus derechos porque es americano. Nos tienen rencor desde la Revolución, y se desquitan con él. Te dije que no estaba seguro, ¡y mira lo que ha pasado! Lo más probable es que todo el gobierno se haya juntado para quitarle lo que legalmente le pertenece».

Estaba muy agitado. Al principio no había aprobado el cambio en la situación de su joven amigo, pero últimamente se había ido conformando, y después de recibir la carta de Cedric tal vez hasta había sentido un secreto orgullo por la magnificencia de su joven amigo. Quizá no tuviera buena opinión de los condes, pero sabía que hasta en América el dinero se consideraba una cosa bastante agradable, y si toda la riqueza y la grandeza iban con el título, debía de ser bien duro perderlas.

«¡Quieren quitárselo todo!», dijo, «eso es lo que hacen, y la gente que tiene dinero debería cuidar de él».

Y retuvo a Dick con él hasta bien tarde para conversar del asunto y, cuando el muchacho se fue, lo acompañó hasta la esquina; y de vuelta se detuvo un buen rato frente a la casa vacía, mirando el letrero de «Se arrienda» y fumando su pipa, con el ánimo muy perturbado.

Capítulo XII

Muy pocos días después de la cena en el castillo, casi todos en Inglaterra que leían los periódicos conocían la romántica historia de lo ocurrido en Dorincourt. Contada con todos sus detalles, era una historia muy interesante. Estaba el niñito americano a quien habían traído a Inglaterra para ser Lord Fauntleroy y de quien se decía que era un muchachito tan fino y apuesto, y que ya se había hecho querer; estaba el viejo conde, su abuelo, tan orgulloso de su heredero; estaba la linda madre joven a quien nunca habían perdonado haberse casado con el capitán Errol; y estaba el extraño matrimonio de Bevis, el difunto Lord Fauntleroy, y la extraña esposa de quien nadie sabía nada, que aparecía de pronto con su hijo diciendo que él era el verdadero Lord Fauntleroy y debía recibir lo que le correspondía. De todo esto se hablaba y se escribía, y causó una enorme sensación. Y luego corrió el rumor de que el conde de Dorincourt no estaba conforme con el giro que habían tomado los asuntos y quizá impugnaría el reclamo ante la justicia, y el caso podía terminar en un juicio extraordinario.

Nunca había habido tanta agitación en el condado donde estaba Erleboro. Los días de mercado, la gente se paraba en grupos a conversar y a preguntarse qué se haría; las esposas de los granjeros se invitaban unas a otras a tomar el té para contarse todo lo que habían oído y todo lo que pensaban y todo lo que pensaban que pensaban los demás. Relataban anécdotas asombrosas sobre la furia del conde y su determinación de no reconocer al nuevo Lord Fauntleroy, y sobre su odio por la mujer que era la madre del pretendiente. Pero, por supuesto, era la señora Dibble quien podía contar más, y la buscaban más que nunca.

«Y mala pinta tiene», decía. «Y si me pregunta a mí, señora, yo diría que es un castigo para él por cómo trató a esa dulce criatura cuando la separó de su hijo, porque se ha encariñado tanto con el niño, y

le ha tomado tanto apego, y está tan orgulloso de él, que casi lo ha vuelto loco lo que ha pasado. Y lo que es más, esta nueva no es una dama, como lo es la mamá de su señoría pequeña. Es una descarada de ojos negros, de esas de las que, según el señor Thomas, ningún caballero de librea se rebajaría a recibir órdenes; y que ella entre a la casa, dice él, y él sale de ella. Y el niño no se compara con el otro ni con nada que se pueda nombrar. Y sabe Dios en qué va a parar todo esto, y dónde va a acabar, y me quedé de una pieza cuando Jane trajo la noticia».

En efecto, había agitación por todas partes en el castillo: en la biblioteca, donde el conde y el señor Havisham se sentaban a conversar; en el comedor de los criados, donde el señor Thomas, el mayordomo y los demás sirvientes y sirvientas cuchicheaban y exclamaban a todas horas del día; y en las caballerizas, donde Wilkins hacía su trabajo con el ánimo muy decaído, almohazaba el poni castaño mejor que nunca y le decía con tristeza al cochero que «nunca le enseñé a montar a un jovencito que le tomara el gusto con más naturalidad, ni que tuviera más agallas que él. Daba gusto ir a caballo detrás de un muchacho así».

Pero en medio de todo el alboroto había una persona muy serena y tranquila. Esa persona era el pequeño Lord Fauntleroy, de quien se decía que no era Lord Fauntleroy en absoluto. Cuando le explicaron por primera vez cómo estaban las cosas, sintió, es verdad, cierta inquietud y perplejidad, pero su origen no estaba en una ambición frustrada.

Mientras el conde le contaba lo ocurrido, se había sentado en un taburete abrazándose la rodilla, como hacía a menudo cuando escuchaba algo interesante; y para cuando terminó la historia, se veía muy serio.

«Me siento muy raro», dijo; «¡me siento... raro!».

El conde miró al niño en silencio. A él también lo hacía sentirse raro, más raro de lo que se había sentido en toda su vida. Y se sintió todavía más raro cuando vio que había una expresión de preocupación en la carita que solía ser tan feliz.

«¿Le quitarán a Querida su casa... y su carruaje?», preguntó Cedric con una vocecita algo temblorosa y angustiada.

«*¡No!*», dijo el conde con firmeza; en realidad, con voz bastante fuerte. «No pueden quitarle nada».

«¡Ah!», dijo Cedric, con evidente alivio. «¿No pueden?».

Luego levantó la vista hacia su abuelo, y había una sombra de añoranza en sus ojos, que se veían muy grandes y suaves.

«Ese otro niño», dijo con cierto temblor, «tendrá que... que ser su niño ahora... como lo fui yo... ¿no es cierto?».

«*¡No!*», respondió el conde, y lo dijo con tanta fiereza y tan fuerte que Cedric dio un salto.

«¿No?», exclamó, asombrado. «¿No lo será? Yo pensaba...».

Se puso de pie de golpe, dejando el taburete.

«¿Seré su niño, aunque no vaya a ser conde?», dijo. «¿Seré su niño, igual que antes?». Y su carita enrojecida se iluminó de entusiasmo.

¡Cómo lo miraba el viejo conde de pies a cabeza, a decir verdad! ¡Cómo se juntaban sus grandes cejas hirsutas, y qué extrañamente brillaban sus ojos hondos debajo de ellas, qué extrañamente!

«¡Mi niño!», dijo; y, créase o no, hasta su voz era extraña, casi temblorosa, algo quebrada y ronca, nada de lo que uno esperaría de la voz de un conde, aunque habló con más decisión y energía aún que antes: «Sí, serás mi niño mientras yo viva; y, ¡caramba!, a veces siento como si fueras el único niño que he tenido».

La cara de Cedric se puso roja hasta la raíz del pelo; se puso roja de alivio y de gusto. Metió ambas manos hondo en los bolsillos y miró de frente a los ojos de su noble pariente.

«¿De veras?», dijo. «Entonces no me importa nada eso de ser conde. No me importa si soy conde o no. Yo pensaba, verá, pensaba que el que iba a ser conde tendría que ser también su niño, y... y yo no podría serlo. Eso era lo que me hacía sentir tan raro».

El conde le puso la mano en el hombro y lo atrajo hacia sí.

«No te quitarán nada de lo que yo pueda conservarte», dijo, respi-

rando con esfuerzo. «Todavía no me creo que puedan quitarte algo. Naciste para ese puesto y, bueno, quizá todavía lo ocupes. Pero pase lo que pase, tendrás todo lo que yo pueda darte, ¡todo!».

Apenas parecía que hablara con un niño, tan grande era la determinación en su rostro y en su voz; era más bien como si se hiciera una promesa a sí mismo, y quizá así era.

Nunca antes había sabido cuán hondo había calado en él su cariño por el niño y su orgullo por él. Nunca había visto la fuerza, las buenas cualidades y la belleza del niño como parecía verlas ahora. A su carácter terco le parecía imposible, más que imposible, renunciar a aquello en que tanto había puesto el corazón. Y había decidido que no renunciaría sin una lucha feroz.

A los pocos días de haber visto al señor Havisham, la mujer que se decía Lady Fauntleroy se presentó en el castillo y llevó consigo a su hijo. La despidieron. El conde no quería verla, le dijo el lacayo de la puerta; su abogado se haría cargo de su caso. Fue Thomas quien dio el mensaje y quien después manifestó con toda libertad su opinión sobre ella en el comedor de los criados. Dijo que «esperaba» haber llevado librea en familias distinguidas el tiempo suficiente para reconocer a una dama cuando la veía, y que si esa era una dama, él no entendía nada de mujeres.

«La de Court Lodge», añadió Thomas con altivez, «americana o no americana, es de las buenas, como la reconocería cualquier caballero con medio ojo. Se lo comenté yo mismo a Henry cuando fuimos por primera vez».

La mujer se alejó en el coche; en su rostro hermoso y vulgar se veía una expresión mitad asustada, mitad feroz. El señor Havisham había notado, durante sus entrevistas con ella, que aunque tenía un genio apasionado y modales groseros e insolentes, no era tan lista ni tan atrevida como pretendía; a veces parecía casi abrumada por la posición en que se había puesto. Era como si no hubiera esperado encontrar tanta oposición.

«Es evidente», le dijo el abogado a la señora Errol, «que es una persona de clase baja. No tiene educación ni instrucción en nada, y no está nada acostumbrada a tratar con gente como nosotros en un plano de igualdad. No sabe qué hacer. Su visita al castillo la amedrentó por completo. Estaba furiosa, pero estaba amedrentada. El conde no quiso recibirla, pero le aconsejé que me acompañara a la posada Dorincourt Arms, donde ella se aloja. Cuando lo vio entrar en la sala, se puso blanca, aunque enseguida montó en cólera, y amenazó y exigió todo en un solo aliento».

Lo cierto es que el conde había entrado a zancadas en la sala y se había quedado de pie, con aspecto de venerable gigante aristocrático, mirando a la mujer desde debajo de sus cejas pobladas, sin dignarse decir una palabra. Se limitó a mirarla, examinándola de pies a cabeza como si fuera una curiosidad repulsiva. La dejó hablar y exigir hasta que se cansó, sin pronunciar él una sola palabra, y entonces dijo:

«Usted dice que es la esposa de mi hijo mayor. Si eso es cierto, y si las pruebas que ofrece son más de lo que podemos refutar, la ley está de su parte. En tal caso, su niño es Lord Fauntleroy. El asunto se investigará hasta el fondo, puede estar segura. Si se prueban sus reclamos, se le asignará una renta. No quiero ver nada de usted ni del niño mientras yo viva. Por desgracia, la propiedad tendrá bastante de ustedes después de mi muerte. Usted es exactamente la clase de persona que yo habría esperado que mi hijo Bevis escogiera».

Y luego le dio la espalda y salió de la sala a zancadas como había entrado.

No muchos días después, le anunciaron una visita a la señora Errol, que escribía en su salita de la mañana. La criada que trajo el recado se veía bastante alterada; en realidad, tenía los ojos redondos de asombro y, siendo joven e inexperta, miraba a su señora con nerviosa compasión.

«¡Es el conde en persona, señora!», dijo con temblorosa reverencia.

Cuando la señora Errol entró en el salón, un anciano muy alto, de

aspecto majestuoso, estaba de pie sobre la alfombra de piel de tigre. Tenía un rostro viejo, hermoso y adusto, de perfil aguileño, con un largo bigote blanco y una expresión obstinada.

«¿La señora Errol, supongo?», dijo.

«La señora Errol», respondió ella.

«Soy el conde de Dorincourt», dijo.

Se detuvo un momento, casi sin darse cuenta, para mirar sus ojos levantados hacia él. Eran tan parecidos a los ojos grandes, afectuosos e infantiles que había visto alzados hacia los suyos tantas veces cada día durante los últimos meses, que le produjeron una sensación bastante curiosa.

«El niño se parece mucho a usted», dijo con brusquedad.

«Muchas veces me lo han dicho, milord», respondió ella, «pero también me ha alegrado pensar que se parece a su padre».

Como le había dicho Lady Lorridaile, su voz era muy dulce, y su porte, muy sencillo y digno. No parecía en absoluto perturbada por su llegada repentina.

«Sí», dijo el conde, «se parece también a... mi hijo». Se llevó la mano al gran bigote blanco y se lo tiró con fiereza. «¿Sabe usted», dijo, «por qué he venido?».

«He visto al señor Havisham», comenzó la señora Errol, «y me ha hablado de los reclamos que se han presentado...».

«He venido a decirle», dijo el conde, «que serán investigados y se les hará frente, si es que se puede hacer frente. He venido a decirle que el niño será defendido con todo el poder de la ley. Sus derechos...».

La voz suave lo interrumpió.

«No debe tener nada que *no* sea suyo por derecho, aunque la ley pueda dárselo», dijo ella.

«Por desgracia la ley no puede», dijo el conde. «Si pudiera, lo haría. Esta mujer indignante y su niño...».

«Quizá ella lo quiera tanto como yo quiero a Cedric, milord», dijo

la pequeña señora Errol. «Y si fue la esposa de su hijo mayor, su hijo es Lord Fauntleroy, y el mío no».

Ella no le tenía más miedo que Cedric, y lo miraba justo como lo habría mirado Cedric, y él, que había sido un viejo tirano toda su vida, estaba secretamente complacido. Tan pocas veces se atrevía alguien a disentir de él que había una novedad entretenida en ello.

«Supongo», dijo, frunciendo levemente el ceño, «que usted preferiría con mucho que él no fuera el conde de Dorincourt».

Su joven rostro claro se sonrojó.

«Es algo magnífico ser el conde de Dorincourt, milord», dijo. «Lo sé, pero lo que más me importa es que sea lo que fue su padre: valiente, justo y leal siempre».

«En marcado contraste con lo que fue su abuelo, ¿eh?», dijo su señoría con sorna.

«No he tenido el gusto de conocer a su abuelo», respondió la señora Errol, «pero sé que mi hijito cree...». Se detuvo un momento, mirándolo tranquilamente a la cara, y luego añadió: «Sé que Cedric lo quiere».

«¿Me habría querido», dijo el conde con sequedad, «si usted le hubiera contado por qué no la recibí en el castillo?».

«No», respondió la señora Errol, «creo que no. Por eso no quise que lo supiera».

«Bueno», dijo su señoría con brusquedad, «son pocas las mujeres que no se lo habrían contado».

De pronto se puso a caminar de un lado a otro de la sala, tirándose el enorme bigote con más violencia que nunca.

«Sí, me quiere», dijo, «y yo lo quiero. No puedo decir que haya querido nunca nada antes. Lo quiero. Me agradó desde el primer momento. Soy un hombre viejo y estaba cansado de mi vida. Él me ha dado algo por lo cual vivir. Estoy orgulloso de él. Me bastaba con pensar que algún día ocuparía su lugar como cabeza de la familia».

Volvió y se paró frente a la señora Errol.

«Soy desdichado», dijo. «¡Desdichado!».

Lo parecía. Ni siquiera su orgullo podía mantener firme su voz ni evitar que le temblaran las manos. Por un momento casi pareció que sus ojos profundos y fieros tuvieran lágrimas. «Quizá he venido a verla precisamente porque soy desdichado», dijo, mirándola desde arriba casi con ferocidad. «Yo la odiaba; he tenido celos de usted. Este asunto miserable y vergonzoso ha cambiado eso. Después de ver a esa mujer repulsiva que se llama esposa de mi hijo Bevis, he sentido de veras que sería un alivio mirarla a usted. He sido un viejo obstinado y necio, y supongo que la he tratado mal. Usted se parece al niño, y el niño es lo primero en mi vida. Soy desdichado, y vine a verla solo porque usted se parece al niño, y él la quiere a usted, y yo lo quiero a él. Tráteme lo mejor que pueda, por el bien del niño».

Lo dijo todo con su voz áspera, y casi con rudeza, pero de algún modo parecía tan abatido por el momento que a la señora Errol se le conmovió el corazón. Se levantó y acercó un poco un sillón.

«Quisiera que se sentara», dijo con un tono suave, agradable y compasivo. «Ha pasado tantas preocupaciones que está muy cansado, y necesita todas sus fuerzas».

Que le hablaran y lo cuidaran de esa manera suave y sencilla le era tan nuevo como que lo contradijeran. Se acordó otra vez del «niño», y de hecho hizo lo que ella le pedía. Quizá su decepción y su desdicha le sirvieran de buena disciplina; si no hubiera sido desdichado, habría podido seguir odiándola, pero por ahora la encontraba un poco reconfortante. Casi cualquier cosa habría parecido agradable en comparación con Lady Fauntleroy; y esta tenía un rostro y una voz tan dulces, y una linda dignidad al hablar o moverse. Muy pronto, por la callada magia de esas influencias, empezó a sentirse menos sombrío, y entonces habló todavía más.

«Pase lo que pase», dijo, «el niño tendrá asegurado su porvenir. Se le cuidará, ahora y en el futuro».

Antes de irse, echó una mirada alrededor de la sala.

«¿Le gusta la casa?», preguntó.

«Mucho», respondió ella.

«Es una sala alegre», dijo. «¿Puedo venir otra vez a conversar de este asunto?».

«Tantas veces como desee, milord», respondió ella.

Y luego salió a su carruaje y se alejó, con Thomas y Henry casi mudos de estupor en el pescante por el giro que habían tomado las cosas.

Capítulo XIII

Por supuesto, tan pronto como la historia de Lord Fauntleroy y los apuros del conde de Dorincourt se comentaron en los periódicos ingleses, se comentaron en los americanos. La historia era demasiado interesante para pasarla por alto a la ligera, y se habló mucho de ella. Había tantas versiones que habría sido edificante comprar todos los periódicos y compararlos. El señor Hobbs leyó tanto sobre el asunto que quedó bastante desconcertado. Un periódico describía a su joven amigo Cedric como un niño de pecho; otro, como un joven de Oxford que ganaba todos los honores y se distinguía escribiendo poemas griegos; uno decía que estaba comprometido con una señorita de gran belleza, hija de un duque; otro decía que acababa de casarse; lo único, en realidad, que *no* se decía era que fuera un niño entre siete y ocho años, de piernas bonitas y pelo rizado. Uno decía que no era pariente del conde de Dorincourt en absoluto, sino un pequeño impostor que había vendido periódicos y dormido en las calles de Nueva York antes de que su madre engañara al abogado de la familia, que había ido a América en busca del heredero del conde. Luego venían las descripciones del nuevo Lord Fauntleroy y de su madre. A veces ella era gitana, a veces actriz, a veces una hermosa española; pero todos coincidían en que el conde de Dorincourt era su enemigo mortal y no reconocería a su hijo como heredero si podía evitarlo, y como parecía haber algún leve defecto en los documentos que ella había presentado, se esperaba un juicio largo, que sería mucho más interesante que cualquier otro llevado antes a los tribunales. El señor Hobbs leía los periódicos hasta que la cabeza le daba vueltas, y por las noches él y Dick conversaban de todo el asunto. Averiguaron qué personaje tan importante era un conde de Dorincourt, qué magnífica renta poseía, cuántas propiedades tenía y cuán señorial y hermoso era el castillo en que vivía; y cuanto más su-

pieron, más se emocionaron.

«Me parece que habría que hacer algo», dijo el señor Hobbs. «Cosas como esas hay que defenderlas, con condes o sin condes».

Pero en realidad no podían hacer nada más que escribirle cada uno una carta a Cedric, con seguridades de su amistad y su simpatía. Escribieron esas cartas apenas pudieron después de recibir la noticia; y una vez escritas, se las pasaron el uno al otro para leerlas.

Esto fue lo que el señor Hobbs leyó en la carta de Dick:

«QUERIDO AMIGO: resibi tu carta y el señor Hobbs la suya y sentimos mucho que andes con mala suerte y decimos que aguantes todo lo que puedas y no dejes que nadie se te adelante. Ay un montón de viejos ladrones que se aprobechan de ti si no tienes los ojos bien abiertos. Pero esto es mas que nada para decirte que no e olvidado lo que isiste por mi y si no ay otra manera mejor vente para aca y ponte de socio conmigo. El negosio anda de lo mejor y yo are que nada malo te pase Cualquier grandote que trate de pasarse de listo contigo tendra que arreglarlo primero con el Perfesor Dick Tipton. Asi que no ay mas por ahora».

«DICK».

Y esto fue lo que Dick leyó en la carta del señor Hobbs:

«ESTIMADO SEÑOR: Resibida la tuya y te diré que las cosas se ven mal. Creo que es un trabajo armado y a los que lo an echo hay que vigilarlos de cerca. Y lo que te escribo es por dos cosas. Voy a investigar este asunto. Quédate tranquilo y yo veré a un abogado y haré todo lo que pueda Y si pasa lo peor y esos condes son demasiados para nosotros ay una sociedad en el negocio de los abarrotes esperandote cuando tengas edad y un hogar y un amigo en».

«Tuyo atentamente,»

«SILAS HOBBS».

«Bueno», dijo el señor Hobbs, «entre los dos le tenemos asegurado el porvenir, aunque no sea conde».

«Así es», dijo Dick. «Yo lo habría apoyado. Que me maten si no le

tenía un cariño de primera a ese chiquitín».

A la mañana siguiente, uno de los clientes de Dick se llevó una buena sorpresa. Era un abogado joven que recién empezaba a ejercer, tan pobre como puede serlo un abogado muy joven, pero un muchacho despierto y enérgico, de ingenio agudo y buen carácter. Tenía una oficina modesta y gastada cerca del puesto de Dick, y todas las mañanas Dick le lustraba los zapatos, que muy a menudo no eran del todo impermeables, pero él siempre tenía una palabra amable o una broma para Dick.

Esa mañana en particular, cuando puso el pie en el cajón, llevaba en la mano un periódico ilustrado, un periódico emprendedor, con láminas de personas y cosas famosas. Acababa de terminar de hojearlo y, cuando estuvo lustrado el último zapato, se lo pasó al muchacho.

«Aquí tienes un periódico, Dick», dijo; «puedes hojearlo cuando pases por Delmonico's a tomar tu desayuno. Trae el dibujo de un castillo inglés y de la nuera de un conde inglés. Una mujer espléndida, además, con mucho pelo, aunque parece que está armando bastante alboroto. Deberías ir familiarizándote con la nobleza y la aristocracia, Dick. Empieza por el Muy Honorable conde de Dorincourt y Lady Fauntleroy. ¡Oye! Dime, ¿qué te pasa?».

Los dibujos de que hablaba estaban en la primera página, y Dick miraba uno de ellos con los ojos y la boca abiertos y su cara despierta casi pálida de emoción.

«¿Qué sucede, Dick?», dijo el joven. «¿Qué te ha paralizado?».

De veras parecía que a Dick le hubiera ocurrido algo tremendo. Señaló el dibujo, debajo del cual estaba escrito:

«Madre del pretendiente (Lady Fauntleroy)».

Era el retrato de una mujer hermosa, de ojos grandes y gruesas trenzas de pelo negro enrolladas alrededor de la cabeza.

«¡Ella!», dijo Dick. «¡Caramba, la conozco mejor que a usted!».

El joven se echó a reír.

«¿Dónde la conociste, Dick?», dijo. «¿En Newport? ¿O la última vez

que te diste una vuelta por París?».

Dick se olvidó incluso de sonreír. Empezó a juntar sus cepillos y sus cosas, como si tuviera algo que hacer que pusiera fin a su negocio por el momento.

«No importa», dijo. «¡Yo la conozco! Y por esta mañana dejo de trabajar».

Y en menos de cinco minutos corría por las calles rumbo al señor Hobbs y al almacén de la esquina.

El señor Hobbs apenas podía creer lo que veían sus ojos cuando miró por encima del mostrador y vio a Dick entrar de golpe con el periódico en la mano. El muchacho estaba sin aliento de tanto correr; tan sin aliento, en realidad, que casi no podía hablar cuando tiró el periódico sobre el mostrador.

«¡Hola!», exclamó el señor Hobbs. «¡Hola! ¿Qué traes ahí?».

«¡Mire!», dijo Dick jadeando. «¡Mire a esa mujer del retrato! ¡Eso es lo que hay que mirar! ¡*Ella* no es ninguna aristócrata, *ella* no!», dijo con desprecio abrasador. «No es la esposa de ningún lord. Que me coman vivo si no es Minna... ¡*Minna*! La reconocería en cualquier parte, y Ben también. Pregúntele a él, si quiere».

El señor Hobbs se dejó caer en su asiento.

«Yo sabía que era un trabajo armado», dijo. «¡Lo sabía; y lo hicieron porque él es americano!».

«¡Lo hicieron!», gritó Dick, con asco. «*Ella* lo hizo, esa es la que lo hizo. Siempre andaba con sus tretas; y le voy a decir lo que se me ocurrió en cuanto vi su retrato. En uno de esos diarios que vimos había una carta que decía algo de su niño, y decía que tenía una cicatriz en el mentón. ¡Junte las dos cosas, ella y esa cicatriz! ¡Si ese niño suyo no es más lord que yo! Es el hijo de *Ben*, el chiquillo al que le dio cuando me tiró ese plato a mí».

El profesor Dick Tipton siempre había sido un muchacho despierto, y ganarse la vida en las calles de una gran ciudad lo había vuelto aún más despierto. Había aprendido a mantener los ojos abiertos y el inge-

nio alerta, y hay que confesar que disfrutó muchísimo la emoción y la impaciencia de ese momento. Si el pequeño Lord Fauntleroy hubiera podido asomarse al almacén esa mañana, sin duda le habría interesado, aunque toda la discusión y los planes hubieran tenido por objeto decidir la suerte de otro niño y no la suya.

El señor Hobbs estaba casi abrumado por su sentido de responsabilidad, y Dick estaba lleno de vida y de energía. Empezó a escribirle una carta a Ben, recortó el retrato y lo metió en el sobre, y el señor Hobbs escribió una carta a Cedric y otra al conde. Estaban en medio de esta tarea de escribir cartas cuando a Dick se le ocurrió una idea nueva.

«Oiga», dijo, «el señor que me dio el periódico es abogado. Preguntémosle qué más nos conviene hacer. Los abogados lo saben todo».

El señor Hobbs quedó muy impresionado por esta sugerencia y por la capacidad para los negocios de Dick.

«¡Así es!», respondió. «Esto pide abogados».

Y dejando el almacén al cuidado de un reemplazante, se metió a duras penas en su abrigo y marchó al centro con Dick, y los dos se presentaron con su romántica historia en la oficina del señor Harrison, para gran asombro de ese joven.

Si no hubiera sido un abogado muy joven, de mente muy emprendedora y con mucho tiempo libre, quizá no se habría interesado tan pronto por lo que le dijeron, pues todo sonaba ciertamente muy descabellado y raro; pero resultó que tenía muchas ganas de ocuparse en algo, y resultó que conocía a Dick, y resultó que Dick dijo lo suyo de manera muy aguda y contundente.

«Y», dijo el señor Hobbs, «diga cuánto vale su hora y investigue esto a fondo, y *yo* pago los gastos. Silas Hobbs, esquina de la calle Tal, Verduras y Abarrotes Finos».

«Bien», dijo el señor Harrison, «será un gran asunto si resulta bien, y será casi tan grande para mí como para Lord Fauntleroy; y, de todos modos, no se pierde nada con investigar. Parece que ha habido cierta duda respecto del niño. La mujer se contradijo en algunas de sus decla-

raciones sobre la edad del chico y despertó sospechas. A quienes primero hay que escribir es al hermano de Dick y al abogado de la familia del conde de Dorincourt».

Y de hecho, antes de que se pusiera el sol, se habían escrito y enviado dos cartas en dos direcciones distintas: una salía veloz del puerto de Nueva York en un vapor correo rumbo a Inglaterra, y la otra iba en un tren que llevaba cartas y pasajeros hacia California. Y la primera iba dirigida al señor T. Havisham, y la segunda, a Benjamin Tipton.

Y después de cerrado el almacén esa noche, el señor Hobbs y Dick se sentaron en la trastienda y conversaron hasta la medianoche.

Capítulo XIV

Es asombroso lo poco que tardan en ocurrir cosas maravillosas. Al parecer, habían bastado unos pocos minutos para cambiar toda la suerte del niñito que balanceaba sus piernas de medias rojas desde el taburete alto en el almacén del señor Hobbs, y para convertirlo, de un chiquillo que vivía la vida más sencilla en una calle tranquila, en un noble inglés, heredero de un condado y de una magnífica fortuna. Al parecer, habían bastado unos pocos minutos para cambiarlo de noble inglés en un pequeño impostor sin un centavo, sin derecho a ninguno de los esplendores de que había gozado. Y, por sorprendente que parezca, no se necesitó ni de lejos tanto tiempo como cabría esperar para cambiar de nuevo la faz de todo y devolverle cuanto había estado en peligro de perder.

Se necesitó menos tiempo porque, después de todo, la mujer que se había hecho llamar Lady Fauntleroy no era ni de lejos tan lista como mala; y cuando el señor Havisham la había apremiado con sus preguntas sobre su matrimonio y su hijo, había cometido uno o dos errores que despertaron sospechas; y luego había perdido la presencia de ánimo y el genio y, en su excitación y su ira, se había delatado todavía más. Todos los errores que cometió se referían a su hijo. No parecía haber duda de que se había casado con Bevis, Lord Fauntleroy, y de que había reñido con él y se le había pagado para que se mantuviera lejos; pero el señor Havisham descubrió que su relato de que el niño había nacido en cierto barrio de Londres era falso; y justo cuando todos estaban en medio de la conmoción causada por este descubrimiento, llegó la carta del joven abogado de Nueva York, y también las cartas del señor Hobbs.

¡Qué noche fue aquella en que llegaron esas cartas, y en que el señor Havisham y el conde, sentados en la biblioteca, conversaron sobre

sus planes!

«Después de mis tres primeras entrevistas con ella», dijo el señor Havisham, «empecé a sospechar mucho de ella. Me pareció que el niño era mayor de lo que ella decía, y se equivocó al hablar de la fecha de su nacimiento y luego trató de remendar el asunto. La historia que traen estas cartas coincide con varias de mis sospechas. Lo mejor será telegrafiar enseguida para que vengan estos dos Tipton, sin decirle nada a ella, y ponerlos de pronto frente a ella cuando no lo espere. Al fin y al cabo es una conspiradora muy torpe. Mi opinión es que se asustará hasta perder el juicio y se delatará en el acto».

Y eso fue lo que realmente ocurrió. No se le dijo nada, y el señor Havisham evitó que sospechara algo siguiendo con las entrevistas, en las cuales le aseguraba que estaba investigando sus declaraciones; y ella llegó a sentirse tan segura que se puso de muy buen ánimo y empezó a ser tan insolente como era de esperar.

Pero una hermosa mañana, mientras estaba sentada en su sala de estar de la posada llamada Dorincourt Arms, haciendo muy buenos planes para sí misma, anunciaron al señor Havisham; y cuando entró, lo seguían nada menos que tres personas: un muchacho de cara despierta, un joven corpulento y, la tercera, el conde de Dorincourt.

Se puso de pie de un salto y soltó un grito de terror. Se le escapó antes de que tuviera tiempo de reprimirlo. Había pensado en esos recién llegados como si estuvieran a miles de millas de distancia, cuando alguna vez había pensado en ellos, lo cual apenas había hecho en años. Nunca había esperado volver a verlos. Hay que confesar que Dick sonrió un poco al verla.

«¡Hola, Minna!», dijo.

El joven corpulento, que era Ben, se quedó quieto un minuto mirándola.

«¿La conocen?», preguntó el señor Havisham, mirando del uno al otro.

«Sí», dijo Ben. «Yo la conozco y ella me conoce a mí». Y le dio la es-

palda y fue a pararse mirando por la ventana, como si verla le resultara odioso, como en efecto le resultaba. Entonces la mujer, viéndose tan burlada y descubierta, perdió todo dominio de sí misma y se puso en tal furia como Ben y Dick la habían visto muchas veces antes. Dick sonrió un poquito más mientras la miraba y escuchaba los insultos que les lanzaba a todos y las violentas amenazas que hacía, pero Ben no se volvió a mirarla.

«Puedo jurar quién es ella en cualquier tribunal», le dijo al señor Havisham, «y puedo traer a una docena más que lo harán. Su padre es una persona respetable, aunque sea de condición humilde. Su madre era igual que ella. Ya murió, pero él está vivo, y es lo bastante honrado como para avergonzarse de ella. Él le dirá quién es, y si se casó conmigo o no».

Luego apretó el puño de repente y se volvió hacia ella.

«¿Dónde está el niño?», exigió. «¡Se viene conmigo! ¡Ya no tiene nada que ver contigo, y yo tampoco!».

Y justo cuando terminaba de decirlo, la puerta que daba al dormitorio se abrió un poco, y el niño, quizá atraído por el sonido de las voces fuertes, se asomó. No era un niño guapo, pero tenía una cara bastante simpática, y se parecía mucho a Ben, su padre, como cualquiera podía ver, y tenía en el mentón la cicatriz de tres puntas.

Ben fue hasta él y le tomó la mano, y la suya temblaba.

«Sí», dijo, «también podría jurar quién es él. Tom», le dijo al pequeño, «soy tu padre; vine a llevarte. ¿Dónde está tu sombrero?».

El niño señaló donde estaba, sobre una silla. Evidentemente le agradó bastante oír que se iba. Estaba tan acostumbrado a experiencias raras que no le sorprendió que un desconocido le dijera que era su padre. Le disgustaba tanto la mujer que había llegado unos meses antes al lugar donde él vivía desde la más tierna infancia y que había anunciado de repente que era su madre, que estaba muy dispuesto a un cambio. Ben recogió el sombrero y se dirigió a la puerta.

«Si me necesita otra vez», le dijo al señor Havisham, «ya sabe dón-

de encontrarme».

Salió de la sala llevando al niño de la mano y sin mirar ni una vez a la mujer. Ella estaba lisa y llanamente delirando de furia, y el conde la miraba con calma a través de sus anteojos, que se había puesto con toda tranquilidad sobre su aristocrática nariz de águila.

«Vamos, vamos, mi buena mujer», dijo el señor Havisham. «Esto no puede ser. Si no quiere que la encierren, tendrá que portarse bien».

Y había algo tan firme y práctico en su tono que ella, quizá pensando que lo más seguro era quitarse de en medio, le lanzó una mirada salvaje, pasó junto a él como una flecha hacia la sala contigua y dio un portazo.

«No tendremos más problemas con ella», dijo el señor Havisham.

Y tenía razón; porque esa misma noche ella dejó la posada Dorincourt Arms y tomó el tren a Londres, y no se la volvió a ver.

Cuando el conde salió de la sala después de la entrevista, fue de inmediato a su carruaje.

«A Court Lodge», le dijo a Thomas.

«A Court Lodge», dijo Thomas al cochero mientras subía al pescante; «y puede estar seguro de que las cosas están tomando un giro inesperado».

Cuando el carruaje se detuvo en Court Lodge, Cedric estaba en el salón con su madre.

El conde entró sin que lo anunciaran. Parecía una pulgada más alto y muchos años más joven. Sus ojos profundos centelleaban.

«¿Dónde», dijo, «está Lord Fauntleroy?».

La señora Errol se adelantó, con un rubor que le subía a las mejillas.

«¿Es Lord Fauntleroy?», preguntó. «¿De veras lo es?».

El conde extendió la mano y tomó la de ella.

«Sí», respondió, «lo es».

Luego puso la otra mano en el hombro de Cedric.

«Fauntleroy», dijo con su manera desenfadada y autoritaria, «pre-

gúntale a tu madre cuándo vendrá con nosotros al castillo».

Fauntleroy echó los brazos al cuello de su madre.

«¡A vivir con nosotros!», exclamó. «¡A vivir con nosotros para siempre!».

El conde miró a la señora Errol, y la señora Errol miró al conde.

Su señoría hablaba muy en serio. Había resuelto no perder tiempo en arreglar este asunto. Había empezado a pensar que le convenía hacerse amigo de la madre de su heredero.

«¿Está seguro de que me quiere?», dijo la señora Errol, con su sonrisa suave y bonita.

«Muy seguro», dijo él con franqueza. «Siempre la hemos querido, pero no nos dábamos bien cuenta. Esperamos que venga».

Capítulo XV

Ben tomó a su niño y volvió a su rancho de ganado en California, y regresó en circunstancias muy cómodas. Justo antes de su partida, el señor Havisham tuvo una entrevista con él en la que el abogado le dijo que el conde de Dorincourt quería hacer algo por el niño que podría haber resultado ser Lord Fauntleroy, y por eso había decidido que sería buena idea invertir en un rancho de ganado propio y poner a Ben a cargo en condiciones que le dejaran muy buena ganancia y que sentaran las bases del futuro de su hijo. Y así, cuando Ben se fue, iba como futuro patrón de un rancho que sería casi tan bueno como suyo, y que bien podía llegar a ser suyo con el tiempo, como en efecto ocurrió en el curso de unos pocos años; y Tom, el niño, creció allí hasta ser un joven excelente y quería con devoción a su padre; y les fue tan bien y fueron tan felices que Ben solía decir que Tom le compensaba todas las penas que había pasado.

Pero Dick y el señor Hobbs, que de hecho habían venido junto con los demás para ver que las cosas se atendieran como correspondía, no regresaron por algún tiempo. Se había decidido desde el principio que el conde se haría cargo de Dick y velaría por que recibiera una sólida educación; y el señor Hobbs había decidido que, como había dejado un reemplazante de confianza a cargo de su almacén, podía permitirse esperar para ver las fiestas con que se celebraría el octavo cumpleaños de Lord Fauntleroy. Todos los arrendatarios estaban invitados, y habría banquete, baile y juegos en el parque, y fogatas y fuegos artificiales por la noche.

«¡Igualito que el Cuatro de Julio!», dijo Lord Fauntleroy. «Es una lástima que mi cumpleaños no sea el Cuatro, ¿no es verdad? Porque así podríamos celebrar los dos juntos».

Hay que confesar que al principio el conde y el señor Hobbs no fue-

ron tan íntimos como se habría podido esperar que llegaran a serlo, en bien de la aristocracia británica. El hecho era que el conde había conocido a muy pocos almaceneros, y el señor Hobbs no había tenido muchos conocidos muy cercanos que fueran condes; y así, en sus raras entrevistas, la conversación no prosperaba. También hay que reconocer que el señor Hobbs había quedado bastante abrumado por los esplendores que Fauntleroy creía su deber mostrarle.

El portón de entrada, los leones de piedra y la avenida impresionaron algo al señor Hobbs al principio, y cuando vio el castillo, los jardines de flores, los invernaderos, las terrazas, los pavos reales, el calabozo, las armaduras, la gran escalera, las caballerizas y los criados de librea, quedó realmente desconcertado. Pero fue la galería de retratos lo que pareció darle el golpe final.

«¿Algo así como un museo?», le dijo a Fauntleroy cuando lo llevaron a la gran sala, tan hermosa.

«N... no...», dijo Fauntleroy, con bastante duda. «*Creo* que no es un museo. Mi abuelo dice que son mis antepasados».

«¡Tus tías abuelas!», exclamó el señor Hobbs. «¿*Todas*? ¡Tu tío abuelo *tiene* que haber tenido una gran familia! ¿Las crió a todas?».

Y se hundió en un asiento y miró a su alrededor con el semblante muy agitado, hasta que con grandísima dificultad Lord Fauntleroy logró explicarle que las paredes no estaban cubiertas únicamente de retratos de la descendencia de su tío abuelo.

De hecho, tuvo que recurrir a la ayuda de la señora Mellon, que lo sabía todo sobre los cuadros y podía decir quién los pintó y cuándo, y que añadía historias románticas sobre los lores y las damas que habían servido de modelos. Cuando el señor Hobbs por fin entendió, y oyó algunas de estas historias, quedó muy fascinado y le gustó la galería de retratos casi más que cualquier otra cosa; y a menudo se venía caminando desde el pueblo, donde se hospedaba en la posada Dorincourt Arms, y pasaba media hora paseándose por la galería, mirando fijamente a las damas y los caballeros pintados, que también lo miraban a

él, y moviendo la cabeza casi todo el tiempo.

«¡Y todos eran condes!», decía, «¡o casi! ¡Y *él* va a ser uno de ellos y a ser dueño de todo!».

En su fuero interno no estaba ni de lejos tan asqueado de los condes y su modo de vida como había esperado estarlo, y es de dudar que sus principios estrictamente republicanos no se hubieran tambaleado un poco con un trato más cercano con castillos y antepasados y todo lo demás. En todo caso, un día expresó un sentimiento muy notable e inesperado:

«¡A mí no me habría molestado ser uno de ellos!», dijo, lo cual era realmente una gran concesión.

¡Qué día tan espléndido fue cuando llegó el cumpleaños del pequeño Lord Fauntleroy, y cómo lo disfrutó su joven señoría! ¡Qué hermoso se veía el parque, lleno de gente que se apiñaba vestida con sus mejores galas, y con las banderas ondeando en las carpas y en lo alto del castillo! Nadie se había quedado en casa pudiendo venir, porque todos se alegraban de veras de que el pequeño Lord Fauntleroy siguiera siendo el pequeño Lord Fauntleroy y algún día fuera dueño de todo. Todos querían verlo, y ver a su linda y bondadosa madre, que había hecho tantos amigos. Y de veras a todos les caía algo mejor el conde, y sentían más afecto por él, porque el niño lo quería y confiaba en él, y porque, además, ahora había hecho las paces con la madre de su heredero y la trataba con respeto. Se decía que hasta estaba empezando a tomarle cariño, y que entre su joven señoría y la madre de su joven señoría el conde podría transformarse con el tiempo en un anciano noble bastante bien portado, y todos podrían ser más felices y vivir mejor.

¡Cuántas decenas y decenas de personas había bajo los árboles, y en las carpas, y en los prados! Granjeros y esposas de granjeros con sus trajes, sombreros y chales de domingo; muchachas con sus novios; niños que retozaban y corrían de aquí para allá; y ancianas de capas rojas que se contaban chismes. En el castillo había damas y caballeros que habían venido a ver la fiesta, a felicitar al conde y a conocer a la

señora Errol. Estaban Lady Lorridaile y Sir Harry, y Sir Thomas Asshe y sus hijas, y el señor Havisham, por supuesto, y luego la hermosa señorita Vivian Herbert, con el más lindo vestido blanco y una sombrilla de encaje, y un círculo de caballeros que la atendían, aunque evidentemente prefería a Fauntleroy antes que a todos juntos. Y cuando él la vio y corrió hacia ella y le echó el brazo al cuello, ella también lo rodeó con los brazos y lo besó con tanto cariño como si hubiera sido su hermanito favorito, y dijo:

«¡Querido pequeño Lord Fauntleroy! ¡Querido niño! ¡Me alegro tanto! ¡Me alegro tanto!».

Y después paseó con él por los jardines y lo dejó mostrarle todo. Y cuando él la llevó adonde estaban el señor Hobbs y Dick, y le dijo: «Este es mi viejísimo amigo, el señor Hobbs, señorita Herbert, y este es mi otro viejo amigo, Dick. Les dije que usted era muy linda, y les dije que la verían si venía a mi cumpleaños», ella les dio la mano a los dos y se quedó conversando con ellos de la manera más encantadora, preguntándoles por América, por su viaje y por su vida desde que estaban en Inglaterra; mientras Fauntleroy, a un lado, la miraba con ojos de adoración, con las mejillas sonrojadas de alegría porque veía que al señor Hobbs y a Dick les caía tan bien.

«Bueno», dijo Dick con solemnidad, más tarde, «¡es la chiquilla más preciosa que he visto en mi vida! Es... bueno, es un primor, eso es lo que es, ¡y sin discusión!».

Todos la seguían con la mirada al pasar, y todos miraban al pequeño Lord Fauntleroy. Y brillaba el sol, y ondeaban las banderas, y se jugaban los juegos y se bailaban los bailes, y a medida que seguían las alegrías y pasaba la tarde jubilosa, su joven señoría estaba sencillamente radiante de felicidad.

El mundo entero le parecía hermoso.

Había otra persona que también era feliz, un anciano que, aunque había sido rico y noble toda su vida, pocas veces había sido muy sinceramente feliz. Quizá, en verdad, le diré que creo que era algo más feliz

porque era algo mejor que antes. No se había vuelto de pronto tan bueno como creía Fauntleroy; pero al menos había empezado a querer algo, y varias veces había encontrado cierto placer en hacer las cosas amables que le había sugerido el corazón inocente y bondadoso de un niño, y eso era un comienzo. Y cada día se había sentido más complacido con la esposa de su hijo. Era cierto, como decía la gente, que también estaba empezando a tomarle cariño. Le gustaba oír su dulce voz y ver su dulce rostro; y sentado en su sillón, la observaba y escuchaba cuando hablaba con su hijo; y oía palabras tiernas y suaves que le eran nuevas, y empezó a comprender por qué el muchachito que había vivido en una calle apartada de Nueva York, había conocido a almaceneros y se había hecho amigo de lustrabotas, era aun así un chiquillo tan bien educado y varonil que nadie se avergonzaba de él, ni siquiera cuando la fortuna lo convirtió en el heredero de un condado inglés y lo llevó a vivir a un castillo inglés.

En realidad, era algo muy sencillo, después de todo: solo que había vivido cerca de un corazón bondadoso y gentil y le habían enseñado a tener siempre pensamientos amables y a preocuparse por los demás. Es algo muy pequeño, quizá, pero es lo mejor de todo. No sabía nada de condes ni de castillos; era totalmente ignorante de todas las cosas grandiosas y espléndidas; pero siempre era fácil de querer porque era sencillo y cariñoso. Ser así es como haber nacido rey.

Mientras el viejo conde de Dorincourt lo miraba ese día, moviéndose por el parque entre la gente, hablando con los que conocía y haciendo enseguida su pequeña reverencia cuando alguien lo saludaba, atendiendo a sus amigos Dick y el señor Hobbs, o parado cerca de su madre o de la señorita Herbert escuchando su conversación, el viejo noble estaba muy satisfecho con él. Y nunca había estado más satisfecho que cuando bajaron a la carpa más grande, donde los arrendatarios más importantes de la propiedad de Dorincourt se sentaban al gran banquete del día.

Brindaban; y, tras haber bebido a la salud del conde, con mucho

más entusiasmo del que se había saludado jamás su nombre, propusieron la salud del «Pequeño Lord Fauntleroy». Y si alguna vez había habido alguna duda sobre si su señoría era popular o no, se habría resuelto en ese instante. ¡Qué clamor de voces, y qué tintineo de copas y aplausos! Habían llegado a quererlo tanto, esa gente de buen corazón, que olvidaron sentir timidez ante las damas y los caballeros del castillo que habían venido a verlos. Armaron un alboroto bastante decente, y una o dos mujeres maternales miraron con ternura al pequeño, que estaba de pie con su madre a un lado y el conde al otro, y se les humedecieron los ojos, y se dijeron unas a otras:

«¡Que Dios lo bendiga, el lindo angelito!».

El pequeño Lord Fauntleroy estaba encantado. Se quedó de pie sonriendo y haciendo reverencias, y se puso rojo de gusto hasta la raíz de su pelo brillante.

«¿Es porque me quieren, Querida?», le dijo a su madre. «¿Es por eso, Querida? ¡Qué contento estoy!».

Y entonces el conde puso la mano en el hombro del niño y le dijo:

«Fauntleroy, diles que les agradeces su bondad».

Fauntleroy alzó la vista hacia él y luego miró a su madre.

«¿Tengo que hacerlo?», preguntó con un poquito de timidez, y ella sonrió, y la señorita Herbert también, y las dos asintieron. Y así dio un pequeño paso adelante, y todos lo miraron (¡qué niño tan hermoso e inocente era, además, con su cara valiente y confiada!), y habló tan fuerte como pudo, y su voz de niño sonó clara y firme.

«¡Les estoy muy agradecido!», dijo, «y... espero que disfruten de mi cumpleaños... porque yo lo he disfrutado muchísimo... y... estoy muy contento porque voy a ser conde; al principio no pensé que me gustaría, pero ahora sí... y quiero tanto este lugar, y creo que es hermoso... y... y... y cuando sea conde voy a tratar de ser tan bueno como mi abuelo».

Y entre los gritos y el clamor de los aplausos, retrocedió con un pequeño suspiro de alivio, puso su mano en la del conde y se quedó jun-

to a él, sonriendo y apoyado contra su costado.

Y este sería el verdadero final de mi historia; pero debo añadir un curioso dato, y es que el señor Hobbs quedó tan fascinado con la alta sociedad y era tan reacio a separarse de su joven amigo que de hecho vendió su almacén de la esquina en Nueva York y se instaló en el pueblo inglés de Erleboro, donde abrió una tienda que tuvo al castillo de cliente y por eso resultó un gran éxito. Y aunque él y el conde nunca llegaron a ser muy íntimos, si me cree, ¡ese Hobbs llegó a ser con el tiempo más aristocrático que su propia señoría, y leía las noticias de la corte todas las mañanas y seguía todo lo que hacía la Cámara de los Lores! Y unos diez años después, cuando Dick, que había terminado su educación y iba a visitar a su hermano en California, le preguntó al buen almacenero si no quería volver a América, este movió la cabeza con seriedad.

«A vivir allá, no», dijo. «A vivir allá, no; quiero estar cerca de *él* y cuidarlo un poco, por así decirlo. Es un país bastante bueno para los jóvenes y activos, pero tiene defectos. ¡No hay entre ellos ni una tía abuela, ni un conde!».